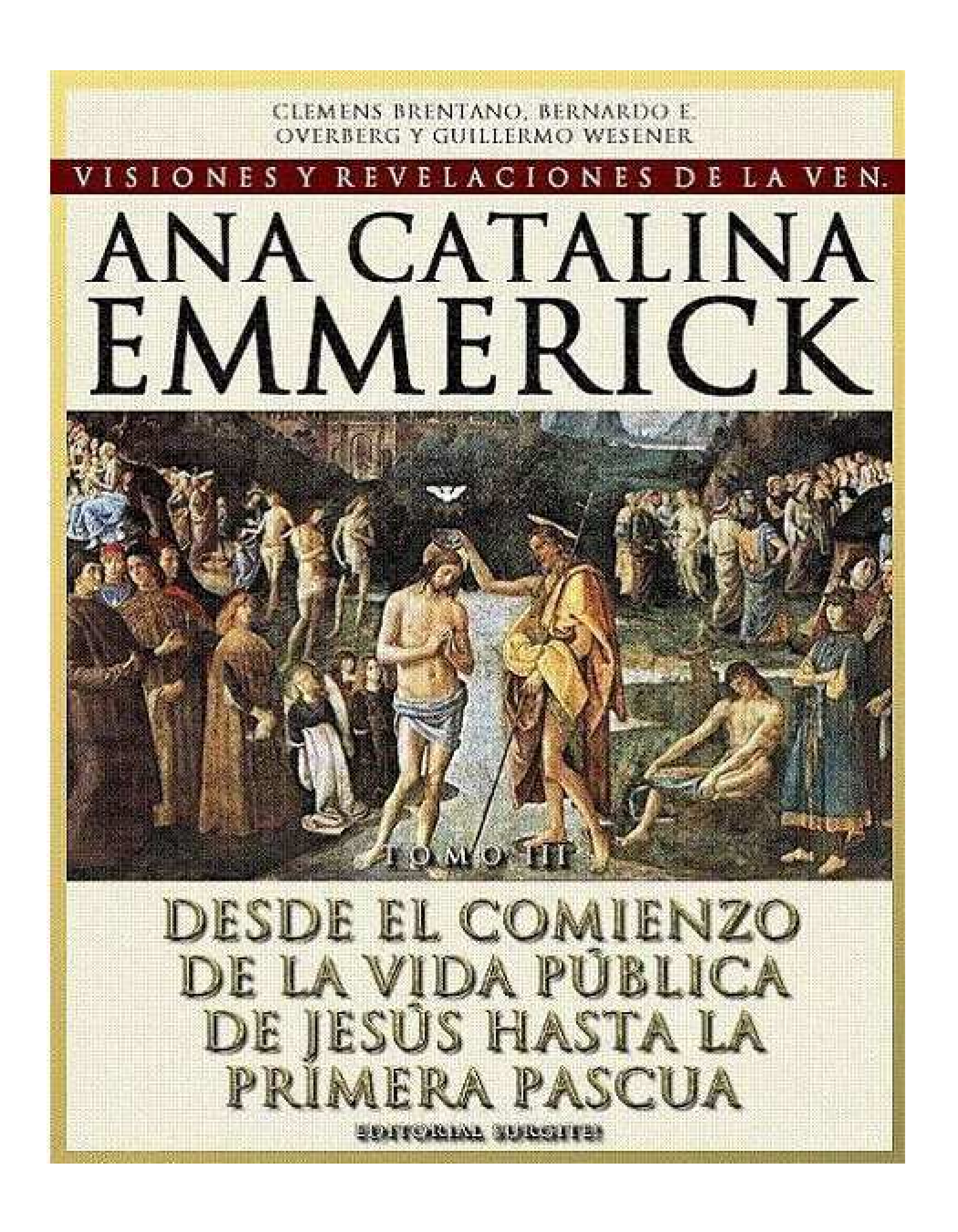
LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTÍSIMA



(Desde el comienzo de la vida pública de Jesús hasta la primera Pascua)

Según las visiones de la Ven. Ana Catalina Emmerick

I

Comienzo de la vida pública de Jesús

Jesús partió de Cafarnaúm, a través de Nazaret, hacia Hebrón. Pasó por la hermosa comarca de Genesaret, cerca a los baños calientes de Emaús.

Estos se hallan entre Mágdala, en dirección de Tiberíades, quizás a una hora de camino, y este último punto en la ladera de una montaña. En los campos veíase mucha hierba alta y en las laderas de las montañas villorrios y casas entre hileras de higueras, datileros y naranjales. Junto al camino se celebraba una fiesta popular. Grupos de hombres y mujeres, separados unos de otros, disputaban diversos juegos con premios consistentes en frutos de diversas clases. Aquí vio Jesús a Natanael de Chased entre el grupo de hombres que estaba bajo una higuera [1]. Natanael estaba luchando con una fuerte tentación de sensualidad mientras miraba hacia el grupo de mujeres. Jesús, al pasar, le dirigió una mirada de advertencia. Natanael sintió al punto una fuerte impresión y, sin

conocer a Jesús, pensó entre sí: "Este Hombre tiene una mirada avasalladora". Tuvo la impresión como si ese Hombre era superior al común de los mortales. Se sintió conmovido, se reconcentró en si mismo, venció la tentación y fue desde entonces más severo consigo mismo.

Me parece que vi a Neftalí, llamado Bartolomé, quién también quedó prendado de la mirada que Jesús les dirigió. Jesús iba caminando con dos compañeros de infancia por la Judea en dirección a Hebrón. Estos compañeros y discípulos no le fueron fieles; se separaron muy pronto de Él, y sólo después de la Resurrección y de la aparición a los discípulos en el monte Thebez de Galilea, se convirtieron de verdad y se unieron a la comunidad cristiana. Al llegar a Betania, Jesús se dirigió a casa de Lázaro. Lázaro parecía de más edad que Jesús; tendría por lo menos ocho años más. Poseía una gran casa con mucha gente, hacienda, huertas y jardines. Marta tenía casa aparte, y otra hermana, que vivía sola como reconcentrada en si misma, tenía también vivienda apartada del resto de la casa. Magdalena residía por ese tiempo en su castillo de Mágdala. Supe que Lázaro hacía mucho que era amigo de la Sagrada Familia. En otras ocasiones había ayudado a José y a María con muchas limosnas y desde el principio hasta el fin había ayudado a la comunidad cristiana. Todo el dinero que llevaba Judas provenía de sus larguezas, así como los gastos que necesitaban hacer los discípulos de Jesús eran sufragados con las limosnas de Lázaro. Desde Betania Jesús se dirigió al templo de Jerusalén.

II

La familia de Lázaro

El padre de Lázaro se llamó Zarah o Zerah y era de noble estirpe originaria de Egipto. Había vivido también en Siria, en los confines con Arabia, y tenía parentesco y amistad con un rey de Siria. Por sus merecimientos en una guerra fue premiado por el Emperador Romano con tierras y posesiones cerca de Jerusalén y en Galilea. Era como un príncipe entre sus compatriotas y muy rico, y por su casamiento con una mujer judía, de la clase de los fariseos, había aumentado sus bienes materiales. Su mujer se llamaba Jezabel. Lázaro se hizo judío y era observante de la ley, piadoso al modo de los fariseos de su tiempo. Tenía un derecho sobre parte de la ciudad, cerca del monte Sión, donde el torrente corre a través del barranco, junto a la colina del templo. Pero la mayor parte de sus derechos los había cedido al templo. Con todo había quedado en la familia un antiguo derecho sobre la parte donde vi más tarde que los apóstoles subían al Cenáculo, a pesar de no pertenecer ya a sus posesiones. El solar de Betania era muy grande, con muchos jardines, pozos y terrazas, y estaba circundado por un doble foso. La familia de Lázaro estaba enterada de las profecías de Simeón y de Ana. Esperaban al Mesías y en la infancia de Jesús tuvieron amistad con la Sagrada Familia, de la manera que aún hoy se ven familias nobles amigas de otras humildes. Los padres de Lázaro tuvieron quince hijos, de los cuales seis murieron tempranamente, nueve llegaron a la edad adulta y sólo cuatro vivían en tiempos de la predicación de Cristo.

Estos cuatro fueron: Marta, de dos años menor; una María, llamada la Silenciosa, de dos años menor que Marta, y María Magdalena, de cinco años menos que María la Silenciosa, que era tenida por algo corta de mente. Esta María no está nombrada en la Escritura, pero valía mucho delante de Dios.

En la familia quedaba como arrinconada y por esto era desconocida [2].

Magdalena, la menor de todas, era muy hermosa y desde sus primeros años se manifestó de aspecto lleno, vigoroso y esbelto; estaba llena de vanidad, de coquetería y de seducciones. Al cumplir siete años ya habían muerto sus padres. Ella no los sufría, por los severos ayunos que practicaban en la casa.

Desde pequeña era vanidosa, orgullosa, muelle y caprichosa y por demás golosa. No le era fiel a nadie y sólo buscaba al que la halagaba _más. Era derrochadora y dadivosa por compasión natural y dada a todo lo brillante y a las magnificencias exteriores. Su madre tenía parte de culpa por sus mimos; también había heredado de ella su compasión natural y sensible. La madre y la nodriza falsearon la formación de Magdalena, porque en todas partes la hacían aparecer para lucir, dejaban aplaudir sus coqueterías y artes de seducción y solían permanecer demasiado con ella a la ventana y en público.

Esta costumbre de sentarse a la ventana para curiosear fue el comienzo de su ruina moral. La he visto en la ventana y en la terraza de su casa en un asiento de alfombras y almohadones, de modo que se la pudiera contemplar desde la calle en toda su hermosura y seducción. Sustraía desde entonces golosinas con que obsequiar a otras criaturas en el jardín y desde los nueve años comenzó a fantasear con cariños y amores. Con el andar de los años al crecer su talento crecía también el ruido en torno de ella y la admiración de las gentes. Reunía a muchos admiradores. Era instruida y sabía escribir versos de amor en pequeños rollos de pergamino. He notado que contaba algo con los dedos mientras escribía. Mandaba luego estos escritos a sus admiradores, y así era conocida en todas partes y se hablaba mucho de ella. Pero no vi en ella que realmente amase a alguno o que fuese amado por otro: en

todo procedía por vanidad, sensualidad, amor propio y coquetería. Era tenida como escándalo para sus hermanas. Ella se desviaba de sus hermanas por la vida sencilla que llevaban. Cuando a la muerte de sus padres se repartieron por suertes la herencia paterna, le tocó a Magdalena el castillo de Mágdala, que era muy hermoso. Desde niña había estado allí varias veces y sentía por el lugar especial predilección. Contaba apenas once años cuando se retiró a ese castillo con mucho acompañamiento de criadas y de servidores de la casa y gran boato. Mágdala era lugar de fortalezas y edificios almenados formado de castillos, casas fortificadas, oficinas públicas, plazas con pórticos, paseos y jardines. Distaba ocho horas de camino al Oriente de Nazaret, a tres de Cafarnaúm y a una y media de Betsaida, hacia el Mediodía, a una milla del lago de Genesaret, en una altura, y en parte en el valle que corre hacia el mar de Galilea, terminando en el camino que se extendía alrededor del lago. Uno de los castillos pertenecía a Herodes, el cual poseía otro más grande en la fértil campiña de Genesaret, Por eso había allí soldados de Herodes, que eran causa de mayor licencia de costumbres: muchos oficiales tenían trato con Magdalena. Fuera de estos soldados habría en toda Mágdala unas cien personas más, la mayor parte empleados, cuidadores de los castillos, criados y mayordomos. No había allí sinagoga, y la gente piadosa iba a la de Betsaida. El castillo de Magdalena era el más hermoso y estaba situado en terreno más elevado que los demás del contorno: desde sus terrazas se podía contemplar la llanura del mar de Galilea hasta la orilla opuesta. A Mágdala confluían cinco caminos: en cada uno de ellos se veía, como a una media hora, el castillo correspondiente, una torre sobre una bóveda como una garita desde donde el centinela podía observar el horizonte a mucha distancia. Estas torres estaban desunidas entre sí y rodeadas de jardines, praderas y campos de pastoreo. Magdalena tenía criados y criadas, porque poseía allí campos con ganado; pero la administración era defectuosa y todo iba en decadencia. A través del valle y los barrancos agrestes, desde donde empezaba la edificación de Mágdala hacia la altura, corría un arroyo en dirección al mar, donde se refugiaban animales salvajes que llegaban allí para ocultarse desde tres lugares desiertos unidos al valle de

Mágdala. Herodes solía tener allí grandes cacerías, además de hacerlo en el castillo de Genesaret, donde poseía un parque de animales.

La campiña de Genesaret empieza entre Tiberíades y Tarichea, como a cuatro horas de Cafarnaúm y se extiende desde el mar hasta tres horas en la comarca, y al Sur de Tarichea hasta la desembocadura del Jordán. Este hermoso valle, como el lago artificial y el lugar de baños de Betulia, formado por un arroyo, son parte de un espléndido conjunto de arroyos que se echan en el mar. Esta corriente de agua forma varias cataratas artificiales y estanques en el hermoso valle, lleno de jardines, casas de veraneo, castillos, jardines zoológicos, quintas con árboles forestales y frutales de toda clase. Todo el año se ve allí vegetación y flores. Los ricos del país, especialmente de Jerusalén, tienen allí sus residencias de verano, con jardines, parques y paseos. El lugar está lleno de casitas, paseos, enramadas, con senderos de setos verdes y con caminos bordeados de árboles en forma de pirámides, figurando colinas y elevaciones de diferentes aspectos. Fuera de Mágdala no se ve, en los alrededores, otras poblaciones. Los habitantes estables durante todo el año son, en la mayoría, jardineros y guardianes de los castillos, y pastores que guardan el ganado de ovejas y cabras de razas escogidas. Vi además que cuidan toda clase de animales y pájaros raros en los jardines. Ningún camino principal corre a través de Mágdala, pero la circundan dos que vienen del mar y del río Jordán.

III

Jesús en Hebrón, en Dothaim y en Nazaret

Cuando Jesús llegó a Hebrón, despachó a sus compañeros diciéndoles que Él debía visitar a un amigo. Zacarías e Isabel ya no vivían y Jesús se dirigió hacia el desierto adonde Isabel había llevado al niño Juan. Este desierto estaba entre Hebrón y el sur del Mar Muerto. Primero se atraviesa una alta montaña de piedras blancas y se entra en un ameno valle de palmas.

Allí se dirigió Jesús y estuvo en la cueva donde había estado Juan, llevado por Isabel. Luego lo vi pasando un riachuelo por el cual había pasado también Juan con Isabel. Lo he visto solitario y en oración, como si se preparase para su vida pública. De este desierto volvió nuevamente a Hebrón. Ayuda en todas partes donde se ofrecía el caso: lo he visto junto al Mar Muerto ayudando a gentes que pasaban sobre balsas el mar y a extender una lona sobre la barcaza, ya que subían sobre la balsa hombres, animales y fardos de mercaderías. Jesús clamó a ellos y desde la orilla les alcanzó un tirante hasta la embarcación y les ayudó en cargar y mejorar la barcaza. La gente no podía imaginar quien fuera Él, pues aunque no se distinguía de los demás por su vestido exterior, pero su porte era tan digno, tan amable su trato y admirable su persona, que todos se sentían conmovidos sin saber el por qué. Al principio creyeron que fuera Juan el Bautista, que había aparecido en esos lugares; pero pronto se desengañaron, pues Juan era más moreno y tenía más curtido el rostro por la vida del desierto.

Estando en Hebrón celebró la fiesta del sábado y dejó libres a sus compañeros de viaje. Entraba en las casas donde había enfermos y los consolaba, les servía, los levantaba y les acomodaba los lechos; pero no he visto sanarlos de sus enfermedades. Su aparición era para todos una bendición y se admiraban de su presencia. Fue también adonde había algunos poseídos del demonio, que en su presencia se aquietaban, aunque no he visto que los librase de los

espíritus malignos. Donde Él aparecía colaboraba cuando se presentaba la oportunidad: levantaba a los caídos, daba de beber a los sedientos y acompañaba a los viajeros a través de caminos difíciles. Todos deseaban su presencia, lo querían bien y se admiraban de tal caminante. Desde Hebrón se encaminó hacia la desembocadura del Jordán en el Mar Muerto. Pasó el río y se dirigió por el Oriente hacia Galilea. Lo vi caminando entre Pella y la comarca de Gergesa. Hacía el camino en pequeñas etapas, ayudando, mientras tanto, donde se ofrecía la ocasión. Visitaba a los enfermos y a los leprosos, los consolaba, los levantaba, los acomodaba en sus lechos, los exhortaba a la oración y les sugería remedios y cuidados. En uno de estos lugares había gente que sabía lo de Simeón y de Ana, y le preguntaron si acaso era Él ese niño del que profetizaron. Generalmente le acompañaban algunos voluntariamente, que lo hacían por gusto de ir con Él. Estuvo también en el hermoso riachuelo Hieromax que se echa en el Jordán, no lejos de aquel monte escarpado de donde Él más tarde arrojó los cerdos en el mar; este lugar está bajo el mar de Galilea. En la orilla había cierta cantidad de casitas cavadas en tierra, como chozas de pastores, donde habitaban gentes que trabajaban con sus canoas y barcos; y he visto que no entendían el oficio y adelantaban poco. Jesús fue hacia ellos, les ayudó bondadosamente llevándoles postes y tirantes, dándoles una mano en sus tareas e indicándoles ciertas conveniencias en el modo de trabajar, mientras los exhortaba a la paciencia y a la caridad mutua en la faena.

Más tarde lo he visto en Dothaim, pequeño pueblo aislado al noreste de Séforis. No había allí sinagoga y la gente vivía despreocupada, aunque no era mala. Abrahán tuvo aquí pastores para los animales del sacrificio. También José y sus hermanos tuvieron aquí sus ganados, y aquí fue vendido José. En los tiempos actuales Dothaim es una villa pequeña, aunque las praderas son buenas y hay ganado hasta el mar de Galilea. Había en este lugar una gran casa, especie de manicomio, donde se encontraban muchos poseídos de demonios: éstos se pusieron sumamente

furiosos y se golpeaban unos a otros hasta parecer que se mataban al acercarse Jesús. Los guardianes no podían sujetarlos ni con ataduras. Jesús entró en la casa y les habló, y se aquietaron de inmediato. Los exhortó y amonestó, y he visto que salieron de allí completamente tranquilos, dirigiéndose cada uno a su casa. Los habitantes se admiraron grandemente al ver este hecho, no querían dejarlo partir de allí y terminaron por invitarlo a asistir a una boda. En esa fiesta no apareció sino como un hombre a quien se quiere honrar. Habló amigablemente, y con sabias palabras exhortó también a los esposos. He visto que éstos, después de la aparición de Jesús en Thebez, entraron en la comunidad cristiana.

IV

Regreso de Jesús a Nazaret

Cuando Jesús volvió a Nazaret, visitó a los conocidos y parientes de sus padres, en los alrededores, siendo recibido muy fríamente por sus habitantes; de modo que cuando quiso entrar en la sinagoga para enseñar, no se lo permitieron. Habló entonces en la plaza pública delante de muchas personas, saduceos y fariseos, refiriéndose al Mesías que había de aparecer, muy distinto del que ellos se imaginaban según sus deseos. Llamó a Juan:

"la voz que clama en el desierto". Le habían seguido desde la comarca de Hebrón dos jovencitos vestidos con largas túnicas

como las de los sacerdotes, aunque no estaban siempre con Él. Celebró aquí la festividad del sábado.

He visto a Jesús, en compañía de María, María Cleofás y los padres de Pármenas, en total unas veinte personas, abandonar Nazaret y dirigirse a Cafarnaúm. Tenían asnos cargados de bultos. La casa de Nazaret quedó limpia, adornada y revestida interiormente con alfombras y mantas, que me daban la impresión de una capilla: así quedó vacía la casita de Nazaret. El tercer marido de María Cleofás, que trabaja en casa de Ana, cuidará la casa juntamente con sus hijos. Esta María Cleofás, su hijo menor José Barsabás y Simón, viven ahora muy cerca de la casita que aquel hombre llamado Leví regaló a Jesús para su vivienda cerca de Cafarnaúm. Los padres de Pármenas vivían también no lejos de allí.

Jesús fue de un pueblito a otro visitando especialmente los lugares donde había estado Juan, vuelto del desierto. Entraba en las sinagogas, enseñaba y consolaba y ayudaba a los enfermos. En cierta ocasión, mientras enseñaba en la sinagoga de un pueblito acerca del bautismo de Juan, de la proximidad del Mesías y de la necesidad de la penitencia, la gente del lugar murmuraba, diciendo: "No hace más que unos tres meses vivía su padre, el carpintero, y Él trabajaba con su padre; luego se dio a viajar un poco, y ahora ya se viene para echárselas de maestro".

Lo vi también en Cana, donde tenía parientes, a quienes Él visitó, y lo vi enseñando. Todavía no lo vi con ninguno de sus futuros apóstoles: parecería que se ocupara de ir conociendo a los hombres, y que ayudara solamente a la obra en que se había empeñado Juan. De un pueblo a otro le solía acompañar siempre algún buen hombre del lugar.

Una vez he visto a cuatro hombres, entre ellos alguno que fue apóstol, aguardando a la sombra, sobre el camino entre Samaria y Nazaret, a que pasara Jesús, el cual acercábase precisamente en compañía de un discípulo.

Los hombres le salieron al encuentro, y le contaron cómo habían sido bautizados por Juan, que les había hablado de la proximidad del Mesías. Le contaron que había hablado severamente con los soldados y que de ellos había bautizado algunos pocos. Le dijeron también que él podía tomar piedras del Jordán y bautizarlas, y le refirieron otras cosas de Juan. Luego continuaron el camino en su compañía. Después lo vi caminando por el lago de Galilea, hacia el Norte. Habló ya más claramente del Mesías, y en varios lugares los poseídos del demonio clamaban detrás de Él. Echó el demonio de un hombre y enseñó en la sinagoga. Le salieron al encuentro seis hombres, que venían del bautismo de Juan, entre ellos Leví, llamado Mateo, y dos hijos de viudas de la parentela de Isabel. Conocían algo a Jesús por el parentesco y por oídas, y sospechaban que pudiera ser Aquél de quien hablaba Juan el Bautista, aunque no estaban seguros. Le hablaron de Juan, de Lázaro y de María Magdalena, opinando que ésta debía tener algún demonio. Por este tiempo ya vivía María en su castillo de Mágdala. Estos hombres acompañaron a Jesús, maravillándose de sus enseñanzas. Los bautizados que iban de Galilea hacia donde estaba Juan, contaban a éste lo que sabían de Jesús y lo que habían oído decir, y los de Ainón, donde bautizaba Juan, iban a Jesús contándole las cosas de Juan.

Después he visto a Jesús caminando solo junto al mar, en un lugar de pesca rodeado por una valla, donde estaban ancladas cinco barcas. En la orilla había varias chozas habitadas por pescadores. Pedro era el dueño de ese lugar de pesca. Dentro de la choza estaban Pedro y Andrés; Juan y Santiago y su padre el Zebedeo, con otros, estaban en la barca. En la barca del medio estaba el padre de la mujer de Pedro con sus tres hijos. Supe los nombres de

todos estos hombres y los he olvidado. El padre tiene el sobrenombre de Zelotes, porque en cierta ocasión había disputado con los romanos sobre derechos de pesca en el mar de Galilea y había ganado el pleito. He visto unos treinta hombres sobre las barcas. Jesús se acercó, y andaba entre las chozas y las barcas por el espacio cercado. Habló con Andrés y otros pescadores; no sé si con Pedro también. Ellos no dieron señas de conocer quién era. Él les habló de Juan y de la proximidad del Mesías. Andrés era discípulo de Juan y había sido bautizado por él. Jesús les dijo que volvería.

V

Jesús va, a través del Líbano, a Sidón y a Sarepta

Jesús se dirigió, desde la orilla del mar de Galilea, hacia el Líbano, a causa de las habladurías y del movimiento en todo el país: muchos tenían a Juan por el Mesías y otros hablaban de otro indicado por el mismo Juan. Le acompañaban ahora, a veces seis, a veces hasta doce discípulos, que se apartaban o reunían en el camino: se alegraban con su enseñanza y sospechaban que pudiera ser Aquél de quien hablaba Juan. Jesús no había elegido aún a nadie y andaba solo, como si estuviese sembrando y preparando el terreno para su misión. Todos estos caminos guardaban relación con los viajes de los profetas, especialmente Elías. Jesús se dirigió con sus acompañantes a las alturas del Líbano, en dirección a la gran ciudad de Sidón, a orillas del mar. Desde esas alturas se goza de una espléndida vista panorámica. La ciudad parece estar muy cerca del mar; pero cuando uno está dentro de ella ve que aún queda a tres cuartos de hora de camino de la orilla. Es una ciudad bastante grande y llena de movimiento:

cuando se mira desde una altura hacia abajo parece que uno viera una serie interminable de barcos, porque en los techos planos de las casas había como un bosque de palos de mástiles con grandes banderas coloradas y de otros tonos y unas telas sin pintar, tendidas y colgadas, y debajo una multitud de hombres que trabajaba. En las casas he visto que fabricaban toda clase de recipientes brillantes. Los alrededores estaban llenos de huertas pequeñas con árboles frutales. Había grandes árboles y alrededor asientos. Algunos de estos asientos estaban sobre las ramas de los árboles, a los que se subía por escalones, y allí descansaban sentadas muchas personas como en casas aéreas. La llanura en la cual está situada la ciudad, entre el mar y la montaña, es bastante angosta. Paganos y judíos traficaban en la ciudad, donde reinaba mucha idolatría. El Salvador enseñaba y predicaba, mientras andaba entre los pequeños pueblos, bajo los grandes árboles, hablando de Juan y su bautismo y de la necesidad de hacer penitencia. Jesús fue bien recibido en la ciudad. Había estado allí otra vez. Habló en la escuela de la ciudad de la proximidad del Mesías y de la necesidad de dejar la idolatría. La reina Jezabel, que tanto persiguió a Elías, era de esta ciudad.

Jesús dejó a sus acompañantes en Sidón y se trasladó más al Norte a un lugar apartado del mar. Quiso separarse de los demás para entregarse a la oración. Este lugar está rodeado de un lado por bosques; hay gruesos muros y muchos viñedos en torno. Es Sarepta, la ciudad donde Elías fue alimentado por la viuda. Los judíos han relacionado con este hecho una superstición de la que participan los paganos del lugar: dejan habitar en torno de los muros de la ciudad a piadosas viudas y con eso creen que pueden entregarse a toda suerte de licencias, seguros de que no les pasará nada malo. Ahora habitaban allí hombres ancianos. Jesús habitó en la finca de aquella viuda, que pertenece ahora a un hombre de mucha edad. Estos hombres son especie de solitarios que por antigua costumbre y por veneración a Elías se retiran viviendo allí entregados a la meditación, a la explicación e interpretación de las profecías sobre la venida del Mesías y a la oración. Jesús les habló

del Mesías y del bautismo de Juan. Aunque son piadosos, tienen ideas equivocadas y piensan que el Mesías llegará con poder temporal y magnificencia exterior. Jesús se retira con frecuencia al bosque de Sarepta para entregarse a la oración. Otras veces va a la sinagoga y se ocupa también de instruir a los niños. En lugares donde viven muchos paganos les advierte que se mantengan alejados de las costumbres de éstos. He visto que había aquí gente buena y también algunos muy perversos.

Generalmente lo veo ir solo, a no ser que le acompañe alguno de los contornos. Lo veo con frecuencia enseñar bajo la sombra de los árboles, en las faldas de las colinas, rodeado de hombres y mujeres. El tiempo del año es tal que me parece cuando estamos aquí en el mes de Mayo, porque en esta tierra la segunda cosecha es parecida a la de Mayo, entre nosotros. Veo que no cortan el trigo tan bajo como nosotros; lo asen bajo las espigas con la mano y lo cortan a un codo de altura, y no lo trillan. Están de pie las pequeñas gavillas y pasan por encima un rodillo tirado por dos bueyes. El trigo es mucho más seco y cae con más facilidad que entre nosotros. El trabajo lo hacen en campo abierto o bajo un techo de paja, abierto a los lados. Desde Sarepta se dirigió Jesús al Noreste, a un lugarcito no distante del campo de los muertos visto por Ezequiel en visión, cuando los huesos de los muertos se juntaron, tomando carne y nervios, y viniendo un soplo recibieron vida y movimiento. Acerca de esto tuve una explicación: como si por la predicación y bautismo de Juan se cubrían los cadáveres de carne y de nervios, y por el espíritu de Jesús Redentor y más tarde por el Espíritu Santo recibían vida y movimiento. Jesús consoló aquí a las gentes que se mostraban abatidas, y les habló y explicó la visión del profeta Ezequiel [3]. Después se dirigió más al Norte, hacia la comarca donde Juan se había encaminado al salir del desierto. Había allí una pequeña población donde se habían detenido Noemí y Ruth algún tiempo. La fama de estas mujeres era tal que aún se hablaba de ellas con alabanzas. Más tarde se retiró a Belén. El Señor predicó aquí con mucho celo. Se acerca el tiempo en que Él se retirará al Sur, para su bautismo, a través de la Samaria.

Jacob tuvo también aquí campos de pastoreo. A través de la pradera corre un riachuelo, detrás del cual está el pozo de Juan, bastante alto, desde el cual se abre un camino que lleva al campo de los muertos visto por Ezequiel. De allí se baja hasta el lugar donde Adán y Eva fueron echados del Paraíso, descendiendo siempre. En este descenso los árboles se volvían cada vez más pequeños y achaparrados, hasta que llegaron en medio de arbustos tupidos, donde todo era ya silvestre y deforme. El Paraíso estaba alto, como el sol, y fue descendiendo como detrás de una montaña, que parecía a su vez levantarse.

El Salvador anduvo por el mismo camino que hizo Elías cuando fue desde el arroyo de Carit a Sarepta. Está de vuelta en el campo de los pastores hacia Sarepta. Enseña durante el trayecto y pasa sin detenerse por Sidón. Desde Sarepta irá muy pronto al Sur para el bautismo; pero se detiene en Sarepta para celebrar el sábado.

Después del sábado lo veo caminando hacia Nazaret, enseñando en algunos lugares, solo o acompañado: siempre lo veo descalzo. Lleva sus sandalias, que se pone cuando llega a alguna población. Lo vi por los valles, en las cercanías del Carmelo, y otra vez en el camino, muy cerca de donde se va a Egipto. De pronto se dirigió hacia el Oriente.

Veo también, caminando hacia Nazaret, a la Madre de Dios, a María Cleofás, a la madre de Pármenas y a dos mujeres más; y de Jerusalén a la Serafia (la Verónica), a Juana Chusa y al hijo de Serafia, el cual más tarde se unió a los apóstoles. Estos van a reunirse con María; son conocidos de Ella por las anuales idas a Jerusalén. Hay tres lugares donde las piadosas familias, con María y José, solían hacer sus devociones cada año: el templo de Jerusalén, el árbol del terebinto junto a Belén y el monte Carmelo. La familia de Ana y otras piadosas personas iban a este lugar

generalmente en Mayo, cuando volvían de Jerusalén. Había allí un pozo y la cueva de Elías que parecía una capilla. Llegaban en diversos tiempos piadosos judíos, que esperaban la venida del Mesías; había otros que vivían allí como solitarios, y más tarde hubo cristianos. Al oriente del monte Tabor enseñó Jesús, en la escuela de un pueblecito, sobre el bautismo de Juan. He visto con Jesús a cinco acompañantes, entre éstos algunos que más tarde fueron discípulos.

El Sanedrín de Jerusalén envió cartas a todas las sinagogas y puntos principales de Palestina con mensajeros, para prevenir a las gentes contra uno del cual había dicho Juan que era el que debía venir y que iría pronto a bautizarse. Se decía a los jefes estuvieran atentos con esa persona, dieran cuenta de sus andanzas, añadiendo que si era el Mesías no necesitaba el bautismo. Estos escribas y fariseos estaban muy preocupados, desde que supieron que era el mismo que cuando niño los había confundido en el templo. He visto a estos mensajeros llegar a una ciudad situada a cuatro horas del camino de Hebrón hacia el mar; es la misma de donde los mensajeros de Moisés y Aarón trajeron aquellos grandes racimos de uva. La ciudad se llama Gaza. He visto aquí una larga hilera de tiendas y celdas que llegaba hasta el mar, donde se vendían sedas y otras mercaderías.

Jesús llegó aquí y enseñó en diversos lugares, hasta el pozo de Jacob, y celebró el sábado. Cuando volvió a Nazaret, vi que la Madre de Dios le salió al encuentro; pero al ver que llegaba con algunos discípulos, permaneció a cierta distancia, y volvióse sin acercarse a saludar a Jesús. Quedé admirada de su espíritu de sacrificio, al privarse de ese gusto. Al enseñar Jesús en la sinagoga estaban allí las santas mujeres. Cuando algunos días después, con sus cinco acompañantes y unos veinte jóvenes ansiosos de su infancia, enseñó en la sinagoga delante de muchos de Nazaret, no estaban ya presentes las santas mujeres. Los oyentes murmuraban contra Él diciendo que tal vez quería tomar el lugar de bautismo,

abandonado por Juan, y bautizando hacerse pasar por otro igual a Juan; pero que no lo conseguirá, porque Juan venía del desierto, y que en cambio a Él bien lo conocían, y no lograría engañarlos.

VI

Jesús en Betsaida y en Cafarnaúm

Jesús dejó Nazaret para dirigirse a Betsaida, donde quería despertar de su letargo a algunos con su enseñanza. Las santas mujeres y otros acompañantes permanecieron todavía en Nazaret. Jesús había estado en casa de su Madre, donde se reunieron otros amigos, y les declaró que pensaba ausentarse porque se habían suscitado murmuraciones contra Él: que pensaba ir a Betsaida, para volver a Nazaret más tarde. Estaban con Jesús un hijo de la que se llamó después Verónica, de nombre Amandor; otro hijo de una de las tres viudas emparentadas con Jesús: su nombre me suena como Sirac, y un pariente de Pedro, que más tarde fue discípulo.

En la sinagoga de Betsaida predicó Jesús con mucha energía en la festividad del sábado. Les dijo que debían aceptar la confesión, ir al bautismo de Juan y purificarse por medio de la penitencia; de lo contrario vendría un tiempo en que clamarían: "¡ay! ¡ay!" Había mucha gente en la sinagoga; pero creo que ninguno de los futuros discípulos, excepto Felipe. Los demás apóstoles, que eran de Betsaida, me parece que estarían en otras sinagogas ese sábado.

Vivía Jesús con sus hombres en una casa cerca de los pescadores en Cafarnaúm.

Mientras Jesús predicaba en Betsaida, yo rezaba para que la gente fuera al bautismo de Juan y se convirtiera. Entonces tuve una visión donde vi a Juan cómo lavaba y quitaba las manchas más grandes y graves de esa gente, en carácter de precursor del que había de venir. He visto como se esmeraba con ardor en su trabajo, de modo que a veces se le caía la piel de un hombro al otro hombro; esto me parece una figura de lo que pasaba con los bautizados, a los cuales he visto que les caían como tina y escamas, y de otros salía como un humo negro; mientras sobre otros más dispuestos llegaban rayos de luz.

Enseñó también en la escuela de Cafarnaúm. De todas partes acudían oyentes: he visto a Pedro, a Andrés y a muchos otros que ya habían sido bautizados por Juan. Cuando abandonó a Cafarnaúm, lo vi enseñando en un lugar como a dos horas de camino hacia el Sur, rodeado por la muchedumbre.

Con Él estaban tres discípulos. Otros apóstoles que le habían seguido y oído en Cafarnaúm se volvieron a sus ocupaciones, no habiendo Jesús hablado aún con ellos en particular. El tema de la predicación de Jesús fue, también aquí, el bautismo de Juan y la proximidad de la promesa cumplida. Después lo he visto al sur de la Baja Galilea, enseñando, y en dirección de Samaria.

Celebró el sábado en un pueblito entre Nazaret y Séforis. Allí estaban las santas mujeres de Nazaret, la mujer de Pedro y otras mujeres de los que fueron apóstoles más tarde. El lugar estaba formado de pocas casas y una escuela, en un espacio separado de la casa de Ana por un campo. De los futuros apóstoles habían acudido a escuchar su predicación Pedro, Andrés, Santiago el

Menor, Felipe, todos discípulos de Juan. Felipe era de Betsaida, tenía aspecto distinguido y se ocupaba de escrituras. Jesús no se detuvo aquí ni tomó alimento: sólo enseñó. Posiblemente los apóstoles habían celebrado el sábado en alguna sinagoga cercana. Era costumbre de los judíos visitar diferentes sinagogas. Estos discípulos se fueron después de haber oído a Jesús, quien aún no había hablado con ellos en particular.

VII

Los endemoniados de Séforis

Salió Jesús con tres discípulos, a través de una montaña, hacia Séforis, a cuatro horas de camino de Nazaret. Entró en casa de una tía, la hermana menor de Ana, llamada Maraha. Ésta tenía una hija y dos hijos con vestiduras blancas y largas: se llamaban Arastaria y Cocharia, y fueron más tarde discípulos. La Madre de Dios, María, María Cleofás y otras mujeres se dirigieron al mismo punto. Allí he visto que lavaron los pies a Jesús y se hizo una comida. Durmió en casa de Maraha, que era de los antepasados de Santa Ana. Séforis es una ciudad bastante grande y tiene tres comunidades: la de los fariseos, la de los saduceos y la de los esenios, y tres escuelas. Ha sufrido mucho a causa de guerras, y hoy no queda casi nada de ella.

Jesús permaneció varios días enseñando y exhortando al bautismo de Juan.

El mismo día enseñó en dos sinagogas, una superior a la otra. En la primera los fariseos murmuraban contra Él; estaban presentes las santas mujeres. En la otra, de los esenios, no había lugar para las mujeres, y allí fue bien recibido.

Cuando se dispuso a enseñar en la sinagoga de los saduceos sucedió algo maravilloso. Había en Séforis un lugar donde se habían juntado a muchos endemoniados, retardados, locos y desequilibrados. Se los reunía en un recinto, cerca de la escuela, donde eran enseñados; y cuando había explicación para los demás en la sinagoga, eran introducidos para que la oyesen. Estaban detrás de los demás y escuchaban la predicación. Había entre ellos guardianes que los obligaban con azotes a permanecer quietos cuando se desbandaban. Vi a estos desgraciados, antes que Jesús entrase en la sinagoga, inquietarse e irritarse entre sí, desgarrándose, y atacados de convulsiones, mientras enseñaban los saduceos y los guardianes los sujetaban a fuerza de azotes. Al entrar Jesús, enmudecieron todos; pero al rato comenzó uno y otro a clamar: "Este es Jesús de Nazaret, nacido en Belén, visitado por los Reyes Magos de Oriente, y en Maraha está su Madre. Empieza a predicar una nueva doctrina, y no deben escucharla". De este modo clamaban, mientras narraban todos los acontecimientos de la vida de Jesús, ya uno, ya otro de los endemoniados, a pesar de los golpes de los guardianes. Entonces dijo Jesús que se los acercasen delante, y envió a dos discípulos a la ciudad para que trajesen a los otros endemoniados. Al poco tiempo se hallaban allí reunidos unos cincuenta de ellos acompañados de muchos curiosos. Los endemoniados seguían clamando más que antes, hasta que Jesús intervino y dijo: "El espíritu que habla por ellos viene de lo profundo y debe volver a lo profundo de donde ha venido". Al punto se encontraron todos sanos y buenos, cayendo algunos al suelo por la salida de los espíritus. Se levantó un gran alboroto en la ciudad por este prodigio y Jesús y los suyos se vieron en gran peligro. Aumentó de tal manera el alboroto que Jesús se escurrió a una casa y por la noche salió de la ciudad, con los tres discípulos y

Arastaria y Cocharia, hijos de la hermana de Ana. También salieron las santas mujeres.

María se afligió y sufrió mucho aquí, porque vio por primera vez que perseguían a Jesús para hacerle daño. Fuera de la ciudad se juntaron bajo unos árboles y se dirigieron a Betulia.

VIII

Jesús en Betulia

La mayoría de los que sanó Jesús aquí fueron al bautismo de Juan y siguieron más tarde a Jesús como discípulos. Betulia es aquella ciudad en cuya defensa Judit mató a Holofernes. Está situada al Mediodía, al Oriente de Séforis, sobre una altura, desde donde se abarca una gran extensión.

No hay mucha distancia desde aquí al castillo de Mágdala, donde moraba María Magdalena en todo su esplendor. En Betulia hay un castillo y hay abundantes pozos de agua. Jesús y sus acompañantes tomaron albergue a la entrada de la ciudad, y las santas mujeres volvieron a reunirse aquí. He oído que María le decía a Jesús que no enseñara allí, pues estaba muy temerosa de que se levantara un tumulto. Jesús le respondió que ya lo sabía y que debía cumplir su misión. María preguntó: "¿No debemos ir ahora al bautismo de Juan?" Jesús contestó con cierta seriedad: "¿Por qué hemos de ir ahora al bautismo de Juan? ¿Es acaso

necesario?... Aún tengo que caminar y juntar discípulos. Ya diré cuando sea necesario ir al bautismo de Juan". María calló, como en las bodas de Cana.

Por mi parte sólo después de Pentecostés vi a las mujeres ser bautizadas en el estanque de Bethesda. Estas santas mujeres entraron en la ciudad de Betulia, y Jesús enseñó en la sinagoga el sábado. Se había reunido mucha gente de los alrededores para oír su explicación. También aquí he visto a muchos poseídos de demonios y otros fatuos en los caminos, delante de la ciudad, y en algunas calles por donde pasaba Jesús. Se callaban en su presencia, estaban sosegados y Jesús los libraba de su mal. La gente exclamaba: "Este hombre debe tener una fuerza prodigiosa, como los antiguos profetas, porque estos furiosos se aquietan en su presencia". Estos se sentían aliviados, aunque directamente no los hubiese tocado ni hablado, y se acercaron al albergue para darle las gracias. Jesús enseñó, exhortó con severas palabras y les dijo que fueran al bautismo de Juan. La gente de Betulia mostraba aprecio a Jesús y no permitió que siguiera viviendo fuera de la ciudad: se disputaban el honor de albergarlo en sus casas y los que no lo consiguieron quisieron por lo menos hospedar a alguno de los cinco discípulos que lo acompañaban. Estos no quisieron abandonar a Jesús; entonces el Salvador dijo a los invitantes que Él iría a las diversas casas que le ofrecían. Este amor y entusiasmo por Jesús no estaba con todo exento de interés y Jesús no dejó de hacérselo notar durante las enseñanzas de la sinagoga. Tenían la intención, no confesada, de recuperar, con las atenciones al nuevo profeta, la fama que habían perdido por su comercio y su mezcla con paganos y gentiles.

No había, pues, en ellos verdadero amor a la verdad.

Cuando Jesús se retiró de Betulia, lo vi predicando en un valle cercano bajo los árboles. Le habían seguido los cinco discípulos y

unas veinte personas en total. Las santas mujeres habían partido rumbo de Nazaret. Jesús abandonó a Betulia porque le urgían demasiado allí. Habían reunido a muchos posesos y enfermos de los alrededores, y Él no quería aún ejercer su poder de sanar tan públicamente. Cuando se alejó, quedaba el mar de Galilea a sus espaldas. El lugar desde donde hablaba era un sitio destinado desde mucho atrás para la enseñanza ejercida por los profetas a los esenios. Estaba cubierto de menudo pasto verde y tenía gradas para sentarse y oír más descansadamente. Alrededor de Jesús había entonces unas treinta personas. Por la tarde lo he visto con sus acompañantes en las cercanías de Nazaret, como a una hora de una pequeña población con una sinagoga, donde había estado antes de partir para Séforis. Lo recibieron amigablemente y lo llevaron a una casa con patio contiguo. Le lavaron allí los pies a Él y a sus acompañantes, les quitaron sus mantos y los limpiaron del polvo, golpeándolos y cepillándolos, mientras les preparaban comida. Jesús enseñó en la sinagoga, mientras las santas mujeres llegaban a Nazaret.

IX

Jesús en Kedes y Jezrael

Pasados algunos días Jesús se encaminó, dos millas más lejos, a la ciudad de levitas Kedes o Kision. Le seguían unos siete poseídos del demonio, los cuales, en voz más alta aún que los de Séforis, iban proclamando su misión y su historia. De la ciudad salieron a su encuentro sacerdotes, ancianos y jóvenes con vestimentas blancas y largas. Algunos de los discípulos le habían precedido anunciando

su llegada. Jesús no sanó ni libró a los posesos aquí y los sacerdotes los encerraron en un local para que no molestaran. Sanó y libró a estos infelices recién después de su bautismo. Lo recibieron muy bien y le sirvieron; pero cuando quiso enseñar le preguntaron qué misión llevaba y con qué autoridad, dado que era sólo conocido por hijo de María y de José. Él respondió diciendo, en términos generales, Quién le enviaba, Quién, era Él a quien enviaba, y que en el bautismo sabrían mejor Quién le enviaba. Enseñó largo tiempo, acerca del bautismo de Juan, sobre una colina en medio de la población, donde había, como en Thebez, un lugar dispuesto cubierto con una techumbre de juncos y ramas. De aquí pasó Jesús al lugar llamado de los pastores, donde más tarde, después de la segunda Pascua, sanó a un leproso y enseñó en diversos lugares de los contornos. El día de sábado llegó con sus acompañantes a Jezrael, poblado con casitas desparramadas entre jardines, ruinosos edificios y torres derruidas.

Cruza por medio un camino principal, llamado el Camino del Rey. Algunos acompañantes le habían precedido, y Jesús iba sólo con tres de sus discípulos.

En este lugar vivían algunos judíos, estrictos observantes de la Ley: no eran esenios sino nasireos. Hacían votos por determinado tiempo y vivían en cierta continencia. Poseían una escuela con varias habitaciones. Los niños vivían en comunidad en uno de estos edificios y las niñas en otro. Los casados solían hacer votos de continencia por algún tiempo, durante el cual los hombres residían en las casas de los niños y las mujeres en las de las niñas.

Todos vestían de blanco o de gris. El jefe vestía túnica larga de color gris, el ruedo con dibujos de frutas blancas y borlas, y llevaba un ancho cinturón gris con letras blancas. En un brazo tenía una cinta de una materia tejida bastante gruesa, gris y blanca, semejante a una servilleta doblada. Pendía de ella una punta

terminada en flecos. Usaba también un manto corto alrededor del cuello, como el del jefe de los esenios Arcos, de color gris, y en vez de estar abierto por delante lo estaba por detrás. En el pecho tenía un escudo brillante cerrado por la espalda con cuerdecitas. Sobre los hombros llevaba unos retazos de tela. Todos usaban turbante de un color oscuro brillante: en la frente tenía letras y en la coronilla de la cabeza se juntaban tres bandas formando un botón semejante a la manzana. Los bordes del turbante eran blancos y grises. Los hombres llevaban barba larga y cabellera sin cortar.

Me recordaban a los apóstoles, entre los cuales creía hallar semejanza; pero especialmente me recordaban a Pablo, que tenía los cabellos y los vestidos como éstos cuando perseguía a los cristianos. Más tarde he visto a Pablo entre ellos, porque era nasireo. Se dejaban crecer los cabellos hasta cumplir con el voto; luego se los cortaban y los ofrecían quemándolos en el fuego.

Ofrecían también palomas. Uno podía entrar haciendo parte del voto de otro. Jesús celebró el sábado en medio de ellos. Jezrael está separada de Nazaret por medio de una montaña. En las cercanías hay un pozo, donde estuvo un tiempo Saúl con su ejército.

Jesús enseñó el sábado sobre el bautismo de Juan. Les dijo, entre otras cosas, que la piedad era cosa muy buena; pero que la exageración ofrecía algún peligro; que los caminos de la salvación eran diversos; que el apartamiento de los demás puede degenerar en sectas; que fácilmente se mira con orgullo y propia complacencia a los demás hermanos y a los pobres no, los cuales, sin embargo, deberían ser ayudados y llevados por los más fuertes.

Esta enseñanza era aquí muy oportuna porque en los contornos vivían gentes mezcladas con los gentiles, sin guía ni consejeros,

porque los nasireos se apartaban de ellos. Jesús visitó a estos pobres de los alrededores y los exhortó a ir al bautismo de Juan. Estuvo al día siguiente en una comida de nasireos. Hablaron de la circuncisión relacionándola con el bautismo. Aquí oí por primera vez a Jesús tratar de la circuncisión. Me es imposible reproducir sus palabras. Dijo, más o menos, que el precepto de la circuncisión tenía un fundamento que había de cesar muy en breve; es decir, cuando el pueblo no estuviese ya unido tan carnalmente a la descendencia de Abrahán, sino que renaciese por el bautismo del Espíritu Santo a una vida espiritual. De entre estos nasireos se han hecho muchos cristianos; pero en general se atenían tanto al judaísmo que muchos pretendían mezclar el cristianismo con el judaismo, y así cayeron en la herejía y el error.

X

Jesús entre los publicanos

Cuando Jesús se despidió de Jezrael, se encaminó hacia el Oriente, bordeó la montaña que está entre Jezrael y Nazaret, y a dos horas de Jezrael permaneció en un pequeño grupo de casas a ambos lados del camino real. Vivían aquí muchos publícanos y otros judíos pobres algo más apartados del camino. El camino que pasaba entre las viviendas estaba guardado con rejas y cerrado a la entrada y a la salida. Había ricos publícanos que tenían bajo sus órdenes otras estaciones de pago, que a su vez subalquilaban estos puestos a otros. Uno de estos publícanos subordinados era Mateo, que tenía su puesto en otro lugar. Aquí había vivido aquella María, hija de una hermana de Isabel, que después de enviudar

pasó a Nazavet, luego a Cafarnaúm y más tarde estuvo presente a la muerte de María Santísima. Por aquí pasaba el camino real que se dirigía de Siria, Arabia, Sidón hacia Egipto.

Conducían por este camine, sobre camellos y asnos, grandes fardos de seda blanca, en haces, como lino, telas blancas y de color, alfombras gruesas entretejidas y muchas especias y yerbas. Cuando los camellos llegaban con sus cargas, eran detenidos, encerrados, y obligados a mostrar sus mercaderías.

Los pasajeros debían pagar allí derechos en mercadería o dinero. Las monedas eran piezas triangulares o cuadradas amarillas, blancas o rojizas con una figura grabada a un lado en bajorrelieve y al otro en altorrelieve. Vi otras clases de monedas con torres, o una virgen, o un niño dentro de una canoa.

Aquellas monedas delgadas que traían los Reyes Magos y ofrecieron en el pesebre volví a verlas entre algunos extranjeros que acudían al bautismo de Juan. Estos publícanos estaban entendidos entre sí y cuando uno de ellos lograba trampear en dinero o especias a los viajantes, se repartían las ganancias. Eran ricos y vivían cómodamente. Las casas estaban adornadas y provistas de patios, jardines y muros en torno: me recordaban las granjas de nuestros grandes campesinos. Sus moradores vivían apartados de los demás.

Tenían una escuela y un maestro. Jesús fue recibido bien por ellos. Llegaron algunas mujeres, entre ellas la de Pedro, creo. Una habló con Jesús y luego se retiraron de allí. Quizás venían de Nazaret y traían algún mensaje de María para Jesús. Jesús estaba ya con uno, ya con otro de los publícanos y enseñaba en la escuela. Les enrostró que algunas veces extorsionaran a los viajeros sacándoles más de lo debido en justicia. Ellos se mostraron avergonzados, sin

explicarse cómo podía saberlo Él. A pesar de todo recibieron sus enseñanzas mejor que otros y se mostraron muy humillados en su presencia.

Los exhortó a ir al bautismo de Juan.

XI

Jesús en Kisloth Tabor

Jesús abandonó el lugar de los publícanos después de haber enseñado toda la noche. Muchos de ellos querían hacerle regalos, pero Él no aceptó sus dones, Algunos lo siguieron con el propósito de ir al bautismo de Juan. Jesús llegó a Dotaim, junto a la casa donde estaban aquellos furiosos que había habitado en su primera pasada desde Nazaret. Al pasar cerca empezaron a gritar el nombre de Jesús, e intentaron salir. Jesús indicó al guardián que los dejase libres, que Él se hacía responsable de las consecuencias.

Fueron puestos en libertad, se sosegaron, viéronse librados de su mal y le seguían.

Hacia la tarde llegó Jesús a Kisloth, población junto al monte Tabor. Vivían allí muchos fariseos los cuales se escandalizaron al ver a Jesús en compañía de publícanos, de poseídos de demonios y de

toda clase de gente baja. Jesús entró en la escuela de la ciudad y enseñó sobre el bautismo de Juan. A sus acompañantes les declaró que pensasen bien antes de seguirle, si podían hacerlo, pues su camino y modo de vida no era por cierto cómodo ni agradable. Les contó algunos ejemplos de constructores: si uno quisiera edificarse casa debía pensar si el dueño del campo lo permitía; que antes se amigase e hiciese penitencia; y si uno quería edificarse una torre, debía primero calcular su gasto. Dijo otras cosas que agradaron poco a los fariseos. No le escuchaban, sino que más bien le acechaban; luego los he visto tratar entre ellos que le darían una comida para espiar sus palabras y expresiones. En efecto, le prepararon una gran cena en un local abierto. Había allí tres mesas juntas, y a derecha e izquierda lámparas encendidas. En la mesa del medio estaba Jesús con algunos de los suyos y los fariseos; el centro de la sala tenía la techumbre abierta; en las mesas de los lados estaban otros acompañantes de Jesús. Debía haber en esta ciudad la antigua costumbre de que cuando alguien preparaba un banquete para un extranjero, eran invitados también los pobres, de los cuales había muchos en la ciudad olvidados; puesto que cuando Jesús se puso a la mesa preguntó en seguida a los fariseos dónde estaban los pobres que tenían derecho de participar. Los fariseos se mostraron confusos y dijeron que esto ya hacía mucho tiempo que no se observaba. Entonces mandó Jesús a sus discípulos Arastaria, Cocharia, hijos de Maraha, y a Kolaya, hijo de la viuda Ceba, que fuesen a buscar a los pobres de la ciudad. Esto causó gran escándalo entre los fariseos y admiración en la ciudad. Muchos de estos pobres estaban ya durmiendo. He visto a los mensajeros despertar a estos pobres en sus covachas, y he visto muchos cuadros de alegría entre ellos, que acudieron al llamado. Jesús y los discípulos los recibían y les servían, mientras les impartía hermosas enseñanzas.

Los fariseos estaban muy contrariados, pero nada podían hacer por el momento, pues Jesús tenía la razón y el pueblo se alegraba de ello. Había un gran movimiento en toda la ciudad por esta novedad. Cuando estos pobres hubieron comido, se llevaron todavía algo

consigo para los que habían quedado en sus casas. Jesús había bendecido esos alimentos y después de haber rezado con ellos, los exhortó a ir al bautismo de Juan.

XII

Jesús en el lugar de los pastores llamado Kimki

Jesús transitaba por la noche entre dos valles: lo veía hablar de vez en cuando con sus acompañantes; otras veces rezagarse, ponerse de rodillas y rezar, y a alcanzar a sus discípulos. La tarde del día siguiente he visto a Jesús llegar a un lugar de pastores con casas desparramadas. Había allí una escuela, aunque no tenían sacerdotes. Estos solían acudir de otro lugar muy distante. La escuela estaba cerrada. Jesús reunió a los pastores en la sala de una posada y les enseñó. Como estaba cercana la fiesta del sábado, concurrieron por la tarde sacerdotes y fariseos, algunos procedentes de Nazaret.

Jesús habló sobre el bautismo de Juan y la proximidad del Mesías. Los fariseos se mostraban contrarios a Jesús: referíanse a su humilde origen y trataban de desprestigiarlo. Jesús pasó allí la noche.

El sábado habló en parábolas: pidió una semilla de mostaza, y habiéndola obtenido, dijo que si tenían fe siquiera como un grano de mostaza podrían conseguir echar un peral en el mar. Había allí, en efecto, un gran peral cargado de frutas. Los fariseos se mofaban de

estas enseñanzas, que juzgaban pueriles. Jesús explicó mejor sus palabras; pero he olvidado la explicación.

También les habló del mayordomo infiel. El pueblo, en cambio, tanto aquí como en los contornos se maravillaba de Jesús, y decía como habían oído de sus antepasados, que hablaban de los profetas y sus doctrinas, pareciéndoles que Éste era como aquellos profetas en su modo de ser y en sus enseñanzas; pero más bondadoso que los antiguos. Este" lugar de pastores se llama Kimki. Desde aquí se veían las montañas de Nazaret: estaba como a dos horas de camino. Las casas están desparramadas; sólo en torno de la sinagoga hay un conjunto de viviendas. Jesús se albergó entre gente pobre. La dueña de casa estaba enferma, hidrópica. Jesús se compadeció, de ella sanándola con sólo ponerle la mano sobre la cabeza y el estómago. Se encontró de pronto buena completamente y se puso a servir la mesa. Jesús te prohibió hablar de este prodigio hasta su vuelta del bautismo. Ella preguntó por qué no lo habría de contarlo por todas partes. Jesús le contestó: "Si hablas de ello, quedarás muda". En efecto, enmudeció hasta la vuelta de Jesús de su bautismo.

Faltarían, creo, unos 14 días para su bautismo, porque estando en Betulia o Jezrael habló de un término de tres semanas.

Jesús enseñó aquí hasta el tercer día; los fariseos se le mostraban contrarios.

Jesús habló de la proximidad de la venida del Mesías y les dijo: "Vosotros esperáis al Mesías en esplendor mundano; pero Él ya ha venido y apareció como pobre; Él traerá la verdad; recogerá más desprecios que alabanzas, pues Él ama la justicia. No os dejéis apartar de Él, para que no os perdáis como aquellos hijos de Noé que se burlaban de él mientras fabricaba el arca que debía salvarlos

del diluvio universal". Luego habló sólo para sus discípulos: "No os apartéis de Mí como se apartó Lot de Abrahán, el cual buscando los mejores pastos se alejó hacia Sodoma y Gomorra; no miréis al esplendor del mundo, que será destruido por el fuego del cielo, para que no seáis convertidos en estatuas de sal. Permaneced conmigo en las adversidades, que Yo os ayudaré en todas las necesidades". Estas y otras cosas les dijo. Los fariseos se mostraban cada vez más contrariados, y decían: "¿Qué les puede prometer Este a ellos, si no tiene nada Él mismo?... ¿No eres acaso Tú de Nazaret, hijo de María y de José?..." Jesús les dijo veladamente de Quién era Hijo Él, y cómo se sabría en su bautismo. Decíanle los fariseos:

"¿Cómo puedes Tú hablar del Mesías aquí y en todas partes donde enseñaste, según nosotros lo hemos averiguado? ¿Crees, acaso, que nosotros hemos de creer que te despachas por el Mesías?..." Jesús se contentó con decir: "A esta pregunta no queda por ahora respuesta alguna, sino ésta: Sí, vosotros lo pensáis". Se promovió entonces un tumulto en la sinagoga; los fariseos apagaron las lámparas, y Jesús y los discípulos abandonaron el lugar y se dirigieron de noche por el camino real. Más tarde los he visto descansando bajo un árbol.

Al día siguiente por la mañana vi que mucha gente esperaba a Jesús en los caminos. No había estado con Él en el sitio anterior; en parte le habían precedido. He visto a Jesús apartarse con ellos del camino y hacia las tres de la tarde llegar a una pradera donde había algunas chozas de paja habitadas por pastores en ciertos tiempos del año. No he visto mujeres. Los pastores le salieron al encuentro. Seguramente sabían su próxima llegada por los que habían llegada antes. Mientras unos le salieron al encuentro, otros mataron y prepararon aves, hicieron fuego y dispusieron una comida en su honor. Esto sucedía en un vestíbulo abierto de la posada; adentro estaba el hogar separado del resto de la casa por una pared. Alrededor había asientos con respaldares cubiertos de verde. Llevaron a Jesús adentro, como también a sus acompañantes, que

eran unos veinte y otros tantos pastores. Todos se lavaron los pies. Jesús tuvo una fuente aparte. Había pedido algo más de agua y les dijo que no la derramasen. Cuando se dispusieron para la comida vio Jesús que estaban algo cohibidos y les preguntó qué era lo que les preocupaba, y si no faltaban algunos. Le dijeron que estaban afligidos porque tenían a dos compañeros enfermos de lepra; dijeron que temían que por tratarse de enfermedad impura Jesús no quisiera acercarse y por esto ambos se habían escondido. Mandó entonces Jesús a sus discípulos que trajesen a los dos enfermos.

Vinieron éstos dos envueltos de pies a cabeza en telas de modo que apenas podían andar, acompañado cada uno por dos compañeros. Jesús los amonestó y les dijo que su lepra no venía de dentro, sino de contagio exterior. Yo tuve entonces el conocimiento de que su lepra provenía no de su maldad y perversidad, sino sólo por seducción. Mandó que se lavasen en el agua que le habían servido a Él, y al hacerlo así he visto que caían como escamas de sus cuerpos enfermos y sólo les quedaban algunas manchas rojas. Esa agua se derramó en un hoyo y se cubrió con tierra. Jesús mandó a esa gente que no dijese nada de lo acontecido hasta que Él volviese de su bautismo. Luego les habló de Juan y de la proximidad del Mesías. Preguntaron entonces, con toda sencillez, a quien debían seguir: a Juan o a Él, quién era el más grande.

Él les explicó entonces que el más grande era aquél que más humildemente sirviese: aquél que más se humillase en amar, ése era el más grande. Los exhortó también a ir al bautismo de Juan. Les habló de las dificultades de su seguimiento y licenció a todos sus acompañantes, menos a los cinco discípulos. A los demás los citó en un lugar en el desierto, no lejos de Jericó, me parece en las cercanías de Ofra. Joaquín tuvo en estos lugares un campo de pastoreo. Una parte de esta gente lo abandonó definitivamente; otra parte fue al bautismo de Juan; y el resto se fue antes a su casa para prepararse a ir después al bautismo de Juan, Jesús y los cinco se dirigieron a Nazaret ya muy tarde, a sólo una hora de camino. No

entraron en la ciudad: se acercaron por la puerta que daba al Este, donde pasaba el camino que lleva al mar de Galilea. Nazaret tenía cinco puertas; aquí estaba una de ellas, pequeña, a un cuarto de hora de la ciudad, en una altura empinada desde la cual pretendieron una vez precipitar a Jesús mismo. Al pie veíanse algunas chozas. Jesús les dijo que buscasen refugio en alguna de esas casitas, mientras Él pasaba la noche en otra. Todos recibieron agua para lavarse los pies, un trozo de pan para comer y lugar para descansar. Ana tenía una posesión en las cercanías de Nazaret, mirando al Oriente. He visto que los pastores pusieron pan sobre las cenizas, para cocerlo al rescoldo. Tenían un pozo de agua, pero no amurallado.

XIII

Jesús con el esenio Eliud Misterios del Antiguo Testamento y la Encarnación

El valle a través del cual anduvo Jesús durante la noche desde Kisloth Tabor, se llama Aedrón, y el campo de los pastores con la sinagoga donde los fariseos de Nazaret se mofaron tanto de Jesús, se llama Kimki.

Las personas a quienes habló Jesús cerca de Nazaret eran esenios, amigos de la Sagrada Familia [4]. Vivían en lugares acondicionados junto a ruinosos muros de la ciudad; habitaban hombres solteros y pocas mujeres, separadas de ellos. Cultivaban pequeñas huertas; los hombres vestían largas túnicas blancas y las

mujeres llevaban mantos. Habían vivido antes en el valle de Zabulón, junto al castillo de Herodes; pero por amistad a la Sagrada Familia se habían trasladado a estos lugares de Nazaret. El esenio junto al cual se hospedó Jesús, se llamaba Eliud, un anciano de larga barba y de aspecto muy venerable. Era viudo y lo atendía una hija. Era hijo de un hermano de Zacarías. Esta gente vivía en retiro: iba a la sinagoga de Nazaret, tenía amistad con la Sagrada Familia, y se le había encomendado el cuidado de la casita de Nazaret en ausencia de María. A la mañana siguiente se fueron los cinco discípulos de Jesús a Nazaret, visitando a sus parientes y a la escuela del lugar. Jesús permaneció entre tanto con Eliud, el esenio. Con este anciano se detuvo orando y conversando familiarmente. Muchos secretos divinos le habían sido revelados a este anciano de extrema sencillez.

En la casa de María estaban, además de ella, cuatro mujeres: su sobrina María Cleofás, la prima de Ana, la del templo, Juana Chusa, parienta de Simeón, María madre de Juan Marcos y la viuda Lea. La Verónica ya no estaba aquí, ni la mujer de Pedro, que había visto en el lugar de los publícanos.

Por la mañana vi a María, con María de Cleofás, junto a Jesús. Jesús dio la mano a María, su madre. Su comportamiento con ella era lleno de amor, aunque aparecía serio y callado. María se manifestó muy preocupada por Jesús, y le dijo que no convenía ir a Nazaret, pues allí había mucha animosidad en su contra. Los fariseos de Nazaret, que habían estado en Kimki y le habían oído en la sinagoga, estaban muy enojados contra Él y habían predispuesto al pueblo. Jesús dijo a María que iba a dejar a sus acompañantes, hasta que fuera al bautismo de Juan y que Él solo iría a Nazaret. Dijo varias cosas más, puesto que María volvió en el día dos o tres veces junto a su Hijo. Le dijo también que Él iría tres veces a la Pascua a Jerusalén y que en la última sentiría ella gran aflicción. Le reveló otros secretos, que he olvidado en este momento. María de Cleofás era una mujer de hermoso porte y

atrayente; habló con Jesús durante la mañana de sus cinco hijos, rogándole los hiciera sus discípulos. Uno de ellos era escribiente, especie de juez de paz, llamado Simón; dos eran pescadores, Santiago el menor, y Judas Tadeo: éstos eran hijos de su primer marido Alfeo, el cual le había dado un hijastro llamado Mateo, de quien se lamentaba mucho por ser un publicano, recaudador de impuestos. De su segundo marido, Sabas, tenía un hijo llamado José Barsabas, pescador, y, por último, tenía otro hijo de su tercer marido, Jonás, pescador: este niño era Simeón. Jesús la consoló diciéndole que sus hijos vendrían con Él, y acerca de Mateo (que ya había estado con Jesús en el camino a Sidón) le dijo que también vendría y que sería uno de los mejores.

María entretanto partió de Nazaret hacia su morada de Cafarnaúm con algunas de sus amigas. Habían llegado de allá algunos criados con asnos para acompañarlas. Llevaron otros objetos que habían quedado en Nazaret la última vez: mantas y bultos con utensilios; todo se había acondicionado en canastos de mimbre y cargado en los asnos. La casita de María en Nazaret parecía durante esta ausencia una capilla bien adornada y el hogar semejaba un altar. Sobre él había un cajoncito y encima de éste un, florero con siemprevivas. Durante la ausencia de María habitaban la casa algunos esenios.

Durante el día estuvo Jesús en íntima conversación con el anciano Eliud.

Éste preguntó a Jesús acerca de su misión y Él le declaró muchas cosas. Le dijo que era el Mesías y habló de toda la línea de su descendencia, aclarándole el misterio del Arca de la Alianza. Escuché cómo este misterio entró en el arca de Noé y cómo se perpetuó de generación en generación; cómo de tiempo en tiempo era sustraído y dado nuevamente. Le explicó que María, con su nacimiento, era el Arca misteriosa de la Alianza. Eliud consultaba a

menudo sus rollos de la Escritura y señalaba trozos de los profetas, que Jesús le aclaraba mejor. Preguntó Eliud a Jesús por qué no había aparecido antes, y Jesús le explicó que Él no había podido nacer sino de una Virgen que hubiera sido concebida del modo que lo hubiesen sido los hombres, a no haber habido la culpa original, y que a nadie se había encontrado desde Adán y Eva tan puros para el caso como los esposos Joaquín y Ana. Jesús desarrolló esto y le mostró todos los impedimentos y dificultades que motivaron el retardo de su venida. En esta ocasión entendí muchos misterios que encerraba el Arca de la Alianza.

Cuando el Arca cayó en manos de los enemigos, los sacerdotes habían ya retirado el misterio de ella, como solían hacerlo en todo peligro. A pesar de esto era tan santa el Arca, que los enemigos eran castigados por su profanación, viéndose forzados a devolverla a los israelitas. He visto que una casta a la que había encomendado Moisés de manera especial el cuidado del Arca, subsistió hasta el rey Herodes. Cuando Jeremías, en la cautividad de Babilonia, escondió el Arca, con otras cosas sagradas, en el monte Sinaí, no se la volvió a encontrar; pero el misterio ya no estaba adentro. Más tarde se hizo un arca a semejanza de la primera, pero ya no contenía todo lo que antes había contenido. La vara de Aarón, como parte del misterio, estaba con los esenios del monte Horeb, y el sacramento de la bendición fue a estar de nuevo dentro, no recuerdo por ministerio de qué sacerdote [5].

En el estanque, después llamado de Bethesda, se conservaba el fuego sagrado. Muchas de estas cosas que Jesús revelaba a Eliud, parte yo las veía en imágenes y parte las oía de palabras; pero me es imposible reproducir todo lo que entonces entendí acerca de estos misterios. Jesús habló con Eliud explicando cómo Él tomó carne para hacerse hombre de aquel germen de bendición que Dios había dado a Adán y quitado de éste antes de caer en la culpa. Le dijo que ese germen de bendición debía haber pasado por muchas generaciones, para que todo Israel fuera participante de él, y que

muchas veces este germen de bendición fue enturbiado y retenido por los pecados de los hombres. He visto estas cosas en la realidad y he visto cómo los patriarcas al morir daban realmente a sus primogénitos esta bendición misteriosa, de un modo sacramental, y entendí que el bocado y el sorbo del cáliz que el ángel dio a Abrahán cuando le prometió al hijo Isaac era figura del Santísimo Sacramento del Altar del Nuevo Testamento, y que esa fuerza recibida por Abrahán era en atención a la carne y sangre del futuro Mesías. He visto cómo la línea de descendencia de Jesús recibió este Sacramento para cooperar en la Encarnación de Cristo y que Jesús instituyó esta misma carne y sangre, recibida de sus antepasados, en un más alto Sacramento y misterio para la unión del hombre con Dios [6].

XIV

Jesús habla con Eliud de Joaquín y de Ana

Jesús habló mucho con Eliud de la santidad de Joaquín y de Ana y de la concepción sobrenatural de María bajo la Puerta Dorada de Jerusalén.

Le declaró que Él no es nacido de José, sino que, según la carne, lo es de María Virgen, y que Ésta fue concebida de aquel germen puro que se le quitó a Adán antes de caer en la culpa, germen que llegó a través de Abrahán, de José en Egipto, y, por medio de éste, al Arca de la Alianza y desde allí a Joaquín y a Ana. Jesús le declaró que para salvar a los hombres había aparecido Él en toda la

flaqueza propia del hombre, sintiendo y probando todo como hombre, y que sería elevado como la serpiente de Moisés en el desierto, sobre el monte Calvario, donde el cuerpo del primer hombre había sido sepultado. Le declaró lo que debía padecer y cómo serían de ingratos los hombres para con su Redentor. Eliud preguntaba con ánimo ingenuo y sencillo. Entendía estas cosas mejor que los apóstoles al principio y lo entendía todo más espiritualmente. Con todo, no podía comprender de qué modo se desarrollarían los hechos. Por eso preguntó a Jesús dónde estaría su reino, si en Jerusalén, en Jericó o en Engaddi. Jesús le contestó que donde Él estaba, estaba también su reino, y que, por lo demás, no tendría Él un reino exterior.

El anciano Eliud hablaba con Jesús con mucha sencillez y naturalidad y le contaba muchas cosas de María, como si Jesús no las supiera. Jesús le escuchaba con mucho amor. El viejo le hablaba también de Joaquín y de Ana, de su santa vida y de su muerte. Jesús añadió en esta ocasión que ninguna mujer hasta entonces había sido más pura que Ana, y que después de la muerte de Joaquín casó dos veces más por voluntad del cielo. Debía cumplir y llenar el número establecido de frutos de la bendición recibida. Cuando Eliud se refirió a la muerte de Ana, yo tuve una visión. He visto a Ana sobre un lecho algo levantado, como he visto después a María, en la parte posterior de su gran vivienda; la vi muy animada, conversando, como si no estuviese por morir. La vi bendecir a sus hijitas y a los demás que estaban en la parte anterior de la casa. María hallábase a la cabecera del lecho y Jesús a los pies. He visto cómo bendecía a su hija María y pedía la bendición de Jesús, que ya era un hombre y tenía una barba incipiente. La he visto después hablando alegremente. La he visto mirar a lo alto: se puso blanca como la nieve y aparecieron algunas gotas como perlas sobre su frente. Entonces no pude contenerme y exclamé: "¡Se muere, se muere...!" y en mi angustia pretendí tomarla en mis brazos. Parecióme que ella se venía a mis brazos, y al salir de mi éxtasis creía tenerla aún en mis brazos.

Eliud contó aún muchas cosas de la juventud de María en el templo. Vi todo esto en cuadros y en figuras. Supe que su maestra Noemí era parienta de Lázaro; esta mujer, de unos cincuenta años, y todas las demás que estaban en el templo, eran esenias. María aprendió de ella a bordar y a tejer; desde niña iba siempre con Noemí cuando ésta purificaba los vasos de la sangre del sacrificio y recibía parte de la carne de los sacrificios, que luego partía y preparaba para las que servían en el templo y para los sacerdotes; pues éstos recibían su parte de alimento de los sacrificios. Más tarde he visto a María ayudar en todos estos menesteres. He visto que Zacarías, cuando estaba de turno en el templo, visitaba a la niña María, y que Simeón la conocía. De este modo yo veía el andar y servir de María en el templo a medida que Eliud se lo contaba a Jesús. Hablaron también de la concepción de Jesús y Eliud contó la visita de María a Isabel, y dijo que María había hallado un pozo, el cual pude ver yo también. En efecto, María con Isabel, Zacarías y José fueron a una pequeña posesión de Zacarías, donde faltaba el agua. María se alejó sola delante del jardín con una varita, y rezó; al tocar la tierra con la vara brotó un hilo de agua, que luego engrosó, rodeando una pequeña colina. Zacarías y José acudieron al lugar, removieron la colinita con la pala, el agua brotó en mayor caudal y se encontraron con una fuente y pozo de agua excelente. Zacarías vivía al Mediodía de Jerusalén, a unas cinco horas de camino hacia el Oriente.

En estas y semejantes conversaciones estuvieron Jesús y Eliud, y éste honraba a Jesús gozosa y sencillamente, pero sólo como un hombre elegido y extraordinario. Una hija de Eliud vivía en una gruta del lugar, alejada de allí. Los esenios que vivían en esta montaña, eran unos veinte: las mujeres vivían separadas, de cinco a seis, agrupadas entre sí. Todos veneraban a Eliud como a su jefe y se reunían todos los días con él para la oración. Jesús comió con él pan, frutas, miel y pescado, todo en pequeña cantidad. Los esenios se ocupaban en el trabajo de la huerta y el tejido. La montaña que habitaban era la punta más alta del conjunto donde Nazaret estaba edificada, aunque estaba todavía separada de la ciudad por un valle. Del otro lado había una pendiente, llena de

verdor y de viñedos. En el fondo de la pendiente, adonde pretendieron los fariseos precipitar a Jesús, había una cantidad de desperdicios, huesos y basura. La casa de María estaba delante en la ciudad, sobre una colinita, de modo que una parte entraba como gruta en la misma colina. Con todo, se veía la casa sobresalir de la colina, en la cual se veían otras casitas desparramadas. María y las santas mujeres, en compañía de Colaya, hijo de Lea, llegaron a su vivienda en el valle de Cafarnaúm. Las amigas le salieron al encuentro. La casa de María en Cafarnaúm pertenecía a un hombre llamado Leví, que vivía no lejos de allí en una gran casa. Por medio de la familia de Pedro fue alquilada y dejada a la Sagrada Familia, pues Pedro y Andrés ya conocían a la Sagrada Familia por la fama y por Juan Bautista, cuyos discípulos eran. La casa tenía otras dependencias, donde discípulos y parientes podían ser alojados; por esto parecía que la habían elegido.

Hacia la tarde salió Jesús de la habitación de Eliud y, acompañado por él, se fue a Nazaret. Delante de los muros de la ciudad donde José tuvo su taller, vivían varias personas pobres y buenas, conocidas de José, con hijos que habían sido compañeros de infancia de Jesús. Dieron a los viajeros pan y agua fresca, pues Nazaret tenía agua verdaderamente buena. He visto a Je-sús sentado en medio de esta gente, en el suelo, mientras los exhortaba a ir al bautismo de Juan. Esta gente se porta con Jesús con cierta reserva, pues lo conocían como a uno de ellos, y ahora lo veían respetado por el anciano Eliud, a quien todos honraban pidiéndole consejo y dirección. Ellos sabían que el Mesías debía venir, pero no podían concebir que pudiera serlo uno que había vivido en medio de ellos.

Nuevas conversaciones de Eliud con Jesús

Caminaba Jesús con Eliud desde Nazaret hacia el Mediodía por el camino de Jerusalén que pasa por el valle de Esdrelón. Cuando hubieron pasado el riacho Kisón, después de dos horas, llegaron a un lugarcito formado por una sinagoga, una posada y pocas viviendas. Es una avanzada de la cercana ciudad de Endor, y no lejos de aquí hay un pozo famoso. Jesús entró en la posada; la gente se mostró fría con Él, aunque no enemiga. Tampoco Eliud les merecía mucho respeto, pues eran aquí más farisaicos. Jesús dijo al jefe de la sinagoga que deseaba enseñar, y le replicaron que no era costumbre permitirlo a los forasteros. Él declaró que tenía la misión de hacerlo, y entrando en la escuela, habló del Mesías:, que su reino no era de este mundo y que no aparecería con brillo exterior; luego habló del bautismo de Juan. Los sacerdotes del lugar no le eran favorables. Jesús hizo traer algunos rollos de la Escritura y les aclaró varios pasajes de los profetas.

De manera particular me conmovía ver el modo tan confiado y familiar de hablar de Jesús con Eliud, y cómo éste creía en la misión de Jesús y su venida sobrenatural; pero, al parecer, no podía tener una idea de que Jesús era Dios. Contaba a Jesús, con toda naturalidad, mientras paseaban juntos, muchos episodios de la infancia del mismo Jesús, lo que Ana, la del templo, le contó y lo que sabía ella de las cosas contadas por María después de su vuelta de Egipto, ya que varias veces la había visitado en Jerusalén. Jesús, a su vez, le contó otras cosas que el anciano ignoraba, todo esto con profundas reflexiones. Esta conversación fue llevada de modo muy natural y conmovedor, como hablaría un anciano venerable con un joven amigo íntimo de confianza. Mientras Eliud contaba estas cosas yo las veía en cuadros y me alegraba muy de veras al comprobar que eran las mismas que había visto y oído en otras ocasiones, excepto lo que a veces había olvidado en parte.

Jesús habló también a Eliud de su viaje al bautismo de Juan. Éste había reunido a mucha gente, citándola al lugar de Ofra. Pero Jesús le dijo que pensaba ir allá solo, atravesando Betania, pues deseaba hablar con Lázaro antes. En esta ocasión mencionó a Lázaro con otro nombre, que ya he olvidado, y habló del padre de Lázaro y del cargo que había tenido en una guerra. Dijo que Lázaro y su gente eran ricos y que ofrecerían todo su haber para la obra de la redención. Lázaro tenía tres hermanas: la mayor, Marta, y la menor, Magdalena, y otra mediana, que también se llamaba María. Esta última vivía retirada, escondida en casa, porque era tenida por idiota: llamábanla María la Silenciosa. Jesús dijo a Eliud que Marta era buena y piadosa y que le seguiría con su hermano Lázaro. De María la Silenciosa dijo que tenía un gran espíritu y gran entendimiento para las cosas de Dios; que para su bien se le había quitado el entendimiento de las cosas del mundo; que ella no es para el mundo, que tiene vida interior y no comete pecado. "Cuando hable con ella, entenderá aún los grandes misterios. Ella no vivirá mucho tiempo más, después que Lázaro y los demás me sigan y dejen todas sus cosas para la comunidad". Añadió que la menor andaba perdida ahora, pero que volvería y sería más que la misma Marta.

Eliud "habló también del bautismo de Juan, aunque él no estaba aún bautizado. Pernoctaron en la posada junto a la sinagoga, desde donde muy temprano al día siguiente partieron marchando a lo largo del monte Hermón hacia la ciudad de Endor. Desde el albergue se veían restos de muros tan anchos que hubieran podido pasar carros por encima; la misma ciudad estaba llena de ruinas, rodeada de huertas y jardines. A un lado se veían aún palacios y lindas casas, y el otro aparecía arruinado como por una guerra. Me parecía que habitaba aquí una casta especial de israelitas, separados de los demás por sus costumbres. No había sinagoga. Jesús se dirigió con Eliud a un lugar muy extenso, con tres hileras de edificios y muchas piezas en torno a un estanque; había allí un espacio lleno de verdor; en el lago, pequeñas canoas para baños y se veía una bomba de

agua. Parecía el conjunto un balneario para enfermos y las cámaras estaban ocupadas por ellos.

Jesús entró con Eliud en una de esas cámaras, donde les lavaron los pies y les sirvieron. Enseñó en un espacio abierto, más levantado. Las mujeres que habitaban otras cámaras se situaron detrás de Él. Esta gente no eran del todo israelitas, sino una especie de esclavos que debían trabajar y pagar cierto tributo de los frutos de sus cosechas. Me parece que habían quedado allí después de una guerra y creo que su jefe, Sisara, fue batido no lejos y muerto por mano de una mujer. Fueron dispersados como esclavos por todo el país y aquí habían quedado unos cuatrocientos, teniendo que ocuparse en trabajar piedras para el templo, bajo David y Salomón. Solían usarlos en el templo y en otras construcciones. El difunto rey Herodes los había empleado también para construir un acueducto muy largo, que iba hacia el monte Sión. Estaban muy unidos entre si: eran caritativos, llevaban largas vestiduras con fajas y gorras en punta que les cubrían las orejas y parecían trajeados como ermitaños. No solían comunicarse con los demás judíos, y aunque podían mandar sus hijos a la escuela común, no lo hacían, porque eran tan vejados, que preferían abstenerse. Jesús les tuvo mucha compasión y les dijo que le trajesen a los enfermos. Estaban sobre especies de camas, como mi sillón (pensé en él), porque debajo de los brazos de esos sillones había maderas, de modo que bajando los brazos quedaban convertidos en lechos.

Cuando Jesús les habló del bautismo y del Mesías, exhortándolos a ir allá, replicaron, muy confundidos, que ellos no se atrevían a participar, porque no tenían derechos y eran despreciados por los demás. Entonces les habló en una parábola del injusto mayordomo. Tuve entonces cabal entendimiento de la misma, que me preocupó todo el día y luego olvidé la explicación. Espero recibirla de nuevo. También les contó la parábola del hijo enviado a la viña, que solía repetir cuando hablaba a los gentiles despreciados por los judíos.

Cuando prepararon una comida en honor de Jesús, bajo el cielo abierto, Jesús hizo llamar a los enfermos y pobres, y con Eliud les servía los manjares de la mesa. Al ver esto, se mostraron muy conmovidos. Por la tarde volvió Jesús con Eliud a la sinagoga, celebraron el Sábado y pernoctaron.

Al día siguiente siguió Jesús con Eliud hacia Endor que distaba solo el camino de un sábado desde el albergue que habían tomado, y enseñó allí. Los pobladores eran cananitas, creo que de Siquem, pues oí el nombre de siquemitas. En una galería subterránea tenían oculto un ídolo, que por un ingenioso mecanismo salía afuera para ser visto sobre un altar adornado. Podían hacerlo desaparecer de pronto al solo contacto de un resorte. Este ídolo, que provenía de Egipto, se llamaba Astarté, que yo ayer había oído como Ester. La figura del ídolo tenía cara redonda como luna; los brazos delante, y presentaba la figura de algo largo, envuelto como una muñeca o crisálida de mariposa, en el medio ancha y en los extremos angosta, como un pez. En la espalda tenía una prominencia sobre el cual había una especie de cuba que sobresalía de la cabeza; dentro del recipiente se veía algo verde, como espigas con hojas verdes y frutas. Los pies, hasta la mitad del cuerpo, estaban en una tina y en torno había floreros con plantas vivas. A pesar de que tenían a este ídolo oculto, Jesús los reprendió en su discurso. Antiguamente habían ofrecido y sacrificado a niños deformes. Pertenecía al ídolo Adonis, que venía a ser como el marido de esta diosa. El pueblo había sido vendido en tiempo de su jefe Sisara y dispersado entre los israelitas como esclavos: por eso eran despreciados y tenidos en menos. Habían promovido, no mucho antes de Cristo, bajo Herodes, tumultos y por eso fueron más oprimidos.

Por la tarde volvió Jesús de nuevo con Eliud a la sinagoga, para concluir el sábado. Los judíos habían visto con malos ojos la visita de Jesús a Endor; pero Él les reprendió severamente su dureza

para con esta gente oprimida, los exhortó a tratarla con consideración y a dejarla ir al bautismo de Juan, ya que se habían decidido ir después de la exhortación de Jesús. Al finalizar esta enseñanza se mostraron más benévolos con Jesús.

Volvió Jesús con Eliud a Nazaret y los he visto en camino hacia la ciudad en amena conversación, como otras veces; a veces se detenían. Eliud contaba muchas cosas de la huida a Egipto y yo veía todas estas cosas en figuras.

Llegó la conversación al punto de si serían también los egipcios llamados a la salud, ya que habían sido conmovidos con su presencia cuando huyó. En esta ocasión vi que el viaje de Jesús, después de la resurrección de Lázaro, a las tierras paganas de Asia y Egipto, que yo había visto en visión, no había sido fantasía mía, porque Jesús dijo que en todas partes donde había sido sembrado habría Él de recoger los sarmientos. Eliud habló también del sacrificio de Melquisedec, de pan y de vino, y preguntó ingenuamente si Jesús era como Melquisedec, ya que no podía formarse idea cabal de la personalidad de su compañero. Jesús le contestó: "No; aquél debía preparar mi sacrificio; Yo, empero, seré el Sacrificio mismo".

En esta conversación oí también que Noemí, la maestra de María en el templo, era tía de Lázaro, hermana de la madre de Lázaro. El padre de Lázaro había sido hijo de un príncipe sirio; había servido en la guerra y recibido en premio vastas posesiones. Su mujer había sido una distinguida judía de la familia sacerdotal de Aarón de Jerusalén, emparentada con Ana por medio de Manases. Tenían tres castillos: uno en Betania, otro en Herodión y un tercero en Mágdala, en el mar de Tiberíades, no lejos de Gabara. Se habló del escándalo que daba María Magdalena y del dolor que causaba a su familia. Jesús se hospedo con Eliud en una casa donde se encontraron con los cinco discípulos, otros esenios y varias

personas que pensaban ir al bautismo de Juan. Se reunieron allí otros publicanos de Nazaret, que querían ir al bautismo de Juan. Algunos grupos habían partido en esa dirección.

XVI

Jesús en Nazaret

Jesús enseñó nuevamente por la mañana. Acudieron dos fariseos de Nazaret, los cuales lo invitaron familiarmente a acompañarlos a la escuela de Nazaret, ya que habían aprendido tantas cosas de Él, rogándole les explicara acerca de los profetas y sus palabras. Jesús los siguió hasta la casa de un fariseo, donde estaban reunidos muchos otros. Llevaba consigo a sus cinco discípulos. Los fariseos se mostraron amigos y Él les habló en tan bellas parábolas, que ellos manifestaron gran alegría y le llevaron a su sinagoga, donde había mucha gente. Él les habló de Moisés y les explicó muchas palabras de los profetas sobre el Mesías. Pero cuando les dio a entender que Él era ese Mesías, se escandalizaron. Con todo le prepararon comida y pasó la noche con sus discípulos en un albergue cerca de la sinagoga. Al día siguiente enseñó a un grupo de publicanos que iban al bautismo de Juan y les expuso la parábola del grano de trigo que debe ser enterrado. Volvieron a escandalizarse los fariseos y comenzaron a referirse al hijo del carpintero José. Le echaron en cara su compañía con publicanos y pecadores, y Él les respondió severamente. Le hablaron también de los esenios, diciendo que eran unos hipócritas que no vivían según la ley. Jesús les replicó que seguían mejor la ley que los fariseos, añadiendo que hipócritas más bien podían ser llamados los

fariseos. Originóse la conversación sobre los esenios, porque Jesús bendecía a los niños, y era costumbre de los esenios bendecir las cosas y personas. Cuando Jesús salía o entraba en las sinagogas acudían las mujeres presentándoles sus criaturas para que las bendijera. Los niños permanecían quietos y sosegados cuando los bendecía, aunque lloraban antes desaforadamente. Las madres le pedían que bendijera a sus hijos y observaban si se mostraba orgulloso al ver cómo se callaban. Traían algunas criaturas, que sufrían espasmos, y no podían tranquilizarse, y apenas los bendecía se aquietaban. He visto que salía de algunos de ellos como una niebla oscura. Jesús les ponía las manos sobre la cabeza y los bendecía, al modo de los patriarcas, con tres líneas, desde la cabeza y de ambos hombros hasta el corazón, donde convergían las líneas. A las niñas las bendecía sin poner las manos sobre ellas: les hacía una señal sobre la boca. Yo pensaba que era para que no hablasen tanto, pero creo que debía encerrar algún misterio.

Pernoctó con sus discípulos en casa de un fariseo.

XVII

Jesús confunde a los sabios de Nazaret

A los cinco discípulos se han añadido cuatro parientes o amigos de la Sagrada Familia. Uno de ellos era descendiente de Rut, que habíase casado con Booz en Belén. Había en Nazaret tres jóvenes de familias ricas, conocidos de Jesús, delicados y bien educados. Los padres, que habían oído la predicación de Jesús, convencidos

de su sabiduría, persuadieron a sus hijos que hicieran una tentativa con Jesús; que le ofrecieran dinero para que Él los recibiese en su compañía, pudiesen oírle y aprender su ciencia. Estos padres estimaban mucho a sus hijos y pensaban que Jesús no tendría reparos en recibirlos como ayo e instructor de sus hijos. Los jóvenes acudieron hoy a la sinagoga. Por medio de los fariseos y por estos mismos jóvenes concurrió a la escuela cuanto de distinguido o sabio había en Nazaret para presenciar una prueba de la sabiduría de Jesús. Se encontraba entre ellos un letrado de la ley y un médico. Este era un hombre corpulento, de anchas espaldas y larga barba; llevaba una faja con señales en el vestido, a la altura de los hombros.

Jesús entró y lo vi bendiciendo a los niños que le traían las madres: había entre éstos algunos leprosos, que Él curó. Cuando predicaba, los sabios le interrumpían, intentando envolverle en sus preguntas y cuestiones. Pero a todos los fue confundiendo con sus respuestas y aclaraciones. Las afirmaciones del letrado las contestó con citas de Moisés, y cuando se trató del divorcio, fue decisivo. Si el hombre no puede vivir con su mujer, o viceversa, pueden separarse, pero permanecen un solo cuerpo y no pueden casarse de nuevo mientras viva uno de los dos. Esta doctrina no gustó a los fariseos ni a los judíos en general. El médico preguntó si Jesús sabía quién era de naturaleza húmeda o seca, bajo qué constelación ha nacido cada uno, qué clases de yerbas habría que dar a uno y a otro según su temperatura, y cómo estaba constituido el cuerpo humano. Jesús les respondió con gran sabiduría: habló de las diversas complexiones de los presentes, de sus enfermedades y remedios, y se refirió a la composición del cuerpo humano en términos totalmente desconocidos por el flamante médico. Habló del alma y cómo obra sobre el cuerpo; trató de las enfermedades que sólo pueden curarse con la oración y la mejora de la vida, y de otras que se curan con los remedios humanos de yerbas y medicamentos. Todo esto lo trató con tanta profundidad y tanta gracia que el médico se declaró vencido, confesando que lo oído excedía en

mucho a sus conocimientos. Me parece hasta que desea seguir a Jesucristo.

Él describió al médico todo el cuerpo humano: sus miembros, músculos, venas, nervios y entrañas; su importancia y sus propiedades, con tanta precisión y al mismo tiempo tanta brevedad, que el pretendido sabio quedó completamente humillado y admirado. Hallábase presente un astrólogo, y Jesús comenzó a hablar del camino de las estrellas, de cómo un astro influía sobre otro, y de cómo los diversos astros ejercen distintas influencias. Refirióse a los cometas y a las señales del cielo. Habló también con un arquitecto sobre edificación y le dijo cosas muy significativas del tema. Al tratar del comercio y del intercambio con países extranjeros, dijo cosas severas acerca de las vanidades, modas y lujos provenientes de Atenas. Se habían introducido ciertos juegos y artes de magia en el país por medio de estos extranjeros, que habían pasado también por Nazaret y otros pueblos vecinos. Añadió que ciertas artes malas son imperdonables, porque no se tienen por malas y no se pide perdón ni se hace penitencia por ellas.

Todos quedaron altamente maravillados de su sabiduría y comenzaron a decirle que se quedara entre ellos, que le iban a edificar una casa y le proveerían todo lo necesario. Le preguntaron por qué se había establecido con su madre en Cafarnaúm. Él les contestó sencillamente que no pensaba permanecer allí, hablándoles de su misión y de su destino; que, además, habíase establecido en Cafarnaúm porque deseaba estar en el centro del país. Ellos no comprendieron la referencia a su misión, y se ofendían porque no quisiera quedarse. Creían haberle ofrecido una posición muy ventajosa y que rehusaba por orgullo y presunción. Al atardecer dejaron el local de la escuela.

Los tres jóvenes, que eran de unos veinte años, pidieron tratar con Jesús en particular, pero Él no los quiso recibir hasta que llegasen

los nueve discípulos que le habían seguido: esta negativa los entristeció. Jesús dijo que procedía así para que fuesen testigos de lo que iba a hablar con esos jóvenes.

Ellos entonces, con todo comedimiento, le dijeron cual era la voluntad de sus padres, que deseaban ser sus discípulos, que sus padres le darían dinero para los viajes, que ellos querían acompañarle y ayudarle en todas sus obras.

Jesús se entristeció al tener que darles una negativa, ya por sí mismos, ya por causa de los discípulos, pues debía exponer motivos que ellos no podían comprender aún. Les dijo que quien ofrece dinero quiere sacar ganancia de ese mismo dinero, y que, en cambio, quien quisiere seguirle a Él debía renunciar a toda conveniencia humana. Más aún: el que quisiere seguirle debía renunciar hasta a sus parientes y amigos. Añadió que sus discípulos no buscaban ni pretendían conveniencias de casamientos. Les dijo cosas tan serias que aquellos quedaron muy abatidos. Atinaron a decir que también los esenios en parte vivían casados. Jesús les respondió que los esenios hacían bien siguiendo sus leyes, y que, por lo demás, ellos preparaban el camino para cosas que Él estaba por establecer con mayor perfección. Los despidió recomendándoles que meditasen lo que les convenía hacer. Los discípulos se asustaron por sus palabras, pareciéndoles una doctrina muy severa: no lo podían entender y decayeron de ánimo.

Jesús anduvo con ellos por las afueras de Nazaret; se dirigió a casa de Eliud y durante el camino les dijo que no desmayasen ni se desalentasen; que las causas por las cuales habló así a aquellos jóvenes eran secretas, y que alguno le seguiría más tarde y otros nunca; que ellos le siguiesen sin preocuparse.

Se ha suscitado un gran tumulto en Nazaret. No pueden perdonarle que no se haya querido quedar entre ellos, y dicen que todo lo que sabe lo ha aprendido yendo de un lado a otro. Añadían: "Es cierto que es diestro en responder y en enseñar, pero es demasiada soberbia para el pobre hijo de un carpintero". He visto regresar a sus casas a los tres jóvenes. Los padres interpretaron muy mal las dificultades que Jesús les puso, y los jóvenes pensaban lo mismo: de modo que todo el mundo estaba allí en contra de Jesús.

Con todo, los tres jóvenes volvieron al día siguiente y prometieron a Jesús obedecerle y servirle. Jesús los despidió nuevamente y se entristeció de que no pudiesen comprender el motivo de su negativa. Luego habló con sus nueve discípulos, que le siguieron algún trecho, según les había dicho, para dirigirse luego al bautismo de Juan. Respecto de los jóvenes agregó que ellos pensaban sacar algún provecho, pero que no estaban dispuestos a dejarlo todo por amor; que los discípulos lo dejaban todo y recibirían, en cambio, mucho más. Díjoles cosas muy profundas sobre el bautismo de Juan, y les ordenó ir a Cafarnaúm, a anunciar a su madre que Él se dirigía al bautismo de Juan, que hablasen con los discípulos Juan, Pedro y Andrés, para ir al bautismo y que avisasen al Precursor que Él también se ponía en camino para ser bautizado.

XVIII

Una leprosería en el río Kisón

He visto a Jesús caminando de noche con Eliud en dirección del Mediodía y Occidente. No hacían un camino directo, porque Jesús quería ir a Chim, lugar de leprosos. Llegaron al amanecer, y he visto que Eliud quería impedir que Jesús entrase para que no contrajese impureza legal: que no lo dejarían ir al bautismo si se llegaba a conocer su proceder. Jesús le contestó que debía cumplir su misión: que quería entrar porque había allí un hombre bueno que deseaba verlo. Para llegar debían pasar el río Kisón, porque el lugar estaba en un lago que recibía las aguas del Kisón donde se purificaban los leprosos. Esa agua no volvía al río Kisón. El lugar estaba completamente aislado y nadie llegaba hasta allí. Los leprosos vivían en chozas aisladas. Fuera de la gente que les servía nadie más vivía allí. Eliud se mantuvo lejos y esperó a Jesús, que entró en una choza aislada donde yacía un hombre enfermo en el suelo envuelto en lienzos. Jesús habló con él. Era un hombre bueno y no recuerdo por qué causa contrajo la enfermedad. Se incorporó, sumamente conmovido al ver que Jesús había querido visitarlo. Jesús le mandó que se levantase y se bañase en un recipiente que había junto a su casita. El hombre obedeció y Jesús puso sus manos sobre las aguas. De pronto el hombre se encontró sano y flexible, se vistió con otras ropas, y Jesús le mandó que no hablase de su curación hasta que Él volviera de su bautismo. Este hombre acompañó luego a Jesús y a Eliud un trecho de camino, hasta que Jesús le mandó que regresara.

Más tarde vi a Jesús y a Eliud caminando por el valle de Esdrelón hacia el Mediodía. A menudo hablaban entre si; otras veces andaban aislados, como ocupados en la meditación y en la oración. El tiempo no es bueno: con frecuencia hay nieblas en estos valles y el cielo está nublado. Jesús no usa bastón; nunca lo llevó; los demás llevaban bastón curvado al uso de los pastores. Jesús calzaba sólo unas suelas, mientras otros llevaban un calzado más completo hecho de cortezas de árbol o entretejidos. Una vez, al mediodía, los vi descansando junto a una fuente, comiendo trozos de pan.

XIX

Jesús se transfigura delante de Eliud

De noche he vuelto a verlos caminando. He visto luego una hermosa escena: mientras Jesús caminaba delante de Eliud, éste comenzó a maravillarse de la corrección de sus modales y de la perfección de su cuerpo. Jesús le dijo: "Si vieras, dentro de pocos años, este cuerpo, no hallarías en él nada de hermoso: de tal manera lo pondrán los hombres y lo maltratarán". Eliud no podía entender esto. No podía imaginar cómo Jesús en tan corto tiempo pudiese constituir su reino, pues creyendo siempre en un reino temporal, pensaba que no podía hacerlo sino en diez o veinte años, hasta darle forma y consistencia. Mientras caminaban, dijo Jesús a Eliud, que marchaba pensativo detrás de Él, que se acercara, pues quería mostrarle lo que Él era en realidad, lo que era su cuerpo y cómo sería su reino. Eliud estaba a pocos pasos de Jesús. Jesús miró a los cielos, orando. De pronto descendió una nube que envolvió a los dos en un torbellino. Desde fuera no se los podía ver. Sobre sus cabezas se abrió el cielo y parecía descender hasta ellos la luz. Vi arriba una ciudad de luminosas murallas, que era la Jerusalén celestial. El interior de esta aparición estaba rodeado de un esplendor semejante al arco iris; adentro vi un rostro, como de Dios Padre, y a Jesús con Él, en una comunicación de luz y de esplendor. Jesús estaba resplandeciente y transparente. Eliud estuvo al principio admirado, mirando hacía arriba; luego se echó sobre su rostro, hasta que la luz y la visión se fueron perdiendo.

Jesús siguió su camino y Eliud permaneció silencioso, maravillado de lo que había contemplado. Fue un cuadro como el de la transfiguración; pero Jesús no se elevó.

Creo que Eliud no sobrevivió hasta la crucifixión de Jesús. Jesús se mostraba más familiar con él que con los mismos apóstoles, pues el anciano estaba muy iluminado en las cosas del cielo y en los secretos de la Sagrada Familia. Eliud honraba a Jesús como a un compañero y amigo: dióle todo lo que podía dar e hizo mucho por la comunidad de Jesús. Era uno de los esenios más instruidos [7]. Los esenios, en los tiempos de Jesús, ya casi no vivían desparramados en los montes, sino más bien en torno de las ciudades. Esta aparición y transfiguración tuvo lugar de noche, cerca de las once. A la mañana siguiente vi a Jesús y a Eliud llegando a un campo de pastores. Amanecía y los pastores, ya con sus rebaños, salieron al encuentro de Jesús, a quien conocían, se postraron delante de Él, y llevaron a ambos a la choza donde tenían sus aperos. Allí les lavaron los pies, les prepararon un sitio para descanso y les pusieron delante panes y copas; asaron unas palomitas que tenían nidos en las mismas chozas y que andaban por todas partes familiarmente como las gallinas. Después he visto que Jesús despachó a Eliud, bendiciendo antes al anciano, que estaba de rodillas. Los pastores estuvieron presentes en esta escena. Le dijo que a él le convenía cerrar sus días en paz y tranquilidad, pues su misión era muy pesada e imposible que le pudiese seguir. Le dijo que lo consideraba de su comunidad, ya que había hecho su parte en la viña del Señor, y que recibiría el premio en su reino. Declaró esto con la parábola de los trabajadores en la viña. Eliud estaba muy serio y silencioso desde la aparición de la noche. Creo que fue más tarde bautizado por los apóstoles. Eliud acompañó todavía a Jesús un trecho de camino desde este lugar de los pastores; finalmente Jesús lo abrazó y se despidieron con varonil emoción. Se puede ver desde aquí el lugar adonde se dirige Jesús para pasar el sábado. En un tiempo lo habitaron parientes de Jesús. El lugar hacia donde se encamina ahora el Salvador solo se llama Gur y está sobre una altura. Un hermano de José, que luego se retiró a

Zabulón, muy relacionado con la Sagrada Familia, estuvo habitando aquí. Jesús entró inadvertido en una posada, donde le lavaron los pies y le dieron alimentos.

Tenía una pieza para Él solo; se hizo traer un rollo de la sinagoga y oró, leyendo unas veces de pie, otras hincado, mirando hacia arriba, en un sitio apartado. No fue a la escuela. He visto que algunos intentaban hablar con Él, pero los despidió.

He visto llegar a Cafarnaúm a los cinco discípulos más íntimos que Jesús había despachado. Hablaron con María y dos se dirigieron a Betsaida para buscar a Pedro y Andrés. Santiago el Menor, Simón, Tadeo, Juan y Santiago el Mayor estaban también allí. Los discípulos contaban muchas cosas de la mansedumbre, bondad y sabiduría de Jesús. Los demás hablaban elogiosamente de Juan, de su austeridad y de su enseñanza, añadiendo que jamás habían oído a otro semejante expositor de los profetas y de la Ley. El mismo Juan hablaba entusiasmado del Bautista, aunque ya conocía a Jesús, pues sus padres habían vivido a pocas horas de Nazaret y Jesús le amaba desde niño. Celebraron aquí el sábado. Algunos días después he visto a los nueve discípulos guiados por los antes nombrados, camino de Tiberíades, desde donde se dirigieron, a través de Ephron y el desierto de Jericó, adonde estaba Juan Bautista.

Pedro y Andrés hablaban con mayor entusiasmo del Bautista: que era de estirpe sacerdotal; que fue instruido por esenios en el desierto; que era tan severo como sabio y no podía tolerar desorden alguno. Los discípulos, en cambio, encomiaban la mansedumbre y sabiduría de Jesús. Otros alegaban que por su indulgencia se promovían desórdenes y daban algunos ejemplos.

Decían que también Él había sido instruido por los esenios, cuando había viajado. A Juan no le oí hablar en este viaje. No iban siempre juntos: a veces un trecho o durante algunas horas. Yo pensaba: "Los hombres eran entonces como son ahora".

XX

Jesús en Gofna

El sitio llamado Gur, donde Jesús oró solitariamente en la posada, no estaba lejos de la ciudad de Mageddo y lugar del mismo nombre. Yo había visto que hacia el fin de los tiempos habría una gran batalla en este lugar contra el Anticristo. Jesús se levantó al amanecer, arrolló su lecho, se ciñó la faja, dejó una moneda y salió. Atravesó varios pueblitos y no trató con la gente, ni entró en población alguna: caminaba junto al monte Garizim, en Samaria, a su izquierda. Se dirigía al Mediodía. De vez en cuando se alimentaba de cerezas y otras frutas, y con el hueco de la mano o con alguna hoja bebía agua de la fuente. Por la tarde llegó a una ciudad, en las montañas de Efraín, llamada Gofna, situada sobre un terreno irregular, bajo y alto, con muchos jardines y granjas. Vivían aquí algunos parientes de Joaquín que no habían tenido mayores relaciones con la Sagrada Familia. Jesús se hospedó en una posada, donde le lavaron los pies y le dieron una refección.

Luego llegaron algunos parientes acompañados de los principales fariseos y lo llevaron a una de las mejores casas. La ciudad era de cierta importancia y tenía la sede de una circunscripción de pueblos.

El pariente de Jesús era empleado y se ocupaba de escrituras. Creo que la ciudad pertenece a Samaria.

Se trató a Jesús con respeto. Tomaron una refección mientras caminaban bajo una especie de glorieta. Jesús pasó aquí la noche. Desde Jerusalén hasta aquí había un día de camino. Un riachuelo surcaba el paraje. Cuando María y José perdieron al Niño en el templo, habían llegado a este lugar: creían que Jesús pudo haberse adelantado para llegar a casa de estos parientes puesto que lo perdieron de vista en Michmas. María temía hasta que hubiera podido caerse al agua.

Jesús pidió algunos rollos de los profetas y enseñó acerca del bautismo y del Mesías. Explicó una profecía, según la cual el Mesías ya había llegado.

Habló de acontecimientos que ya se cumplieron y de otros que debían cumplirse en un término de ocho años, no recuerdo si de una guerra o que el cetro de Judá había de ser quitado. Manifestó varios testimonios de hechos sucedidos que debían preceder a la venida del Mesías y habló de las sectas en que estaban ellos divididos y de muchas observancias que se habían convertido en vanas ceremonias. Dijo que el Mesías estaría entre ellos y no lo reconocerían. Aludió a Juan y añadió más o menos lo siguiente: "Él indicará al Mesías y no lo reconocerán por tal; querrán ver a un triunfador, a un guerrero brillante, rodeado de esplendor y de gente sabia y distinguida; no querrán reconocer por Mesías a uno que aparecerá sin brillo, sin hermosura, sin riquezas, sin aparato exterior; a uno que andará entre los pobres, campesinos y artesanos y se mezclará con los mendigos, lisiados, leprosos y pecadores".

Habló mucho tiempo refiriéndose a las profecías y declaró lo que sucedería con el Mesías y con Juan. En todo esto nunca decía: "Yo", sino que hablaba como de otra persona. Estas enseñanzas llenaron casi todo el día y la gente y sus parientes terminaron por creer que Él sería un mensajero, un enviado del Mesías.

Cuando Jesús volvió a su habitación, ellos trajeron un libro en el cual habían escrito lo que había sucedido en el templo con Jesús, el hijo de María, al tener doce años. Recordaron ciertas cosas dichas por Él entonces y las que decía ahora y al notar la semejanza quedaron admirados y extrañados. El dueño de la casa era un anciano viudo, con dos hijas, también viudas, quienes hablaban entre ellos recordando lo que habían visto en el desposorio de José y María: como habían sido lucidas esas fiestas en el templo de Jerusalén; ponderando las riquezas de Ana, y añadiendo como esa familia había decaído en esplendor. Estas cosas las decían, como se acostumbra en el mundo, con cierto aire de reproche y desprecio hacia el decaimiento social de tales familias. Mientras charlaban, como mujeres que eran, de las bodas de María y de sus trajes, veía yo un cuadro admirable de la ceremonia y del traje de bodas de María, con su significado. Los hombres volvían a leer las cosas escritas de Jesús niño en el templo: cómo los padres del Niño lo habían buscado con tanta ansia. La noticia de cómo y cuando lo encontraron en el templo se extendió fácilmente tanto más cuanto que se trataba de personas emparentadas con ellos.

Mientras estos parientes se maravillaban de la semejanza de sus enseñanzas y comenzaban a entusiasmarse, Jesús declaró que debía dejarlos, y partió, a pesar de los muchos ruegos para que se quedara más tiempo. Varios hombres lo acompañaron. Pasaron un riacho sobre un puente amurallado donde crecían arbolillos. Durante algunas horas lo acompañaron a una pradera de pastoreo donde había estado el patriarca José cuando su padre Jacob lo envió a ver a sus hermanos, en Siquem. En esta comarca estuvo también mucho tiempo Jacob. Muy tarde ya, Jesús se retiró a un

lugar de pastores, al otro lado del riacho, y sus acompañantes lo dejaron. Del otro lado se extiende una comarca más extensa; la sinagoga estaba de este lado. Jesús se albergó en una posada. Se habían reunido aquí dos grupos de bautizandos que iban por el desierto al bautismo de Juan: éstos habían hablado de la venida de Jesús. Él conversó con ellos por la tarde y ellos partieron por la mañana.

Lavaron los pies al Salvador, quien tomó una refección y se apartó para la oración y el descanso.

XXI

Jesús habla contra los vicios de Herodes

Por la mañana fue Jesús a la escuela donde se había reunido mucha gente. Habló como de costumbre del bautismo de Juan y la proximidad del Mesías, a quien no querían reconocer. Les echó en cara su dureza de juicio en cuestiones de antiguas costumbres, que era la falta propia del lugar. Recibieron bien la reprensión, pues eran de hábitos sencillos. Jesús se hizo llevar por el jefe de la sinagoga adonde se hallaban unos diez enfermos: no sanó a ninguno porque había dicho a Eliud y a sus discípulos que antes de su bautismo no curaría enfermos en las cercanías de Jerusalén. Estos enfermos eran en su mayoría hidrópicos y artríticos, y había entre ellos algunas mujeres. Los exhortó a todos en general y en

particular dijo, a cada uno, lo que debía hacer en lo espiritual, pues sus enfermedades eran, en su mayoría, castigo por sus desarreglos y pecados. A algunos les mandó que se purificasen para marchar al bautismo de Juan.

En la posada se preparó una comida a la cual concurrieron muchos hombres del vecindario. Antes de la comida hablaron algunos de ellos de la conducta de Herodes, reprochándole el mal proceder en su casamiento prohibido y querían saber lo que Jesús pensaba de ello. Jesús condenó el mal proceder con palabras severas, pero añadió que cada uno debía juzgarse a sí mismo antes y habló severamente acerca de los pecados que atentan contra el matrimonio. Había muchos pecadores, y Jesús habló en particular a cada uno condenando sus pecados e infidelidades en el matrimonio. Declaró a muchos sus pecados ocultos en este sentido, de tal manera que quedaron impresionados y prometieron hacer penitencia. De aquí partió hacia Betania, a unas seis millas. De nuevo lo vi andando por la montaña. Ahora reina tiempo invernal; hay neblina, el cielo está nublado y de noche caen heladas. Jesús se cubría la cabeza con un paño. Lo veo caminando hacia el Oriente.

He visto a María y a las santas mujeres de camino por una pradera cerca de Tiberíades, después que salieron de sus casas. Llevan en su compañía a dos criados de los pescadores del lugar: uno va delante y otro detrás. Ellas cargan sus equipajes que consisten en dos sacos: uno pendiente en el pecho y otro en las espaldas, sostenidos por un bastón sobre los hombros. Entre ellas veo a Juana Chusa, María Cleofás, una de las tres viudas y María Salomé [8].

Se dirigen también a Betania por el camino acostumbrado de Sichar, a su derecha. Jesús en cambio dejó este lugar a su izquierda. Las santas mujeres marchan generalmente en línea una

tras otra, separadas algunos pasos, quizás porque los caminos, fuera de los reales, son angostos, a veces montañosos y con pasos difíciles. Caminan bastante ligero, con paso seguro, no como hoy en día andan las mujeres, porque entonces se acostumbraban desde pequeñas a largos viajes a pie. Llevan los vestidos algo levantados, ceñidos; las piernas fajadas; calzan unas sandalias gruesas y forradas, atadas a las plantas de los pies; sobre la cabeza un velo, sujeto con una tela angosta y larga, que cruza el pecho y por detrás llega hasta la cintura. A veces llevan las manos descansando dentro de esta tela. El hombre que marcha delante remueve los impedimentos del camino, abre los cercados, quita las piedras y facilita el tránsito como asimismo el hospedaje para las viajeras. El que marcha detrás cierra los cercos y puertas y deja las cosas como antes estaban.

XXII

Jesús en Betania

i a Jesús en la montaña seis millas de camino hacía Betania. De noche V llegó a una ciudad situada a pocas horas al Norte de Jerusalén: tiene una calle larga, como de media hora de camino, que se interna en la misma montaña. Betania está a tres horas de este lugar. Se puede ver el lugar desde la distancia, porque está en un valle. Desde la montaña se extiende hacia el Noreste un desierto de tres horas hasta el desierto de Efrón. Entre ambos desiertos he visto a María con sus acompañantes acampando esta noche en un albergue. Esta montaña es la misma en la cual se refugiaron Joab y Abisai en la persecución de Abner, cuando éste les habló. El monte

se llama Amma, y está al Norte de Jerusalén. El sitio donde estaba Jesús tiene vista hacia eí Oriente y el Norte: me parece que se llama Giah y mira al desierto de Gibeón que comienza al pie y se enfrenta con el de Efrón. Es de una extensión de tres horas de camino. Jesús llegó a la tarde y entró en una casa pidiendo algún refrigerio. Le lavaron los pies, le dieron de beber y le pusieron pequeños panes delante. Llegaron gentes y como supieron que venía de Galilea, empezaron a preguntarle acerca de las enseñanzas del maestro de Nazaret, del cual tanto se habla y del cual habla también Juan en el desierto.

Preguntaron si el bautismo de Juan era bueno. Jesús enseñó, como de costumbre; los exhortó a ir al bautismo de Juan y a hacer penitencia. Refiriéndose al profeta de Nazaret y al Mesías les dijo que aparecería entre ellos, y que ellos no lo reconocerían, sino que lo perseguirían y maltratarían. Que mirasen bien y considerasen que las señales ya se habían cumplido; que no aparecería con esplendor y magnificencia exterior, sino pobre y que marcharía entre los sencillos. La gente no lo reconoció, aunque lo recibieron bien, y mantenían cierto temor y reverencia en su presencia. Habían pasado por aquí algunos que iban al bautismo de Juan y hablaron de Jesús.

Después de haber descansado unas dos horas, algunas personas le acompañaron un trecho de camino. Jesús llegó a Betania durante la noche. Lázaro, que había estado días antes en su posesión en Jerusalén, cerca del monte Sión, al Occidente del monte Calvario, había vuelto a Betania: había tenido conocimiento de la próxima venida de Jesús por medio de algunos discípulos. El castillo de Betania pertenecía en realidad a Marta. Lázaro, empero, solía permanecer más tiempo aquí y se llevaba bien en compañía de su hermana. Esperaban a Jesús, con la comida ya dispuesta. Marta solía habitar los departamentos situados a un lado del edificio principal. Había huéspedes en la casa. Con Marta estaban Serafia, María de Marcos y otra mujer de Jerusalén: había estado con María

en el templo; hubiera quedado allí de buena gana para siempre, pero por disposición de Dios tuvo que contraer matrimonio. Con Lázaro hallábanse Nicodemo, Juan Marcos, un hijo de Simeón y otro hombre de edad, Obed, un hermano o hijo de un hermano del marido de Ana, la del templo. Todos eran amigos, aunque ocultos, de Jesús, en parte por Juan Bautista, en parte por relaciones de familia y en parte por las profecías de Simeón y de Ana.

Nicodemo era un pensador que buscaba la verdad, y tenía esperanzas en Jesús. Todos habían recibido el bautismo de Juan y habían concurrido ocultamente, a invitación de Lázaro, para ver a Jesús. Desde entonces Nicodemo sirvió a Jesús y a su comunidad secretamente.

Lázaro había enviado algunos criados para recibir a Jesús. Media hora antes de llegar a la casa le salió al encuentro el antiguo y fiel criado de Lázaro, que más tarde fue también discípulo de Jesús. Este criado se echó a los pies de Jesús y le dijo: "Yo soy un criado de Lázaro, y si he encontrado gracia en tu presencia te ruego me acompañes hasta la casa de mi señor". Jesús le dijo que se levantara y le siguió. Se mostró familiar con él, manteniendo la dignidad propia de su persona. Precisamente era esto lo que atraía en Jesús: lo amaban como hombre y sentían algo de su Divinidad. El criado llevó a Jesús a la entrada del castillo, junto a un pozo, donde estaba todo dispuesto.

Lavó los pies a Jesús y le puso otras sandalias. He visto las suelas de Jesús: eran gruesas, forradas y de color verde. Dejó aquí estas sandalias y se puso otras de cuero duro, con ataduras de cuero también, que luego llevó en sus viajes. El criado limpió los vestidos de Jesús.

Cuando se hubo lavado, llegó Lázaro con sus amigos. Trajeron entonces un vaso de bebida y una refección. Jesús abrazó a Lázaro y a los demás les tendió la mano. Todos le sirvieron amigablemente y le acompañaron hasta la casa. Lázaro lo acompañó antes a la habitación de Marta. Las mujeres, aquí reunidas, se echaron a tierra cubiertas con el velo. Jesús las levantó y dijo a Marta que María, su Madre, había de llegar y esperaría su vuelta del bautismo. Después de esto entraron en la casa y se pusieron a la mesa. He visto un cordero asado y palomas, miel, frutas, pequeños panes, verduras y vasos para beber. Se tendieron a la mesa, sobre asientos con apoyos, de dos en dos.

Las mujeres comieron en una antesala aparte. Jesús rezó antes de la comida y bendijo los alimentos. Se mostró con el rostro serio y contristado. Dijo que se acercaban tiempos difíciles, que comenzaría un camino muy pesado y que el término de éste sería muy lamentable y amargo. Los exhortó a permanecer fieles, ya que eran ahora su consuelo, anunciándoles que ellos también tendrían mucho que sufrir. Les habló tan tiernamente, que lloraron, pero no lo entendieron todo: no podían imaginar que un hombre así era Dios.

Nunca pude entender esta incomprensión de su Divinidad, pues tengo una persuasión íntima y segura de su Persona divina. Pensaba: "¿Por qué no les muestra a estas personas lo que yo veo tan claro y tan seguro?..."

He podido contemplar cómo el hombre fue creado por Dios, cómo sacó a Eva del hombre, dándosela por compañera y cómo cayeron ambos. He visto la promesa del Mesías, la dispersión de los hombres y la Providencia admirable y el misterio de Dios hasta la formación de la Virgen María. He visto el camino de la bendición del cual el Verbo se hizo carne, como una línea de luz que corría por todos los antepasados de María. He visto el mensaje del Ángel a

María y el rayo de la Divinidad que la penetró cuando el Salvador se hizo hombre. Y después de todo esto, me resulta imposible concebir, a mi, criatura miserable, cómo estas santas personas, contemporáneas y amigas de Jesús, que está en su presencia, a quien aman y honran, creyendo todavía que su reino será temporal, le tienen amor y reverencia y lo creen el Mesías, y con todo no piensan siquiera que es Dios mismo el que les habla.

Era para ellos el hijo de José y de María. Nadie imagina siquiera que María era Virgen; nada sabían de una inmaculada y pura Concepción; ignoraban el misterio encerrado en el Arca de la Alianza. Era ya mucho, empero, y señal de elección que le amasen y reconociesen como Mesías. Los fariseos, que conocían las profecías de Simeón y de Ana en el templo cuando la presentación, y que habían oído su doctrina a los doce años en el templo, estaban completamente endurecidos por el orgullo. Se habían interesado por conocer a la familia del Niño; pero les parecía todo tan pobre y tan pequeño que lo despreciaron: querían un Mesías con toda gloria y majestad. El mismo Lázaro, Nicodemo y muchos de sus amigos creían, siempre en silencio, que Él estaba llamado con sus discípulos a tomar Jerusalén, a librarla del yugo de los Romanos y a establecer el esplendor del reino de Israel. Sucedía como ahora que cada uno se imagina un Dios que debe dar a su patria libertad y esplendor. Entonces, como ahora, no sabían que el reino que nos debe interesar no es este reino de penitencia terrenal. Ellos se alegraban pensando de que en una u otra forma habrían de acabar con los eternos charlatanes que le rodeaban. Pero nadie se atrevía a hablar con Él abiertamente: permanecían con gran reverencia y cierto temor en su presencia, porque en sus palabras y en su modo de proceder no veían ninguna señal de que fuera a acometer la empresa que ellos habían imaginado.

Después de la comida fueron al sitio de oración. Jesús recitó una acción de gracias, diciendo que su tiempo y su misión ya comenzaba. Lo dijo en tono tan conmovedor, que todos lloraban.

Las mujeres estaban detrás, presentes a la escena. Rezaron algunas preces generales y Jesús los bendijo a todos.

Luego Lázaro llevó a Jesús a su dormitorio. Había en una gran sala lugares aislados donde los hombres podían descansar. Todo estaba bien arreglado: el lecho no estaba aquí, como en otras partes, extendido en el suelo, sino más levantado y fijo, con un borde de verja donde había adornos de frazadas y borlas. En la pared, donde estaba afirmada la cama, había una estera muy delicada que se podía bajar o subir a voluntad, formando un techo para ocultar el lecho vacío. Junto a éste había una mesita y en un hueco abierto en la pared había una palangana y otro recipiente pequeño para llevar agua. De la pared pendía una lámpara y una toalla, Lázaro encendió la lámpara, se hincó de rodillas, pidiendo a Jesús la bendición, y se separaron.

XXIII

María la Silenciosa

María la Silenciosa (hermana de Marta y de Lázaro), que era tenida por lela, no apareció en todo este tiempo: nunca hablaba delante de hombres. Cuando estaba sola en su cuarto o en el jardín, hablaba en voz alta consigo misma relacionando sus palabras con lo que la rodeaba. Para ella las cosas parecían tener vida: sólo delante de los hombres callaba, permanecía inmóvil, miraba al suelo y quedaba como extática y silenciosa como una columna, aunque saludaba, inclinándose y se mostraba deferente. Cuando se hallaba sola

trabajaba en los vestidos y ordenaba las cosas. Era piadosa, no frecuentaba escuelas, oraba en su cámara a solas. Creo que tenía visiones y hablaba con las personas que se le aparecían. Sentía gran amor por sus hermanas, especialmente por Magdalena. Había sido así desde niña y aunque tenía aya, no necesitaba de nadie, ni manifestaba ninguna señal de no estar en su cabal juicio.

De María Magdalena no se había hablado hasta el presente en presencia de Jesús: vivía ahora en el castillo de Mágdala en medio del esplendor y del fausto. La misma noche que Jesús llegó a casa de Lázaro vi a María, a Juana Chusa, a María de Cleofás, a la viuda Lea y a María Salomé en una posada, entre el desierto de Gibea y el de Efraím, a cinco horas de Betania, donde pasaron la noche. Durmieron en un galpón cerrado por todos lados con tabiques muy livianos. Estaba dividido en dos partes: la parte anterior, en dos hileras de camas, que tomaron las santas mujeres; la parte posterior, era la cocina. Delante de la casa había un lugar abierto, como una choza, donde ardía fuego. Los hombres que las acompañaban pasaron la noche allí, cerca de la casa del dueño de la posada. Al día siguiente de su llegada enseñó Jesús aquí caminando por los patios y jardines del castillo. Hablaba con seriedad, muy enternecido; se mostraba siempre digno, bondadoso y reservado, sin decir una palabra inútil o vana. Todos lo querían y seguían, pero se mostraban tímidos y apocados en su presencia. Lázaro le era más familiar: los demás demostraban respeto, mezclado con cierto temor reverencial.

Acompañado por Lázaro fue Jesús adonde estaban las mujeres y Marta lo llevó en presencia de su hermana María la Silenciosa, puesto que Jesús quería hablar con ella. Fueron por una puerta abierta en la pared desde la casa grande a otra más pequeña, aunque también espaciosa, con un patio cerrado y jardín, al cual estaba unida la habitación de María la Silenciosa. Jesús permaneció en el jardín y Marta fue a buscar a su hermana. El jardín era muy bonito: en el medio se levantaba un datilero; tenía

otras plantas y arbustos. Había una fuente con borde y en medio de ella un asiento de piedra, al cual solía ir María la Silenciosa desde el borde, pasando por una tabla; allí se sentaba rodeada del agua, bajo una techumbre que cubría la fuente. Marta le dijo que pasara al patio, pues alguien la esperaba. María la Silenciosa, que era muy obediente, se cubrió con el velo, y sin decir palabra se encaminó sola al patio. María la Silenciosa era hermosa y esbelta, como de treinta años; casi siempre miraba al cielo, y cuando por acaso miraba donde estaba Jesús, la suya era una mirada incierta, de soslayo, como si mirase a lo lejos.

Al hablar de sí no decía nunca yo, sino tú, como si se viese en otra persona y se hablase a sí misma. No habló a Jesús ni se echó a sus pies. Jesús le habló primero y así pasearon por el jardín conversando propiamente uno frente al otro. La Silenciosa hablaba siempre de cosas del cielo, como si las viera, y Jesús, de la misma forma, habló de su Padre y con su Padre. Ella no miraba de frente a Jesús y alguna vez de lado. Su conversación era más bien una alabanza, una oración a Dios, una meditación, una aclaración de misterios.

María parecía no darse cuenta que vivía en este mundo, sino en otro. Recuerdo que habló de la Encarnación de Cristo como si la estuviera viendo en la adorable Trinidad. Me es imposible reproducir su conversación ingenua y, sin embargo, profunda y misteriosa. Decía como si lo estuviera viendo:

"El Padre dijo al Hijo que bajase a la tierra y una Virgen séale por Madre", añadiendo que todos los ángeles se alegraron de ello y que Gabriel fue enviado a la Virgen María. Hablaba como a través de los ángeles que veía, como hablaría una criatura ante una procesión, y se alegrara y se congratulara con cada uno de los que pasaban, por su piedad y devoción. Luego, como si mirase la cámara de María, le hablaba exhortándola a aceptar ser Madre de Dios, recibiendo el

mensaje del Ángel, y viendo al Ángel descender y anunciar la Encarnación, hablaba, como si todo lo estuviera presenciando a alguna distancia, en voz alta, consigo misma. Se detuvo diciendo que María había reflexionado antes de contestar, y añadió: "Tú tenías un voto de virginidad; si Tú hubieses rehusado, ¿cómo habría sucedido todo esto?... ¿Se habría hallado otra Virgen digna de ser Madre de Dios?... ¡Mucho tiempo hubieras tenido, oh Israel, que llorar y suspirar por el Mesías!..." Volvió a referirse a la dicha por haber María consentido; alabó a la Virgen y habló del nacimiento de Jesús, y dirigiéndose al Niño, decía: "Manteca y miel has de comer, Niño". Recitó profecías, recordando las de Simeón y de Ana, todo esto como si lo viera ante sus ojos y hablase con ellos, como si estuviese presente en estos acontecimientos. Llegó así hasta el presente y dijo: "Ahora vas, oh Jesús, a comenzar tu camino amargo y doloroso...". En todas estas conversaciones estaba como ausente del cuerpo y hablaba con personas invisibles para los demás, y dirigiéndose a Jesús le hablaba como lo hiciera con los demás que la rodeaban. Jesús la interrumpió, finalmente, con oraciones y alabanzas a su Padre, rogando por todos los hombres, desde el lugar donde se habían detenido.

Esta escena fue conmovedora y misteriosamente hermosa. Jesús la dejó y ella quedó inmóvil, silenciosa, y lentamente se retiró a su aposento. Cuando Jesús volvió adonde estaban Lázaro y Marta, dijo más o menos lo siguiente:

"Ella goza de plena razón y entendimiento; pero no pertenece a este mundo, no está en este mundo: su alma está ausente. El mundo no la entiende ni ella entiende al mundo. Es dichosa y se halla en estado de impecabilidad". Esta criatura silenciosa con la mirada puesta en lo sobrenatural, no sabía en realidad lo que pasaba en torno, pues siempre estaba como ausente en espíritu.

Delante de nadie había hablado como delante de Jesús; delante de los demás callaba, no porque fuera orgullosa o mal criada o despreciativa, sino porque parecía no ver a las personas o no tenían relación con las cosas que veía en espíritu acerca de la redención y salvación. Algunas veces le hablaban personas piadosas e instruidas y entonces decía algunas palabras en voz alta; pero nadie la entendía, porque lo que decía era una continuación de una conversación interior o de las cosas que veía y que los mismos sabios no comprendían. Por eso era tenida como una enferma mental y se la arrinconó, aislándola de los demás seres. Ella no vivía con su alma en este mundo, sino abstraída en esferas superiores y sobrenaturales. Hacía trabajos manuales; tejía para el templo labores que Marta le encargaba; era diestra en estos trabajos, que hacía mientras su mente se hallaba en piadosas consideraciones.

Cuando no hacía estas tareas, trabajaba en el jardín y en la huerta. Rezaba mucho, con gran fervor, y padecía por los pecadores con especial sufrimiento. A menudo sentía tal pesadez sobre su alma como si los pecados del mundo la agobiasen a ella sola. Aunque tenía todas las comodidades en la casa, en lechos, asientos y descansos, comía siempre sola y muy poco. Murió de dolor y compasión por los padecimientos de Jesús en su pasión, que vio en visión anticipada [9].

XXIV

Llegada de María y las santas mujeres

Marta habló en esta ocasión de Magdalena, exponiendo su grande aflicción por el extravío de su hermana. Jesús la consoló diciéndole que volvería al buen camino; que no se cansasen de exhortarla, de rogar por ella y amonestarla. A eso de las dos y media llegó María Santísima, con María Chusa, Lea, María Salomé y María de Cleofás. El criado que las precedía anunció su llegada, y Marta, Serafia, María de Marcos y Susana les salieron al encuentro con lo necesario y alimentos, y las recibieron en la antesala al comienzo de la entrada del castillo donde ayer fue recibido Jesús por Lázaro. Se saludaron y las de la casa lavaron los pies a las viajeras, que se cambiaron los vestidos y los velos. Tenían vestiduras blancas, amarillas o parduscas. Tomaron algún alimento y se retiraron a las habitaciones de Marta.

Jesús y los hombres acudieron luego a saludarlas, y Jesús permaneció hablando solo con su Madre. Le dijo, lleno de amor y seriedad, que su camino pesado iba a comenzar; que iría al bautismo de Juan y volvería a verla algún tiempo para estar con ella en las cercanías de Samaria; que luego iría al desierto para ayunar cuarenta días en la soledad. María pidió a su Hijo que no quisiera ir a ese lugar horrible, para no desfallecer de hambre y miseria; pero Jesús le pidió que no le hiciera representaciones de humanos cuidados, puesto que debía cumplir su misión; debía comenzar a hacer lo que era necesario, porque comenzaba su camino, y los que estaban con Él debían padecer con Él: debían cumplir su misión y renunciar a todas las conveniencias humanas. Dijo que la amaba y siempre la amaría, pero que ahora pertenecía a todos los hombres. Pidióle que hiciese el sacrificio, que el eterno Padre se lo premiaría. Añadió que comenzaba a realizarse lo profetizado por Simeón: que una espada traspasaría su corazón y su alma. María se puso triste y muy seria, pero resignada con la voluntad de Dios, y fuerte y confiada en Dios. Jesús se mostró lleno de amor y de bondad.

Por la noche hubo todavía una comida en casa de Lázaro, a la que el fariseo Simón fue de los invitados con otros fariseos. Las mujeres

comieron aparte en una sala dividida por una verja, de modo que podían oír las enseñanzas de Jesús, que habló de la fe, la esperanza y la caridad y acerca de la obediencia. Dijo que los que quisieran seguirle, no deberían volver atrás, sino hacer lo que Él decía y enseñaba, y padecer lo que deberían padecer; que Él no los abandonaría nunca. Volvió a hablar del pesado camino que le tocaba andar: cómo lo maltratarían y lo perseguirían; que sus amigos debían padecer y sufrir con Él. Todos le escucharon con respeto y admiración; pero lo que decía que sería perseguido y maltratado les parecía más bien un modo de hablar de profeta, que no debía entenderse a la letra. A los fariseos tampoco les pareció su hablar escandaloso e inaceptable; pero se mantuvieron observando y oyendo con más curiosidad que los otros.

XXV

Jesús marcha con Lázaro al bautismo de Juan

Después de la comida y de un breve descanso, Jesús partió con Lázaro, en dirección de Jericó, al bautismo de Juan. Un criado de Lázaro los acompañó algún tiempo con una antorcha, pues era de noche. Después de media hora llegaron a un albergue, que pertenecía a Lázaro, y donde más tarde los discípulos hacían sus paradas y descansos. No es la misma posada, más lejos, en otra dirección, de la que he hablado otras veces y que usaban los discípulos con frecuencia. La galería donde Jesús y luego María fueron recibidos por Lázaro, era la misma donde Jesús más tarde permaneció y enseñó, antes de resucitar a Lázaro, desde donde le salió al encuentro Magdalena. Cuando llegaron al albergue Jesús se quitó las sandalias y estuvo descalzo, caminando. Lázaro le rogó que se calzase, por las piedras del camino, pero Jesús le dijo: "Deja

que esto se haga así. Sé que debo hacerlo". En esta forma siguieron su marcha.

Este desierto se extiende durante un camino de cinco horas, con desfiladeros entre las montañas, hasta Jericó, y luego durante dos horas por el rico valle de Jericó aunque por lugares selváticos, de difícil tránsito. De allí quedaban aún dos horas hasta el lugar donde bautizaba Juan. Jesús andaba mucho más ligero que Lázaro, a veces le precedía una hora de camino. Un grupo de gentes, entre ellas publícanos, volvían del bautismo, al que les había enviado el mismo Jesús: pasaban cerca de Jesús algún trecho de camino a través del desierto hacia Betania. Jesús no entró en lugar alguno, y dejó a su izquierda a la ciudad de Jericó. Había un par de pueblitos en el trayecto, pero no entró en ninguno de ellos.

Los amigos de Lázaro: Nicodemo, el hijo de Simeón y Juan Marcos habían hablado poco con Jesús; pero se maravillaban de su sabiduría y de sus modales,, ponderando las cualidades de su alma y de su cuerpo. Solían exclamar: "¡Qué hombre!... Nadie ha aparecido igual hasta ahora, ni nadie habrá como Él... tan manso, tan dulce, tan serio, tan sencillo a la vez que digno...

¡Cómo lo penetra y lo sabe todo!..." Y agregaban: "No lo llego a comprender del todo, y, sin embargo, debo creer. No se le puede mirar fijamente al rostro porque lee los pensamientos. ¡Qué presencia, qué rostro, qué porte, qué manera de andar tan ligero y sin apuro!... ¡Nadie puede caminar como Él! ¡Cómo devora las distancias y cómo al llegar a un punto, de pronto predica y habla y vuelve a marchar! ¡Qué hombre extraordinario!..." Luego hablaban de su niñez, de sus enseñanzas en el templo con los doctores de la Ley y lo que habían oído contar de su primer viaje por el Mar Muerto, cuando ayudaba a los boteros y otras mil cosas. Pero ninguno sospechaba que Jesús era Dios. Lo encontraban más grande, más sabio que todos los hombres y lo veneraban; pero se

mostraban esquivos en su presencia. Sólo lo tenían por un hombre extraordinario.

Obed era un hombre de edad, hijo de un hermano del marido de la anciana Ana del templo: era uno de los ancianos del templo, del Sanedrín; era piadoso y fue discípulo oculto de Jesús, y mientras vivió ayudó a la comunidad de Jesús.

XXVI

Historia de Juan Bautista

Juan recibió una revelación sobre el bautismo, y debido a ella, al salir del desierto, cavó un pozo en las cercanías de la Tierra Prometida. Lo vi en la parte occidental de una escarpada montaña. A su izquierda, había un río, quizás una de las fuentes del Jordán que nace en una gruta del Líbano, entre dos montañas: no se la ve brotar sino cuando se está cerca. A su derecha se extiende un llano, rodeado por el desierto, donde debía cavar una fuente.

Juan estaba hincado con una rodilla; sobre la otra tenía un rollo largo de corteza, en el cual escribía con un canuto. El sol brillaba ardientemente sobre él; miraba hacia el Líbano al frente, hacia Occidente. Mientras escribía, me pareció que se quedaba extático. Cuando lo vi así absorto, apareció un hombre ante él, que escribió muchas cosas y dibujaba señales en el rollo. Al volver en sí Juan pudo leer lo que el hombre había escrito y comenzó a trabajar en la obra del pozo con mucha energía. Mientras hacía el trabajo tenía el

rollo de corteza escrito en el suelo, sujeto a dos piedras, para mantenerlo abierto, y miraba frecuentemente el dibujo, pues me parece que allí estaba diseñada la obra que debía hacer.

En relación con el pozo que estaba haciendo Juan, tuve una visión sobre Elías. Lo vi contrariado por una falta cometida, en el desierto, desanimado y soñoliento. Soñaba que un niño le empujaba con un bastoncito a un pozo, junto a él y que estaba por caer; pues se vio como movido un trecho del lugar donde estaba echado. En ese momento fue cuando el ángel lo despertó y le dio de beber. Esto sucedió en el mismo lugar donde Juan iba a hacer la fuente y el pozo. Mientras Juan trabajaba conocí la explicación de cada capa de tierra que sacaba y el misterio de cada labor que hacía. Esto tenía relación con la dureza y la obstinación de los hombres, y con los caracteres que debía doblegar para que la gracia de Dios pudiese llegar hasta ellos. Este trabajo era, como toda su obra y toda su vida, una figura y anticipo que indicaba no sólo que era guiado por el Espíritu Santo, sino que en realidad obraba lo que debía obrar y lo que su trabajo significaba, puesto que Dios veía la buena voluntad que él ponía en su tarea. En todo este negocio era llevado, como los antiguos profetas, por el espíritu de Dios. Comenzó por cortar delicadamente el verdor de la superficie, en torno del pozo, de forma redonda, y luego hizo, cavando, un recipiente redondo bastante amplio, y lo rodeó con piedras elegidas, menos en el medio, donde cavó hasta encontrar una fuente de agua. Con la tierra que sacaba iba engrosando el borde de la fuente, dejando cinco lugares cortados. Frente a cuatro de estas aberturas plantó cuatro arbolillos a igual distancia. Estos árboles tenían la copa verde, eran de cuatro clases diferentes, con su significación particular. En medio de la fuente plantó un árbol especial, de hojas delgadas y ramas piramidales con brotes y espinas. Este árbol había estado algún tiempo reseco delante de su gruta. Los otros cuatro parecían arbustos y tenían bayas y les hizo en torno un refuerzo, amontonando tierra. Cuando hubo llegado con su excavación hasta el agua, donde plantó el árbol mencionado, pasó a hacer un canal que partía desde el río que corría junto a su

gruta hasta el pozo cavado. Para esto lo he visto juntar en el campo muchas cañas que iba uniendo unas a otras y las hacía llegar hasta el pozo, y luego cubría estos canales con tierra. Podía a voluntad cerrar estos canales o abrirlos. Había hecho una senda a través de los matorrales hasta la abertura de su fuente, senda que corría alrededor del pozo, entre los cuatro árboles y las aberturas. Delante de la abertura dejada como entrada no había plantado árbol alguno. Sólo este lado de la fuente estaba libre; los otros estaban cerrados con matorrales o piedras. En torno de los cuatro árboles plantó una hierba, que no me es desconocida: la tuve desde niña por muy apreciada y cuando la encontraba la plantaba cerca de mi casa. Tiene un tallo alto y jugoso, con brotes de color rojo oscuro, y es muy medicinal contra granos y dolores de garganta, según hoy lo he entendido.

Plantó también otros arbolitos y diversas hierbas. Durante su faena él miraba de tanto en tanto el rollo dibujado y medía las distancias con su bastón.

Me parece que todo lo que hacía y hasta los árboles estaban diseñados en el rollo escrito y dibujado. Recuerdo haber visto dibujada la figura del árbol que puso en medio de la fuente. Trabajó durante varias semanas y sólo al terminar su trabajo apareció un poco de agua en el fondo de su fuente. El árbol del centro, que parecía marchito y seco, reverdeció. Juan fue a buscar agua de otra fuente y la derramó adentro. El recipiente que usó parecía hecho de gruesas cortezas, en forma de saco y calafateado con pez o resina.

Esta agua provenía de una fuente que surgía cerca junto de su gruta, qué en otro tiempo él había hecho brotar hiriendo la peña con su bastoncito en forma de cruz. He oído en esta ocasión que él no hubiera podido hacer el pozo en ese lugar, porque era todo de piedra y esto tenía su significado. Dejó entrar tanta agua cuanta era necesaria; cuando sobrepasaba la medida era para salir por las

aberturas y regar las plantas alrededor del pozo. He visto después que Juan entró en el agua hasta medio cuerpo; que se abrazaba con una mano al árbol erguido en medio de la fuente y con la otra sostenía un bastoncito al que había añadido una cruz y una banderita y con el cual pegaba en el agua haciéndola saltar sobre su cabeza. Cuando hacía esto vi que descendía una luz sobre él y se derramaba sobre él el Espíritu Santo, mientras dos ángeles aparecían en el borde de su fuente y le hablaban.

Todo esto fue lo último que hizo en el desierto. El pozo estuvo en uso aún después de la muerte de Cristo. Cuando los cristianos huyeron por la persecución, he visto que seguían trayendo a los enfermos y a los viajeros para ser bautizados allí donde acostumbraban a rezar sus preces. En tiempos de Pedro estaba el pozo rodeado de un cerco. Después de esta obra, salió Juan del desierto y fue hacia donde le esperaba la gente. Su presencia era imponente: alto de estatura, aunque delgado y enjuto por los ayunos; de fuerte musculatura; de porte noble, atrayente, puro, sencillo y compasivo; el color del rostro bronceado, la cara demacrada y el continente serio y enérgico; los cabellos castaño oscuros y crespos y la barba corta. A la mitad del cuerpo tiene una tela que le llega hasta las rodillas. Lleva un manto oscuro, que parece hecho de tres pedazos. Una piel, sujeta con una correa, le cubre las espaldas. Los brazos y el pecho están descubiertos; el pecho curtido por la intemperie y cubierto de vello del color de su manto. Lleva un bastón con curvatura como el que usan los pastores.

XXVII

Predicación, y viajes de Juan Bautista

Al volver del desierto hizo un puente sobre un río. No le interesaba que hubiera ya un pasaje a cierta distancia: hacía sus trabajos donde convenía para su misión. Cruzaba el lugar un antiguo camino real. Había enseñado en Cidessa, cuyos habitantes fueron los primeros de los paganos que acudieron a su bautismo. Esa gente vivía abandonada y en cuevas. Eran descendientes de varias castas que se habían establecido allí desde la destrucción del templo. Uno de los últimos profetas les había dicho que se radicaran allí hasta que llegara uno, que señaló como a Juan, que les diría lo que debían hacer. Más tarde se retiraron hacia Nazaret. Juan no se dejaba impresionar por nada de lo que le rodeaba y sólo hablaba de un asunto: hacer penitencia, pues se acercaba el Mesías. Todos le admiraban, permaneciendo obsortos en su presencia. Su voz era penetrante como una espada, potente y severa, pero con todo bondadosa. Se asociaba con toda clase de gentes y con los niños. En todas partes iba derechamente a su objeto: no le importaba de nada, no pedía ni necesitaba cosa de nadie. Lo he visto recorrer los desiertos y penetrar en los bosques; lo he visto cavar, remover piedras, desarraigar árboles o plantarlos, preparar asientos. A los hombres que le veían los llamaba para que le ayudasen, y le obedecían. A veces los sacaba de sus chozas. Todos lo respetaban. En ninguna parte paraba mucho y cambiaba constantemente de lugar. Anduvo por los caminos de Galilea, alrededor del lago, sobre Tarichea y el Jordán, por Salem, en el desierto hacia Betel, y cerca de Jerusalén, que no quiso tocar en toda su vida, ya que sus quejas y lamentos estaban dirigidos muchas veces contra la ciudad depravada. Aparecía siempre lleno de su misión y destino: serio, severo, sencillo y celoso, clamando a una voz: "¡Penitencia! ¡Preparad los caminos del Señor! ¡El Salvador viene!" Después volvía a su lugar por el valle de los pastores. Sus padres ya habían muerto. Entre sus primeros discípulos había algunos jóvenes que eran parientes de Zacarías. Cuando Juan pasó por Betsaida, Cafarnaúm y Nazaret, no lo vio María, porque después de la muerte de José, salía poco; pero

algunas personas de su familia habían oído sus palabras y hasta le acompañaron un trecho de camino. Tres meses antes de empezar a bautizar recorrió Juan el país, por dos veces, anunciando al que debía venir después de él. Su andar era acelerado, con pasos ligeros, sin descanso, pero sin agitación. No se asemejaba al caminar tranquilo del Salvador. Donde no tenía nada que hacer yo lo veía correr de campo en campo. Entraba en las casas, en las escuelas, para enseñar; reunía a las gentes en las plazas y en las calles para hablarles. He visto que los fariseos y los grandes del pueblo a veces lo detenían, para impedir su predicación; pero luego quedaban maravillados y admirados, y lo dejaban en paz. La frase: "Preparad los caminos del Señor", no eran sólo figuras retóricas. He visto que Juan recorría todos los caminos que Jesús y los apóstoles hicieron después, removiendo los obstáculos y allanando las dificultades. Limpiaba de matorrales y piedras los caminos y hacía sendas nuevas. Colocaba piedras en ciertos lugares de vado, limpiaba los canales, cavaba pozos, arreglaba fuentes obstruidas, hacía .asientos y comodidades, que después el Señor usó en sus viajes. Levantó techados donde Jesús más tarde reunió a sus oyentes o donde descansó de sus fatigas.

En todos sus trabajos este hombre sencillo y serio despertaba la admiración de todos los que le observaban o ayudaban, aún en las chozas de donde los sacaba para que le prestasen herramientas. En todas partes era rodeado, y sin miedo los exhortaba a la penitencia para la proximidad del Mesías, llamándose a sí mismo el preparador de sus caminos. A menudo lo he visto indicando la dirección por donde Jesús caminaba en esos momentos. Con todo, nunca lo vi junto con Jesús, aunque a veces no estaban a más que a una hora de camino, uno de otro, en sus viajes. Una vez Juan dijo a las gentes que él no era el Salvador esperado; que no era más que un humilde preparador y precursor, y que "allí" (indicaba a poca distancia) iba el Salvador.

Juan, en realidad, vio sólo tres veces en su vida al Salvador. La primera, en el desierto cuando la Sagrada Familia, en su huida a Egipto, pasó cerca de donde estaba Juan, y éste, guiado por el Espíritu, se acercó a saludar a su Maestro que le había santificado desde el seno de su madre; Juan sintió la cercanía de su Salvador, que tenía entonces sed: oró y tocó con su vara la peña, de la cual brotó abundante agua. En aquella ocasión corrió delante el niño Juan, y vio a María, a José y a Jesús.

Yo lo vi danzar y saltar de contento allí donde brotó la fuente, mientras jugueteaba concia banderita que llevaba consigo. La segunda vez lo vio al bautizarlo. La tercera, cuando pasó junto al Jordán y dio testimonio de Él delante de sus discípulos.

He oído que Jesús ponderaba delante de sus discípulos la mortificación de Juan: que en ocasión del Bautismo realizó las ceremonias del rito sólo por cumplir su deber, aunque su corazón estaba quebrantado de amor por su Salvador, por el deseo de estar con Él y seguirle. Dijo también Jesús que Juan se alejaba de su presencia por humildad y mortificación, porque su gusto hubiera sido visitarlo a menudo y permanecer con Él. Por otra parte, Juan veía siempre al Salvador en espíritu, pues estaba frecuentemente en estado sobrenatural y profético. Veía en Jesús el cumplimiento de la promesa y la realización de las profecías acerca de su misión. Jesús era para él, no un contemporáneo y un conciudadano: era el Salvador del mundo, el Hijo de

Dios hecho hombre, el Eterno aparecido en el tiempo; y por esto no podía siquiera pensar en vivir con Él y familiarizarse en su presencia. Por otra parte, Juan mismo se sentía desvinculado de los hombres y no estaba enredado en ninguna de sus costumbres.

Desde el seno materno estuvo prevenido y regido por el Eterno, puesto en relación sobrenatural por el Espíritu Santo con su Redentor. Desde pequeño niño fue como sustraído del mundo y permaneció en el desierto no sabiendo nada más que las cosas de su Redentor, hasta que salió, como nuevamente nacido, del desierto para cumplir su misión seriamente, con entusiasmo, enérgicamente, sin preocuparse de lo que pasaba en el mundo. Su desierto es ahora la Judea; y como antes había hablado con animales, pájaros, piedras, plantas y árboles, mientras vivía en medio de ellos, así ahora lo hace con los hombres y pecadores, sin cuidarse de sí mismo ni de lo que pasa a su alrededor. Él no habla, no sabe y no ve otra cosa sino a Jesús. Su palabra es:

"Él viene. Preparad el camino. Haced penitencia y recibid el bautismo. Ved al Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo". Puro y limpio, como un niño en el seno materno, salió del desierto; puro y sencillo es ahora, como un niño en los pechos de su madre. He oído que Jesús decía a sus apóstoles: "Él es puro como un ángel; nada impuro, ningún pecado llegó a mancharlo; ni una mentira llegó a sus labios".

XXVIII

Lugares donde bautizaba Juan Bautista

Juan bautizó en diversos lugares. Primero en Ainón, cerca de Salem.

Luego en On, frente a Bethabara, en la parte occidental del Jordán, no lejos de Jericó. El tercer lugar fue al Este del Jordán, bautizando más al Norte. Después volvió a bautizar en Ainón donde fue capturado por Herodes. El agua con que bautiza pertenece a un afluente del Jordán, que al Oriente hace un desvío de una hora de camino. Este brazo del Jordán es allí a veces tan angosto que se lo puede pasar de un salto. El lecho del río parece haber cambiado de curso, pues veía que algunos lugares iban quedando sin agua.

El desvío del Jordán forma fuentes y pozos que reciben sus aguas del afluente del Jordán. Una de estas fuentes está separada del brazo principal: es el sitio del bautismo llamado de Ainón. Debajo de ese vallado hay canales que se pueden abrir y cerrar a voluntad, dispuesto así por el mismo Juan.

En la orilla había como una canaleta y varias lenguas de tierra entraban en ella. Los bautizandos se colocaban entre dos de estas lenguas dentro del agua hasta la cintura apoyándose sobre un borde. Sobre una lengua de tierra estaba Juan, que recogía y derramaba el agua con una concha sobre la cabeza del bautizando, mientras en la otra parte estaba uno de los ya bautizados, que ponía la mano sobre los hombros del neófito. Al primero de estos testigos el mismo Juan le había puesto las manos sobre los hombros. Los bautizandos no tenían la parte superior del cuerpo completamente descubierta: se les ponía encima un paño blanco, dejando descubiertos solamente los hombres. Había allí una choza donde se vestían y desvestían. No he visto bautizar aquí a ninguna mujer. Cuando bautizaba Juan tenía puesta una ropa larga y blanca.

La región es una comarca hermosa y rica de agua, llamada Salem, La población de este nombre está a ambos lados del río. Ainón está situada al otro lado del Jordán, al Norte de Salem, más cerca del Jordán y es más grande.

Veo muchos animales paciendo en las praderas, sobre todo asnos. Rige en Salem y Ainón una especie de derecho antiguo, según el cual nadie puede ser echado del lugar que ocupa, por ser declarado libre. Juan levantó su choza en Ainón sobre las ruinas de un antiguo edificio, cuyos muros estaban ya cubiertos de vegetación y se veían otras chozas edificadas sobre ellos. Estas ruinas eran los antiguos fundamentos de tiendas levantadas por Melquisedec.

Acerca de este lugar tuve varias visiones, de antiguos tiempos. Recuerdo que Abrahán tuvo aquí una visión y dispuso dos grandes piedras: sobre una se hincó para orar y la otra la erigió en altar. He visto su propia visión. Era una ciudad como la celeste Jerusalén, de donde partían como rayos de agua brillantes hacia abajo. Se le dijo que debía rezar para el advenimiento de la ciudad de Dios sobre la tierra. Esa agua, que provenía de la ciudad celestial, se desparramaba hacia todos lados [10]. Abrahán tuvo esta visión cinco años antes que Melquisedec levantara su tienda. Este castillo estaba compuesto más bien por una serie de tiendas con galerías y escaleras, semejantes a las habitaciones del rey Mensor en Arabia; solamente los fundamentos eran de piedras. Me parece reconocer ahora, en tiempos de Juan, los cuatro ángulos donde estaban plantadas las columnas del edificio. Sobre estos muros, que parecen una fortaleza, había construido Juan su choza de juncos. Melquisedec había edificado estas casas porque aquí se juntaban muchos extranjeros y viajeros, por ser lugar de abundantes aguas. Creo que también Melquisedec había edificado aquí porque, como siempre lo he visto aparecer como guía y conductor de pueblos, los reunía para aconsejarlos y guiarlos y hospedarlos hasta su partida. Pero desde entonces tenía ya una relación con el bautismo de Juan, y era para Melquisedec el lugar desde donde iba para edificar a Jerusalén, y para ir adonde estaba Abrahán. Desde aquí distribuían las familias y tribus que se hospedaban en el lugar. También Jacob tuvo mucho tiempo su campamento en Ainón. La cisterna del pozo del bautismo existía ya y he visto que Jacob la renovaba. Los restos de los edificios de Melquisedec estaban cerca

de las aguas y del lugar del bautismo; y he visto que en los primeros tiempos del cristianismo se edificó, desde Jerusalén, una iglesia en el lugar donde bautizó Juan. Subsistía aún esta iglesia cuando María Egipcíaca se dirigía al desierto para hacer vida de penitente. Salem era una bella ciudad, devastada en guerras antes de Cristo, cuando se destruyó el templo. El último profeta anduvo también por estos lugares [11].

XXIX

Juan Bautista y Herodes

Juan era ya célebre por su predicación desde hacía algunos meses cuando acudieron algunos mensajeros de Herodes, desde Kallirrohe, para verlo.

Herodes vivía en el castillo al Oriente del Mar Muerto, donde había baños de mar y baños calientes. Herodes deseaba que Juan fuese adonde estaba él; pero Juan contestó a los mensajeros que tenía mucho que hacer; que si Herodes deseaba verlo y hablarle podía allegarse a él. Después de esto vi a Herodes viajando sobre un carruaje, más bien bajo, de ruedas, pero sobre un trono alto, desde el cual podía ver a su alrededor: este asiento tenía un techo y en torno del carro había soldados que custodiaban al rey. Iba a un pueblo como a cinco horas de viaje al Sur de Ainón y mandó a decir a Juan que podía llegarse hasta ese lugar. Juan accedió y fuera de la ciudad, en una choza, esperó a Herodes, quien concurrió sin acompañamiento. Recuerdo que Herodes le preguntó por qué habitaba una choza tan miserable en Ainón; que él, el rey, quería hacerle una casa buena. Juan respondió que no deseaba casa

alguna, que tenía cuanto necesitaba y cumplía así la voluntad de Aquél que es superior a los reyes. Habló seria y enérgicamente y se volvió a su lugar. Habló a cierta distancia de Herodes, con la mirada vuelta a otro lado.

He visto acudir a los hijos del difunto Alfeo y de María Cleofás: Simón, Santiago el Menor y Tadeo, y al hijo de su segundo matrimonio con Sabas, José Barsabas. Todos éstos fueron bautizados por Juan en Ainón. También Andrés y Felipe se hicieron bautizar en Ainón. Más tarde volvieron a sus ocupaciones. Los demás apóstoles y muchos discípulos tienen ya el bautismo. Un día concurrieron muchos ancianos, sacerdotes de los pueblos vecinos de Jerusalén, para pedirle razón de quién era para predicar, quién le enviaba, cuál era su doctrina, y otras cosas semejantes. Él les contestó refiriéndose a la proximidad del Mesías y a su venida y reprendiólos, echándoles en cara con valor su hipocresía y su obstinación en no hacer penitencia.

Algún tiempo después concurrieron toda clase de ancianos, sacerdotes, fariseos de Nazaret, Jerusalén y Hebrón para inquirir acerca de su misión, quejándose además de que se había apropiado del lugar donde bautizaba. He visto a muchos publicanos ser bautizados por Juan, después de haberles reprendido por sus injusticias. Entre ellos estaba el publicano Leví, más tarde Mateo, hijo del primer matrimonio del viudo Alfeo, que fue marido de María de Cleofás. Partió de allí muy conmovido, y mejoró de vida: hasta entonces había estado en gran desprestigio entre sus parientes. Muchos publicanos fueron rechazados por Juan por impenitentes.

XXX

Conmoción que produce el bautismo de Juan

En Dothaim, donde Jesús había aquietado al endemoniado furioso, vivían mezclados con los judíos bastantes paganos desde el tiempo de la cautividad babilónica. Los infieles tenían en una altura de las cercanías un ídolo con altar. Los judíos, oyendo hablar de la proximidad de la venida del Mesías, no querían ya vivir mezclados con esos idólatras. Este movimiento se despertó desde que Juan recorrió toda esa región y cuando volvieron los bautizados de Juan. Un príncipe de Sidón tuvo que mandar soldados para proteger a los paganos. También Herodes envió soldados para apaciguar a la gente. Estos soldados eran de la peor clase. He visto que fueron primero a Kallirrohe, donde se encontraba Herodes, para decirle que querían hacerse bautizar por Juan. Lo hacían más por política y para causar buena impresión entre la gente. Herodes les contestó que no era necesario hacerse bautizar; que Juan no hacía milagro alguno y que no se podía probar su misión divina; que en todo caso preguntasen en Jerusalén lo que convenía hacer. Los he visto luego en Jerusalén. Estuvieron con tres jefes preguntando sobre el particular, por lo cual conocí que estaban divididos en tres sectas. Todo esto sucedió en el patio del juzgado donde más tarde Pedro negó a Cristo. Había allí muchos sentados delante del juez, rodeado de espectadores. Los sacerdotes respondieron con sorna que podían hacerlo o dejar de hacerlo, que era lo mismo. He visto que unos treinta de ellos fueron a Juan, el cual los reprendió con severidad, puesto que no los llevaba deseos de convertirse; de ellos bautizó a algunos de buena voluntad, después de haberles afeado su hipocresía y mal proceder.

Las multitudes que llegan a Ainón es muy grande. Algunos días deja Juan de bautizar, y los emplea en predicar y reprender con energía. Veo muchos grupos de judíos, de samaritanos y de paganos, sentados separadamente en las colinas, en las praderas,

bajo techumbres, o a la sombra, al aire libre, escuchando la predicación de Juan. Son muchos centenares. Escuchan su palabra, se hacen bautizar y parten luego. Una vez he visto a muchos paganos, algunos de Arabia y de otras regiones orientales que traían muchos asnos y ovejas, porque tenían parientes en estos lugares y como debían pasar por allí, fueron a oír la predicación de Juan.

Hubo en Jerusalén una importante reunión del Sanedrín por causa de Juan Bautista. Fueron enviados nueve hombres, tres por cada una de las tres autoridades, para que fueran a interrogar a Juan. Anas envió a José de Arimatea, al mayor de los hijos de Simeón y a otro sacerdote que velaba por los sacrificios y las ofrendas. Por el consejo fueron enviados tres mensajeros, y otros tres civiles iban en representación del pueblo. Debían preguntar a Juan quién era y decirle que se presentara en Jerusalén. Si su misión era verdadera debía presentarse antes en el templo. Le hacían cuestión respecto a su manera de vestir, y por qué bautizaba también a los judíos cuando sólo se acostumbraba hacerlo con los paganos. No faltaba quien creía que Juan era Elías vuelto al mundo.

Veo ahora a Andrés y a Juan el Evangelista con Juan. Estuvieron además con Juan la mayoría de los futuros apóstoles; muchos discípulos, además de Pedro, que se hizo bautizar ahora, y Judas el traidor, que había estado en Betsaida con los pescadores y se había enterado de todo lo que se decía de Jesús y de Juan. Cuando los enviados del Sanedrín llegaron, hacía ya tres días que Juan no bautizaba, y empezaba de nuevo a hacerlo. Los enviados querían que los oyera en seguida. Él les dijo que los escucharía cuando hubiese terminado su labor, y con palabras cortas y severas los dejó esperando. Le reprocharon que se hubiese tomado él mismo la autoridad; que debía presentarse en Jerusalén y que no debía vestirse tan selváticamente.

Cuando se alejaron estos mensajeros, permanecieron aún José de Arimatea y el hijo de Simeón y recibieron el bautismo de manos de Juan. Había muchas personas a las cuales Juan no quería bautizarlas. Éstas se unieron a los mensajeros del Sanedrín, acusando a Juan de parcialidad y de animosidad contra ellos. Los futuros apóstoles vuelven ahora a sus casas, hablan de Juan y ponen atención en Jesús, de quien han oído hablar por Juan, el Precursor.

José de Arimatea, al volver a Jerusalén, encontró a Obed, pariente de Serafia, que era servidor del templo. Contó José a Obed muchas cosas de Juan y Obed fue también a bautizarse. Como servidor del templo fue de los discípulos secretos de Jesús y más tarde se declaró cristiano.

XXXI

Juan recibe aviso de retirarse a Jericó

He visto más tarde que Juan pasó para bautizar a algunos enfermos.

Llevaba su paño de vestido y su manto pendiente de los hombros. De un lado tenía el recipiente con agua bautismal y del otro colgaba la concha que usaba para bautizar.

Habían traído a muchos enfermos sobre camillas portátiles y sobre carretillas de mano, disponiéndolos a lo largo de la orilla, al otro lado del Jordán donde Juan bautizaba. Como no podían ser llevados a la orilla opuesta rogaron a Juan fuera adonde se encontraban. Juan fue con algunos discípulos.

Había preparado allí una hermosa fuente cercada por un vallado hecho por él mismo. Llevaba consigo una pala. Dejó entrar agua por un canal que hizo y la mezcló con la que traía en su recipiente. Catequizó a los enfermos y los bautizó, después de ordenar que los dispusiesen a la orilla de la fuente, mientras él pasaba derramando el agua sobre ellos. Después de haberlos bautizado volvió a pasar al otro lado del Jordán a Ainón.

Aquí he visto presentársele un ángel y decirle que volviera al otro lado del Jordán, hacia Jericó, pues se acercaba Aquél que debía venir, a Quien debía anunciar. Juan y sus discípulos levantaron sus tiendas, caminaron unas horas por la parte oriental del Jordán, hacia arriba, y pasaron a la otra orilla, por donde hicieron un trecho. Allí se veían sitios de baños, cavados y cercados, de ladrillos blancos, con canal que se abría y cerraba a voluntad para traer el agua del Jordán; aquí el río no tenía isla. Este segundo lugar de bautismo estaba entre Jericó y Bethagla, en la parte occidental del Jordán, frente a Bethabara, en la parte oriental del río. Habrá unas cinco millas de Jerusalén.

El camino recto va por Betania, a través del desierto, hasta llegar a un albergue, un poco fuera del camino, ameno lugar entre Jericó y Bethagla. Las aguas del Jordán son aquí muy claras, sosegadas. Percíbese el aroma delicioso de las plantas aromáticas y de las flores, cuyos pétalos caen en el agua. En algunos puntos, el río es tan angosto y poco profundo que se puede ver el fondo; en las orillas se ven grietas cavadas por el agua con el tiempo.

Me alegro mucho cuando me encuentro en la Tierra Santa; pero me extrañan las mudanzas del tiempo comparado con el de nosotros. Cuando aquí es invierno, allá florece todo, y cuando aquí es verano, ya están allá brotando las plantas para la segunda cosecha. Viene luego un tiempo en que hay mucha neblina y llueve mucho.

Junto a Juan veo unas cien personas, entre ellas sus discípulos y muchos paganos. Trabajan en mejorar el bautisterio y en arreglar la choza. Traen desde Aínón cosas. Los enfermos son transportados en angarillas. Este es el lugar del Jordán donde Elías hirió con su manto las aguas, para pasar al otro lado, y donde hizo lo mismo Eliseo cuando volvió a pasar. Elíseo descansó aquí de su viaje. Por aquí pasaron también los hijos de Israel al entrar en Tierra Santa.

De Jerusalén fueron enviados de nuevo a Juan gente del templo, fariseos y saduceos. Un ángel se lo anunció al Bautista. Cuando llegaron cerca del Jordán, mandaron un mensajero a Juan para decirle que se aproximara. Sin abandonar su obra contestó que si querían hablar con él podían hacerlo allegándose donde él bautizaba. Acercáronse, pero Juan no dejó de proseguir su predicación y su bautismo en presencia de los enviados. Cuando terminó Juan su trabajo atendió a los mensajeros y mandó a sus discípulos que los cobijaran bajo una techumbre, llegándose a ellos acompañado por diversos oyentes. Los mensajeros preguntaron quién era Aquél del cual decía siempre que había de venir, que según las profecías era el Mesías y que se decía había llegado ya. Juan les respondió que Uno habíase levantado contra ellos, a quien no conocían. Añadió que él tampoco le había visto, pero que desde antes de haber nacido le había ordenado preparar su camino y que había de bautizarle. Les dijo que volviesen en cierto tiempo en que debía venir Él para ser bautizado. Les habló luego severamente diciéndoles que no habían venido para el bautismo, sino para espiarlo. Le respondieron que ahora sabían quién era él: que bautizaba sin misión recibida; que era un hipócrita al vestirse tan

extrañamente y se volvieron a Jerusalén. Poco tiempo después llegaron otros mensajeros del sanedrín de Jerusalén en número de unos veinte: sacerdotes procedentes de varias ciudades, con sus mitras, anchas fajas y largas (cintas que colgaban de los brazos. Le conminaron diciendo que venían del gran Sanedrín, que se presentara delante de él para dar cuenta de su misión y de su conducta; que era una señal de que no tenía misión al no obedecer al Sanedrín. Oí entonces a Juan que les dijo que esperasen un poco, que vendría Aquél que le había enviado, señalando claramente a Jesús: que era nacido en Belén, educado en. Nazaret, que había tenido que huir a Egipto y él no le había visto aún. Le echaron en cara que él estaba entendido con Jesús; que se enviaban recíprocamente mensajeros. Juan les respondió que los mensajeros que se enviaban no podía él mostrárselos, porque eran ciegos. Los mensajeros se fueron disgustados y contrariados. Acuden de todas partes turbas de judíos y paganos. El mismo Herodes manda gente a oír su predicación con encargo deque le cuenten lo que han oído de él. Veo que está mejor ordenado el lugar del bautismo. Juan levantó con sus discípulos una gran techumbre donde son agasajados los enfermos y los fatigados por el viaje y donde se reúnen para oír su predicación. A veces cantan salmos; así, por ejemplo, oí el salmo que habla del pasaje del Mar Rojo por los hijos de Israel. Por momentos parece que hubiera improvisado una pequeña población de tiendas y de chozas; estas casitas están cubiertas con pieles y juncos que crecen a orillas del río. Se nota mucha afluencia de viajeros provenientes de las regiones de los Reyes Magos: vienen en camellos, en asnos y en caballos hermosos y muy ágiles. Están en camino a Egipto. Ahora se reunieron todos en torno de Juan, oyen su predicación sobre el Mesías y reciben el bautismo. De aquí suelen ir en grupos hasta Belén. No lejos de la gruta del pesebre, frente al campo de los pastores, había un pozo, donde Abrahán había vivido con Sara, y estando enfermo deseó vivamente beber agua; habiéndosele traído en un recipiente agua del pozo, no quiso luego bebería, dejándola por Dios, y al punto, en recompensa, lo libró Dios de su mal. A causa de su gran profundidad era muy difícil sacar agua del pozo. Hay allí un árbol muy grande y no lejos está la gruta de Maraha.

Siendo la nodriza muy anciana la solía llevar en sus viajes sobre un camello. Por estos hechos se ha convertido éste en un lugar de peregrinación para los piadosos israelitas, como lo son el monte Carmelo y el monte Horeb. En este lugar rezaron también los santos Reyes Magos.

De Galilea no habían venido muchos a ver a Juan, aparte de los que fueron sus discípulos. Más gente llegaba de Hebrón, entre ellos muchos gentiles.

Por eso, mientras Jesús pasaba por Galilea, exhortaba a los habitantes a ir al bautismo de Juan.

XXXII

Herodes en el baptisterio. Una fiesta tradicional

l lugar donde Juan enseñaba estaba como a media hora del baptisterio.

E Era éste un sitio sagrado lleno de recuerdos para los hebreos y estaba cercado como un jardín. En el interior había chozas y en medio una gran piedra que señalaba por donde pasaron los hijos de Israel con el Arca de la Alianza, y dónde la habían depositado para ofrecer un sacrificio de acción de gracias. Sobre esta piedra había levantado Juan el asiento desde donde enseñaba; había construido un gran galpón con techo de juncos; al pie de la piedra estaba la cátedra de Juan. Hallábase rodeado de sus discípulos enseñando,

cuando llegó el rey Herodes; pero Juan no se perturbó por ello en su predicación.

Herodes había estado en Jerusalén, donde se unió con la mujer de su hermano, que tenía una hija, llamada Salomé, de unos diez y seis años. Tenía intención de unirse con esta mujer y había en vano tratado de conseguir el beneplácito del Sanedrín. Habíase suscitado por esto una viva discusión entre ellos. El rey temía, por otra parte, la voz del pueblo y pensó escudarse con alguna palabra de permisión de parte de Juan. Pensaba que el Bautista, para congraciarse con el rey, diría algo de conformidad con su plan. Veo ahora a Herodes con la joven Salomé, hija de Herodías y sus camareras, en compañía de unas treinta personas de viaje hacia el Jordán. Él iba con las mujeres sobre un carruaje y había enviado un mensajero a Juan' El Bautista no quería recibir al rey en el lugar sagrado, ya que venía con tales mujeres. Dejó, entonces, de bautizar y se retiró con sus discípulos adonde solía predicar, y habló enérgicamente del asunto que Herodes quería saber. Le dijo que esperase a Aquél que debía venir; que no permanecería mucho tiempo bautizando, que debía ceder el lugar a Aquél de quien era sólo su precursor. Habló de tal manera a Herodes que éste entendió que trataba su asunto y conocía su intención. Herodes le presentó un rollo muy grande que contenía su procedimiento; pero Juan no quiso manchar sus manos de bautizador tocando el escrito. Vi luego a Herodes, muy contrariado, abandonar el lugar con su séquito. Vivía en esa ocasión cerca de los baños de Kallirrohe, a pocas horas del baptisterio. Herodes había dejado a unos delegados con el rollo para que lo leyera Juan, pero inútilmente: Juan volvió al lugar del bautismo. He visto a las mujeres que iban con el rey: estaban vestidas lujosamente, pero con decencia. Magdalena estaba adornada más fantásticamente por este tiempo.

Se celebra ahora una fiesta de tres días junto a la piedra del pasaje de los hebreos. Los discípulos de Juan adornaron el lugar con plantas, coronas y flores. Veo entre ellos a Pedro, Andrés, Felipe,

Santiago el Menor, Simón y Tadeo y muchos de los futuros discípulos de Jesús. El paraje era aun sagrado para los piadosos israelitas; pero esta veneración estaba muy decaída y Juan volvió a renovarla. Vi a Juan y algunos de los suyos con vestiduras que parecían sacerdotales. El Bautista tenía, sobre un vestido oscuro, otro blanco, largo; estaba ceñido con una faja amarilla, entretejida de franjas blancas, de la cual pendían borlas. Sobre los dos hombros llevaba una gran piedra preciosa donde estaban grabados seis nombres en cada lado de las doce tribus de Israel. En el pecho tenía un escudo cuadrado, amarillo y blanco, sujeto de las cuatro puntas con cadenillas de oro. Sobre el escudo había también doce piedras grabadas con los nombres de las doce tribus. Del hombro le colgaba una banda como estola entretejida de amarillo y blanco que le llegaba muy abajo y terminaba en borlas. Sobre el vestido exterior en la parte baja habían cosido brotes de frutas en seda blanca y amarilla. Llevaba la cabeza descubierta, pero en la espalda le colgaba una especie de capucha que podía alzar sobre la cabeza hasta la frente y terminaba en punta. Delante de la piedra donde había estado el Arca de la Alianza había un altar pequeño, casi cuadrado, vacío en el medio y cubierto con una rejilla; debajo un agujero para la ceniza y en los cuatro costados caños huecos como cuernos. Juan y varios discípulos estaban con vestiduras que me recordaban a las que vi cuando los apóstoles celebraban los misterios en los primeros tiempos. Estos ayudaban en el sacrificio. Se incensó el lugar y Juan quemó varias hierbas aromáticas, plantas y creo que también granos de trigo sobre el altar, que era transportable. Se habían congregado muchísimos que esperaban ser bautizados. Las vestiduras sacerdotales fueron preparadas en este lugar del bautismo, porque moraban ahora mujeres en los alrededores del Jordán y ellas hacían toda clase de ornamentos y utensilios para Juan. Con todo, no eran bautizadas allí. Parecía como si Juan comenzaba una iglesia nueva con un culto propio. Ya no lo veía trabajar como antes con sus propias manos y se ponía para bautizar una larga vestidura blanca. Lo he visto aún preparar él solo el lugar del bautismo de Jesús, mientras los discípulos le traían lo necesario.

Juan dijo en este día de fiesta un gran sermón muy animado. Estaba, con sus vestiduras sacerdotales, sobre la tienda, que tenía una galería en torno como había visto en las tiendas en el país de los Reyes Magos. Alrededor habían levantado graderías donde se colocaba la gente, en esta fiesta; era una incontable muchedumbre. Habló del Salvador que le había enviado, y al cual él no había visto aún, y habló del paso del Jordán por los israelitas. Luego, en el interior de la tienda, hubo de nuevo ofrecimiento de incienso y se quemaron hierbas. Desde Maspha hasta la Galilea había corrido la voz de que Juan iba a pronunciar un gran sermón, y así fue como se congregó una muchedumbre tan grande. Los esenios estaban todos presentes. La mayoría de los oyentes llevaban vestiduras largas y blancas. Venían hombres y mujeres, las mujeres generalmente montadas sobre asnos, en medio de alforjas, con palomas y comestibles, mientras los hombres guiaban los animales. Los hombres ofrecían panes en sacrificio, y las mujeres, palomas. Juan estaba detrás de una reja y recibía los panes: eran depositados sobre una mesa con rejilla, purificaban con harina y luego, amontonados, eran bendecidos por Juan y alzados a lo alto en ofrecimiento. Estos panes eran luego divididos en pedazos y repartidos: a los que venían de más lejos les tocaba partes mayores por estar más necesitados. La harina que caía y los pedazos de panes desprendidos eran pasados a través de la rejilla y quemados en el altar. Las palomas eran distribuidas entre los necesitados. Esto duró casi medio día. Toda la fiesta duró, con el Sábado, tres días. Después volví a ver a Juan en el baptisterio.

XXXIII

Brota la isla para el bautismo de Jesús en el río Jordán

El Bautista habló a sus discípulos acerca de la proximidad del bautismo del Mesías. Afirmó nuevamente que no le había visto aún, pero añadió: "Yo quiero enseñaros el lugar de su bautismo. Mirad: las aguas del Jordán se habrán de dividir y se formará una isla". En ese momento las aguas del Jordán se dividieron en dos y se levantó sobre la superficie una pequeña isla redonda y blanquecina. Era el mismo lugar por donde los hijos de Israel pasaron el Jordán con el Arca de la Alianza y donde Elías dividió con su manto las aguas. Se produjo una gran conmoción entre los presentes: oraban y daban gracias a Dios. Juan y sus discípulos trajeron grandes piedras, que pusieron en el agua, y luego, con ramas, árboles y plantas acomodaron un puente hasta la isla y cubrieron el pasaje con piedras pequeñas y blancas.

Cuando terminaron el trabajo, se veía correr el agua bajo el puente. Juan y sus discípulos plantaron doce árboles en torno de la islita y unieron sus copas para formar un techo con el follaje. Entre estos arbolillos pusieron cercos de varias plantas que nacen muchas a orillas del Jordán. Tenían brotes blancos y colorados, y frutos amarillos, con una pequeña corona, como nísperos. La isla que había surgido en el lugar donde había estado depositada el Arca de la Alianza a su paso por el Jordán, parecía de roca, y el fondo del río, más levantado que en tiempos de Josué. El agua, en cambio, me pareció más profunda; de modo que no sabría decir si el agua se retiró más o la isla se levantó sobre el agua, cuando Juan la hizo comparecer para formar el baptisterio de Jesús. A la izquierda del puente, no en el medio, sino más bien al borde de la isla, hizo una excavación, a la cual afluía un agua clara.

Llevaban a esta fuente algunas gradas; en la superficie del agua había una piedra triangular, plana, de color rojo, donde debía estar Jesús durante su bautismo. A la derecha se levantaba una esbelta palmera con frutos, la cual habría de abrazar Jesús. El borde de esta fuente estaba delicadamente trabajado y todo el conjunto presentaba un hermoso aspecto.

Cuando Josué llevó a los israelitas a través del Jordán, he visto que el río estaba muy crecido. El Arca de la Alianza fue llevada bastante distante del pueblo hacia el Jordán. Entre los doce que la conducían y acompañaban figuraban Josué, Caleb y otro personaje, cuyo nombre suena como Enoi. Llegados al Jordán tomó uno solo la parte delantera del Arca que solían llevar dos; los otros sostenían por detrás y en el instante en que el pie del Arca tocó las aguas, éstas se aquietaron, pareciendo como gelatinas que subían unas sobre otras, formando una muralla o más bien una montaña que se podía ver desde la ciudad de Zarthan. Las aguas que corrían al Mar Muerto se perdieron en el mar, y se pudo pasar a pie enjuto por el lecho del Jordán. Así cruzaron los israelitas que estaban distantes del Arca por el lecho del río. El Arca fue llevada por los levitas aguas adentro, donde había cuatro piedras cuadradas colocadas con regularidad. Eran estas piedras de color de sangre y a cada lado había dos hileras de seis piedras triangulares, planas y trabajadas. Los doce levitas dejaron el Arca de la Alianza sobre las cuatro piedras del medio y pasaron doce por cada lado sobre las otras piedras triangulares que tenían su cono hundido en las aguas. Otras doce piedras triangulares fueron colocadas a distancia: eran muy gruesas, de colores diversos, grabadas con figuras y dibujos con flores. Josué eligió a doce hombres de las doce tribus para que llevaran sobre sus espaldas desnudas estas piedras y a distancia una serie de dos hileras para recuerdo del pasaje. Más tarde se levantó allí una población. Fueron grabadas en las piedras los nombres de las doce tribus y los de los que llevaron las piedras. Las piedras sobre las cuales estuvieron los levitas eran más grandes, y cuando pasaron el río, las piedras fueron vueltas con las puntas hacia arriba.

Las piedras que habían estado fuera del agua, no eran ya visibles en tiempos de Juan Bautista: no sé si fueron destruidas por las guerras o estaban simplemente cubiertas por tierra y escombros. Juan había levantado su tienda en el lugar de ellas. Más tarde hubo una iglesia allí, creo que en tiempos de Santa Elena. El lugar donde

había estado el Arca de la Alianza es exactamente el mismo de la isla y de la fuente donde fue bautizado Jesús. Cuando los israelitas pasaron con el Arca y hubieron erigido las doce piedras, el Jordán volvió a seguir su curso como antes. El agua de la fuente del bautismo de Jesús era de tal hondura que desde la orilla sólo se podía ver desde el pecho cuando estaba un hombre dentro. La profundidad algo escalonada y esta fuente octogonal, que medía como cinco pies de diámetro, estaba rodeada de un borde, cortado en cinco lugares, desde donde podían algunas personas presenciar el acto. Las doce piedras triangulares sobre las cuales habían estado los levitas se alzaban a ambos lados de la fuente bautismal de Jesús con sus puntas hacia arriba fuera del agua. En la fuente del bautismo yacían aquellas cuatro piedras cuadradas coloradas, sobre las cuales había descansado el Arca de la Alianza, debajo de la superficie del agua. Estas piedras aparecían con sus puntas fuera del agua en épocas de bajantes. Muy cerca del borde de la fuente había una piedra triangular, en forma de pirámide, con la punta hacia abajo, sobre la cual estuvo Jesús cuando el Espíritu Santo vino sobre, Él. A su derecha estaba la palmera, junto al borde, a la cual Jesús se sujetó con la mano, mientras a su izquierda estaba el Bautista. La piedra triangular donde estuvo Jesús, no era de las doce: me parece que Juan la trajo desde la orilla. Había allí un misterio porque he visto que estaba señalada con dibujos de flores y estrías [12]. Las otras doce piedras eran también de diversos colores, dibujadas con flores y ramificaciones. Eran más grandes que las llevadas a tierra: me parece que eran al principio piedras preciosas que plantó Melquisedec desde pequeñas, cuando el Jordán no pasaba sobre ellas.

He visto que en muchos lugares hacía esto; ponía los fundamentos de obras que venían luego a ser lugares sagrados o donde sucedían hechos notables, aunque por mucho tiempo quedaran en pantanos o escondidas entre matorrales. Creo también que las doce piedras que llevaba Juan en la fiesta en el escudo del pecho eran trozos de aquellas doce piedras preciosas plantadas por Melquisedec.

XXXIV

Herodes nuevamente con Juan

Cuando Juan volvió al baptisterio fue a verlo nuevamente un grupo de unas veinte personas para pedirle cuenta de su misión. Venían de Jerusalén. Aguardaron en el sitio donde había tenido lugar la fiesta e invitaron a Juan; pero éste no se movió. Al día siguiente he vuelto a verlos a media hora del lugar donde bautizaba Juan; pero Juan no los dejó entrar en el recinto de las tiendas que estaba cercado. Vi luego que Juan, cuando terminó su trabajo, les habló desde cierta distancia: les dijo las cosas de siempre, refiriéndose al que pronto iba a venir al bautismo, a Aquél que era más que él, y al que no había visto aún personalmente. Algunas de sus preguntas, no contestó.

Más tarde he visto a Herodes, montado sobre una cabalgadura, acomodado en una especie de asiento de cajón, y a la mujer de su hermano, con la cual vivía, también montada sobre una cabalgadura, orgullosa y atrevida, vestida con lujo y desvergüenza, que se aproximaban al lugar donde estaba Juan bautizando. La mujer se detuvo a cierta distancia, mientras Herodes bajó de su cabalgadura y se acercó a Juan y comenzó a hablar con él. Herodes litigaba con Juan porque éste le había excomulgado,

prohibiéndole participación en el bautismo y en la salud del Mesías si no dejaba su escandalosa compañía. El rey le presentaba de nuevo aquel escrito en defensa de su proceder. Herodes le preguntó si sabía algo de un tal Jesús de Nazaret, de quien se hablaba mucho en el país y de quien, según había oído, recibía mensajes; si ese Jesús era el Esperado, ya que siempre hablaba de Él. Le exigía le dijese claramente, pues quería tratar su asunto con el Mesías. Juan le contestó que Jesús no le escucharía, como no le escuchaba él su demanda; que era adúltero y como tal sería tratado; que por más que presentara su caso en una forma u otra, se trataba siempre de un adulterio. Cuando Herodes le preguntó por qué le hablaba a la distancia y no se acercaba, contestóle Juan: "Tú eres ciego, y por el adulterio cometido te has vuelto más ciego aún, y cuanto más me acercare a ti más ciego te pondrías. Cuando yo esté en tu poder, harás conmigo lo que más tarde sentirás mucho haber hecho". Con esto anunciaba proféticamente su próxima muerte. Herodes y la mujer regresaron muy contrariados.

Se acerca el momento del bautismo de Jesús. Veo a Juan muy entristecido.

Parecía que su tiempo iba a terminar muy pronto: ya no lo veo tan vehemente en su obra y lo veo perseguido por todos lados. Acudían ya de Jericó, ya de Jerusalén, ya de parte de Herodes, para arrojarlo del lugar del bautismo.

Sus discípulos habían ocupado una parte bastante considerable de los alrededores del bautismo y por eso urgían a Juan que se retirase de allí y pasase al otro lado del Jordán. Los soldados de Herodes llegaron a deshacer hasta cierto punto el cercado, echando a la gente; con todo no llegaron a molestar en la tienda de Juan, entre las doce piedras. Juan habló muy contristado, con el ánimo decaído, con sus discípulos: deseaba ya que acudiese Jesús al bautismo; luego se retiraría de su presencia al otro lado del Jordán

y no permanecería mucho tiempo en su puesto. Sus discípulos se mostraban muy tristes por las cosas que les decía y no querían que los dejase abandonados.

XXXV

Jesús es bautizado por Juan

Cuando Juan recibió aviso de que Jesús se acercaba, cobró nuevos bríos para bautizar. Acudieron grupos de aquéllos a quienes Jesús había exhortado a ir al bautismo, entre ellos publícanos, y he visto a Parmenas con sus parientes de Nazaret. Juan habló a sus discípulos sobre el Mesías y se humilló ante Él de tal manera que aquéllos quedaron contristados. Llegaron también a Juan aquellos discípulos a quienes Jesús había rechazado en Nazaret: he visto a éstos hablando con Juan de Jesús y sus obras. Juan ardía de tal amor por Jesús que casi se manifestaba impaciente de que el Mesías no se declarase más abiertamente. Cuando Juan los bautizó, recibió la seguridad de que se acercaba Jesús. Vio una nube luminosa que envolvía a Jesús y a los suyos, y los vio en visión que se acercaban. Desde entonces se muestra extraordinariamente contento y ansioso y mira con frecuencia hacia el lado de donde vendrá. La islita con la fuente bautismal está toda verde y nadie va a ella fuera de Juan, cuando tiene algo que arreglar: el camino que lleva a ella está ordinariamente cerrado.

Jesús caminaba más ligero que Lázaro y llegó dos horas antes que éste al lugar del bautismo. Era la alborada cuando llegó Jesús al

mismo tiempo que otros. Éstos no lo conocían y caminaban a la par de Él; pero lo miraban con extrañeza, porque veían en Él algo admirable que no podían explicarse.

Había una turba extraordinaria de gente. Juan predicaba con mayor entusiasmo de la proximidad del Mesías y de la necesidad de hacer penitencia.

Decía que pronto él desaparecería. Jesús estaba en medio de los oyentes.

Juan sintió su cercanía, lo veía y se mostraba muy contento y animado; pero no dejó por eso de hablar, y comenzó luego a bautizar. Había ya bautizado a muchos y eran como las diez de la mañana, cuando le tocó el turno a Jesús, que bajó a la fuente. Entonces se inclinó Juan ante Él y dijo: "Yo debo ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a mí?..." Jesús le contestó: "Deja ahora que se haga esto; es menester que cumplamos toda justicia: que tú me bautices y Yo sea por ti bautizado". Jesús añadió: "Tú debes recibir el bautismo del Espíritu Santo y de la sangre". Entonces Juan le dijo que le siguiera a la islita. Jesús dijo que así lo haría añadiendo que deseaba que las aguas con que eran bautizados los demás se dejasen afluir a aquel lugar, que todos los que debían ser luego bautizados fueran allí bautizados, y que el árbol que Él iba a abrazar fuera trasplantado adonde eran bautizados los demás y que todos lo tocasen al ser bautizados. El Salvador pasó con Juan y sus discípulos Andrés y Saturnino sobre el puente de la islita. Jesús se retiró a una pequeña tienda, junto a la fuente, al lado oriental, para vestirse y desvestirse. Los discípulos lo siguieron a la isla. Hasta el puente había gran multitud de gente y en la orilla del río más aún.

En el puente podían permanecer hasta tres hombres: entre ellos estaba Lázaro. La fuente bautismal estaba hecha en una

excavación escalonada, de forma octogonal y tenía debajo un borde de igual forma con cinco canales en el fondo que comunicaban con las aguas del Jordán. El agua llenaba la fuente por medio de entradas cortadas en los bordes. Tres de estas entradas eran visibles en la parte Norte, por donde las aguas entraban y dos salidas estaban cubiertas en la parte Sur de la fuente; por aquí se pasaba y por este lado no se veía el agua rodeando la fuente. Del lado Sur subían unas gradas de hierbas verdes. La isla misma no era del todo plana, sino un tanto más elevada en el medio, rellenada con piedras y partes blandas, todo cubierto de verdor. Los nueve discípulos de Jesús, que en los últimos tiempos estaban con Él, acercáronse a la fuente y permanecieron en el borde. Jesús dejó en la tienda su manto, su faja y su vestido de lana amarilla abierto por delante y cerrado con cintas, una banda de lana más angosta cruzada sobre el pecho, que alzaba sobre la cabeza por la noche o en la intemperie, y quedó con un vestido oscuro, con el cual salió de la tienda, para entrar en el agua, donde, por la cabeza, se quitó también esta prenda de vestir. Tenía, dentro del agua, sólo una banda desde la mitad del cuerpo a los pies. Todos sus vestidos los recibió Saturnino, el cual se los pasó a Lázaro, que estaba al borde de la fuente. Jesús bajó a la fuente, donde quedó cubierto por las aguas hasta el pecho. Con la mano izquierda se asió a la palmera y puso la derecha en el pecho, mientras la faja blanca flotaba sobre las aguas. Juan estaba en la parte. Sur de la fuente; tenía en la mano un recipiente de borde ancho del cual salía el agua por tres aberturas. Se inclinó, tomó agua con el recipiente y la vertió en tres líneas sobre la cabeza del Salvador. Una línea de agua cayó sobre la parte anterior de la cabeza y la cara; otra, en medio de la cabeza, y la tercera en la parte posterior. No recuerdo bien las palabras que dijo Juan al bautizar, pero fueron más o menos éstas: "Jehová, por medio de los Serafines y Querubines, derrame su bendición sobre Ti, con ciencia, inteligencia y fortaleza". No recuerdo bien si fueron estas tres últimas palabras; pero eran tres gracias o dones para el espíritu, el alma y el cuerpo, y allí estaba contenido todo lo que cada uno necesita para presentar al Señor un espíritu, un alma y un cuerpo renovados.

Mientras Jesús salía fuera del agua, los discípulos Saturnino y Andrés, que estaban a la derecha del Bautista, sobre la piedra triangular, sostenían una tela, que pusieron sobre Él para que se secara, y una túnica blanca y larga.

Al detenerse Jesús sobre la piedra triangular roja, a la derecha de la entrada de la fuente, pusieron sus manos sobre sus hombros, y Juan sobre su cabeza.

Hasta entonces se ponía a los bautizados sólo un paño pequeño; pero después del bautismo de Jesús se usó otro más extenso.

XXXVI

La voz del Padre después del bautismo

Cuando estaban por subir las gradas para salir de la fuente se oyó la voz de Dios sobre Jesús, detenido solo en la piedra en oración. Llegó como una ráfaga de viento desde el cielo y un trueno; de modo que todos los presentes se atemorizaron y miraron hacia arriba. Descendió una nube blanca luminosa, y yo vi una figura alada sobre Jesús, que le llenó como un torrente. He visto el cielo abierto, y vi la aparición del Padre celestial en forma y rostro común, y oí la voz que resonaba: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias". Era una voz como dentro del trueno. Jesús

estaba completamente rodeado de luz y apenas se le podía mirar: su rostro era transparente. He visto ángeles en torno de Él.

A cierta distancia, sobre las aguas del Jordán, vi a Satanás en figura oscura, como nube negra, donde se agitaba una confusión de sabandijas y de reptiles de todas clases: era la representación de cómo todo lo malo, todo lo pecaminoso, todo lo ponzoñoso de la región se concentraba allí, en su origen, huyendo de la presencia del Espíritu Santo que se había difundido en Jesús.

Era algo espantoso y horrible, que contrastaba mejor con la claridad y la luz que se difundía en torno de Jesús y del lugar del bautismo. La misma fuente brillaba hasta el fondo; todo estaba como transfigurado. Se veían las cuatro piedras, sobre las cuales había estado el Arca de la Alianza, resplandecer con brillo de regocijo en, el fondo de la fuente, y en las doce piedras donde habían estado los levitas aparecieron ángeles en oración, porque el Espíritu de Dios había dado testimonio delante de todos los hombres sobre Aquél que debía ser la piedra viva, la piedra preciosa elegida, la piedra angular de la Iglesia. De este modo nosotros debemos, como piedras vivas, formar un edificio espiritual y un espiritual sacerdocio, para poder ofrecer a Dios sacrificios aceptables, como sobre un altar, por medio de su Hijo divino en quien sólo encuentra sus complacencias.

Después de esto, Jesús se dirigió a la tienda. Saturnino le trajo sus vestidos, que Lázaro había tenido en custodia, y Jesús volvió a ponérselos. Ya vestido, salió Jesús de la tienda, y, rodeado de sus discípulos, se colocó en el lugar libre de la isla al lado del arbolito central. Entonces Juan habló con viveza y gran alegría al pueblo, dando testimonio de Jesús, diciendo que era el Hijo de Dios y el prometido y esperado Mesías. Para confirmar su testimonio recordó las profecías de los patriarcas y profetas y señaló su cumplimiento, diciendo lo que él había visto y lo que todos habían oído ahora,

agregando que no bien Jesús volviera, después de una ausencia, él, Juan, desaparecería del lugar. Dijo también que en ese lugar había estado el Arca, cuando Israel recibió en herencia la tierra prometida y que ahora se producía el cumplimiento de la Alianza, de lo cual daba testimonio el mismo Dios Padre en su Hijo divino. Recomendóles que siguiesen a Jesús, llamando feliz el día del cumplimiento de la promesa para Israel.

Mientras tanto habían llegado otras personas, entre ellas amigos de Jesús: Nicodemo, Obed, José de Arimatea, Juan Marcos y otros varios que había visto entre la turba. Juan dijo a Andrés que hablase en Galilea del bautismo de Jesús como Mesías. Jesús, por su parte, dio testimonio ele Juan, afirmando que había hablado verdad; añadió que se alejaría por algún tiempo; pero que luego viniesen a Él todos los enfermos y afligidos, pues quería consolarlos y ayudarlos; que se preparasen entretanto con penitencia y buenas obras.

Dijo que se alejaba por algún tiempo para luego entrar en el reino que su Padre le había encomendado. Jesús expresó esto como en la parábola del Hijo del Rey, que antes de cumplir la voluntad de su Padre, quería recogerse, implorar su ayuda y prepararse. Había entre los oyentes algunos fariseos, los cuales tomaron estas palabras en un sentido burlesco, diciendo: "Quizás no sea el hijo del carpintero, como pensamos, sino el hijo bastardo de algún rey, y ahora quiere ir allá, juntar gente y luego venir a tomar Jerusalén". Les parecía todo esto muy curioso e insensato.

En cuanto a Juan continuó ese día bautizando a los presentes sobre la isla de la fuente de Jesús: eran, en su mayoría, de los escasos hombres que fueron más tarde discípulos de Jesús. Entraban en el agua que rodeaba la fuente y Juan los bautizaba desde el borde. Jesús, con sus nueve discípulos y otros que se le agregaron, partió de allí. Le siguieron Lázaro, Andrés y Saturnino.

Habían llenado, por orden de Jesús, un recipiente con el agua del bautismo de Jesús y lo llevaban consigo. Los presentes se echaron a los pies de Jesús, rogándole se quedara con ellos. Jesús les prometió volver muy pronto, y se alejó.

XXXVII

Jesús predica en la sinagoga de Luz

Jesús se dirigió con sus acompañantes hacia un pequeño lugar a un par de horas de Jerusalén: el nombre sonaba como Bethel. Había allí un hospital con muchos enfermos. Jesús entró y tomó algún alimento con sus discípulos. Acudieron muchas personas, que lo saludaron ceremoniosamente como a un profeta, pues ya se sabía lo que Juan decía de Él. Jesús recorrió luego los lechos de los enfermos, los consoló y les dijo que volvería de nuevo y los sanaría si creían en Él. Sanó sólo a un enfermo que estaba en la tercera cámara: hallábase este enfermo muy consumido, tenía en la cabeza llagas y granos. Jesús lo bendijo y le mandó que se levantara. El hombre se levantó al punto y se hincó delante del Salvador. Saturnino y Juan bautizaron aquí a algunas personas. Jesús mandó traer un recipiente de agua grande, donde podía caber un niño y lo hizo colocar sobre una tarima de la habitación; bendijo el agua, y con una ramita esparció algo dentro de ella: creo que fue el agua traída de la fuente de Jesús. Los bautizandos se cubrían hasta el pecho, se inclinaban hacia la fuente, y Saturnino los bautizaba. Decía palabras que Jesús le había enseñado; pero ya no las recuerdo claramente.

Jesús celebró aquí el Sábado y después envió a Andrés a Galilea.

Jesús entró en una ciudad que se llama Luz; fue a la sinagoga, donde hizo una larga explicación declarando cosas ocultas de la santa Escritura, que eran figuras de las presentes. Recuerdo que dijo, hablando de los hijos de Israel, que después que hubieron pasado el Mar Rojo anduvieron peregrinando tanto tiempo en el desierto por causa de sus pecados; más tarde pasaron el Jordán y entraron en la tierra prometida; que había llegado el tiempo en que esto era realidad en el bautismo del Jordán. Entonces era sólo una figura: ahora debían permanecer y cumplir los mandamientos de Dios, para entrar en la tierra prometida de la celestial Jerusalén y ciudad de Dios. Ellos pensaban en una Jerusalén libertada del yugo de los romanos. Habló del Arca de la Alianza y de la severidad de la antigua Ley, pues quien se acercaba al Arca recibía la muerte. Ahora se ha cumplido el tiempo de la Ley y vino el tiempo de la Gracia, que trae el Hijo del Hombre. Dijo que ahora era el tiempo en que el ángel lleva a Tobías a la tierra prometida, el cual había estado tanto tiempo viviendo fiel a los mandamientos de Dios, como prisionero. Habló también de la viuda Judit, que cortó la cabeza al ebrio Holofernes y libró a la oprimida Betulia: ahora habría de crecer y prosperar aquella Virgen, que existe desde la eternidad, y muchos soberbios Holofernes que oprimían a Betulia, habrían de caer. Aludía a la Iglesia y a su triunfo sobre los príncipes soberbios de este mundo. Jesús recordó muchos hechos semejantes que ahora tendrían cumplimiento. Nunca decía: "Yo soy Ése". Hablaba siempre en tercera persona. Refirióse también a las normas para seguir la ley, de que modo debían dejarlo todo y no tener preocupación demasiada por lo temporal, porque era mucho más importante ser regenerado y nacido de nuevo que andar en busca de la comida; que, por lo demás, si estaban regenerados por el agua y el Espíritu Santo, el mismo que los había hecho renacer cuidaría de su alimento y vestido. Dijo que los que quisieran seguirle debían dejar a sus parientes y abstenerse de mujeres,

porque no era tiempo de sembrar sino de recoger. Habló también del pan del cielo.

Todos lo escuchaban respetuosos y admirados, pero todo lo entendían de modo material y corporal. Aquí se despidió Lázaro; los otros amigos de Jesús se habían despedido en el Jordán. Las santas mujeres, que estaban en Jerusalén, en casa de Susana, se pusieron en marcha a través del desierto.

Jesús con sus discípulos partió de Luz hacia el Sur, atravesando el desierto.

Durante el camino, mientras Jesús y sus discípulos pasaban entre una hilera de datileros, éstos tuvieron escrúpulo de juntar y comer los frutos que habían caído en tierra. Jesús les dijo que los comiesen tranquilamente y que no fuesen tan miedosos y meticulosos; que cuidasen la limpieza del alma en sus conversaciones y en sus acciones, y no tanto en las cosas que son para comer. En este viaje vi que Jesús visitó a unos diez enfermos en unas casitas desparramadas: a algunos los consoló y a otros los sanó. Algunos de ellos le siguieron después.

XXXVIII

Jesús en Ensemes

He visto a Jesús llegar a un pequeño pueblo llamado Ensemes, donde le salieron al encuentro algunas personas, ya avisadas de la llegada del nuevo profeta. Lo rodearon muchos, con sus criaturas tomadas de la mano, lo saludaron con solemnidad y se echaron a sus pies humildemente. Jesús los levantaba familiarmente, con bondad. Lo llevaron a su casa gente de noble alcurnia. Los fariseos lo llevaron a su escuela: eran bien intencionados y se alegraban de tener a un profeta entre ellos. Pero cuando supieron por los discípulos que era hijo de José, el carpintero de Nazaret, comenzaron a advertirle detalles que a ellos no les parecía bien. Creían que era profeta, y cuando Jesús habló del bautismo, preguntaron ellos, para tener motivo sobre qué murmurar, cuál de los dos bautismos era mejor: el de Juan o el suyo.

Jesús les repitió lo que el Bautista había dicho de su bautismo y del bautismo del Mesías, y añadió que el que despreciaba el bautismo de Juan, despreciaría también el del Mesías. Con todo, Él nunca decía: "Yo soy", sino que hablaba en tercera persona, o como dice en el Evangelio: "El Hijo del hombre". En la casa donde se alojó tomó su alimento y oró con sus discípulos antes de ir al descanso. De Ensemes partió con sus acompañantes a través del torrente Cedrón, en la Judea. Casi siempre iba por caminos pocos frecuentados y cruzaba los valles, que habían recorrido María y José cuando fueron a Belén. Ahora hay mucha neblina en el país y hace bastante frío: veo a veces nieve o rocío y helada en los valles; pero en la parte donde hiere más el sol todo se presenta verde y hermoso. Aun cuelgan frutos de los árboles. Durante el camino veo a Jesús y a sus discípulos comer de estos frutos.

Evita entrar en las grandes ciudades, porque en todas partes ha corrido la fama de las cosas sucedidas en su bautismo y del testimonio de Juan. También en Jerusalén se advierte alarma por estos acontecimientos. Jesús quiere presentarse sólo después de su vuelta del desierto de Galilea, y si anda ahora por estos lugares es por amor a los enfermos o para mover a otros al bautismo. No va

siempre con todos sus discípulos: a veces no veo más que a dos de ellos con Él. Los otros se desparraman por las calles por donde pasan y rectifican lo que se dice de Jesús. En general están entusiasmados con Juan y creen que Jesús es sólo un ayudante del Bautista; y así le llaman su ayudante. Los discípulos les cuentan la aparición del Espíritu Santo .y la voz que oyeron del Padre y repiten lo que Juan dice de sí mismo: que él no es sino el precursor y preparador de los caminos, y por eso es tan recio y severo como quien dispone el camino. Por esta causa acuden a veces a Jesús los pastores y tejedores de estos valles, que oyen a Jesús bajo los árboles o galpones, y se echan a sus pies, mientras Jesús los bendice y los exhorta al bien. Mientras andan explica Jesús a sus discípulos que las palabras que han oído del Padre: "Este es mi Hijo amado", las dice también para todos los que reciben sin pecado el bautismo del Espíritu Santo.

Esta comarca es la misma que recorrieron José y María cuando fueron a Belén. José conocía mejor estos lugares porque su padre había tenido campos de pastoreo. José habíase apartado como de un día y medio de Jerusalén para evitar las grandes ciudades y por pequeñas etapas prefería pasar por estos lugares, donde las chozas de los pastores estaban más unidas. Mucho le costaba a María estar cabalgando largo tiempo, como también andar a pie. La población principal a la que ahora se dirige Jesús estaba formada por dos casas de pastores, a las cuales habían llegado antes José y María. Se detuvo primero en aquella casa donde había sido mal recibida la Virgen. El dueño de casa era un anciano grosero. Ahora tampoco quería recibir a Jesús. Tenía el aire como el de algunos de nuestros campesinos de hoy, que parecen decir: "¿Qué me importa a mí todo esto? Yo pago los derechos y voy a la iglesia". Por lo demás, viven luego como quieren. Así decían aquellas gentes:

¿Para qué necesitaban todo esto? Tenían la ley de Moisés, ésta la había dado Dios y no necesitaban más. Jesús les habló de la hospitalidad y de la caridad con el prójimo, que los antiguos

patriarcas habían ejercitado. ¿Dónde, en efecto, estarían la bendición y la ley, si Abrahán no hubiese recibido al ángel que se las traía?... Les expuso luego esta parábola: Quien rechaza a una madre, que trae al hijo en su seno, cansada, golpeando a su puerta, y se burla del hombre que amigablemente le pide hospedaje, ése rechaza también la salud que el Hijo le trae. Jesús dijo esto tan claramente que parecía un rayo que hería el corazón del hombre duro. Esta era la casa donde José y María habían sido despedidos sin piedad. He reconocido muy bien la casa. Los viejos de ella tuvieron grandísima confusión, porque sin que Jesús nombrase a José y a María, les dio a entender todo lo que ellos habían hecho con la Sagrada Familia. Entonces uno de ellos se echó a los pies de Jesús, y le pidió se hospedase con él, pues seguramente, dijo, es un profeta Aquél que sabe todo lo que sucedió aquí treinta años atrás. Jesús no tomó alimento en su casa, como el hombre deseaba, y dijo, enseñando a los pastores reunidos, que muchas cosas que se hacen son preparación y semilla de otras que se harán, y que el arrepentimiento y la penitencia pueden destruir las raíces de los malos sentidos por el bautismo del Espíritu Santo, que hace renacer al hombre y llevar frutos de vida eterna.

De aquí salió recorriendo otros valles, enseñando en diversos lugares. Algunos poseídos gritaban a su paso, pero callaban cuando Él lo mandaba. Jesús llegó a otra casa de pastores, sobre una altura, donde también había estado la Sagrada Familia en su paso a Belén. El dueño tenía gran cantidad de ganado. A lo largo del valle vivían pastores y fabricantes de tiendas. Habían tendido grandes lonas como toldos y trabajaban al aire libre de común concierto. Había ganado y animales silvestres; las palomas andaban en grandes bandadas, como las gallinas, en torno de la casa, como también otras aves grandes de larga cola. En el campo veíanse muchos corzos con pequeños cuernos: eran domésticos y se mezclaban con el ganado. Aquí fue recibido Jesús muy amistosamente. La gente de la casa, los vecinos y los niños le salieron al encuentro y se arrodillaban ante Él. Había algunos jóvenes en la casa, hijos del anciano que aún vivía y que había

hospedado a José y a María; era de pequeña estatura, inclinado y caminaba con un bastón. Jesús tomó algunos alimentos, frutas y verduras, que se mojaban en salsa, y comieron pequeños panes al rescoldo. Esta gente era muy piadosa e instruida.

Llevaron a Jesús a la misma cámara donde habían hospedado a María, que habían convertido en lugar sagrado de oración. Constituía sólo una repartición de la casa, pero la habían aislado haciéndole un camino; habían deshecho los cuatro ángulos de la casa, formando un octógono, y el techo lo habían recogido en un cono truncado. Colgaba una lámpara y en medio del techo había una abertura que podía abrirse a voluntad. Delante de la lámpara había una mesa angosta semejante a un banco de comunión, entre nosotros, donde se podía rezar apoyado al banco. Todo estaba limpio y ordenado como una capilla. El anciano llevó a Jesús y le mostró el lugar donde había descansado su Madre y donde su abuela Ana también se había hospedado en su paso a Belén, cuando fue a visitar a María en la gruta de Belén. Esta gente sabía del nacimiento de Jesús, de la adoración de los Reyes Magos, de la profecía de Simeón y Ana en el templo, de la huida a Egipto y de la enseñanza del Niño Jesús en el templo. Algunos de estos días los festejaban con oraciones en este lugar, creyendo, esperando y amando con fidelidad. Preguntaban a Jesús con simplicidad: "¿Cómo será esto? En Jerusalén, entre los grandes, se dice que el Mesías será un rey de los judíos, que restituirá la grandeza del reino y lo librará del yugo de los romanos. ¿Será esto así como lo dicen ellos?" Jesús les declaró todo en la parábola de un Rey que manda a su Hijo para ocupar el trono, restablecer el santuario y librar a sus hermanos del yugo; pero que ellos no reconocerían al Hijo enviado, lo perseguirían y maltratarían... pero que Él sería levantado, y así los atraería a todos al reino celestial de su Padre, si guardaban sus mandamientos. Fue mucha gente con Jesús al lugar de oración y Él enseñó y sanó a algunos enfermos. El anciano pastor llevó a Jesús a casa de una vecina, que desde hacía años estaba en cama enferma de gota. Jesús la tomó de la mano y le mandó que se levantase. Ella al punto obedeció, se hincó y le acompañó hasta la

puerta. Andaba encorvada como la suegra de Pedro. Jesús se hizo llevar luego a un valle profundo donde había muchos enfermos: sanó a algunos y consoló a todos.

Los curados fueron sólo unos diez.

Juan bautiza aún y va mucha gente a él. El árbol que tocó Jesús durante su bautismo fue trasplantado al medio de la gran fuente y está verde y hermoso. Esta fuente bautismal tiene gradas desde la orilla y varias lenguas de tierra que se internan hasta el lago. La gente va pasando una tras otra; entran por un lado y salen por el opuesto.

Cuando Jesús dejó la casa del pastor, que está como a cinco horas de Belén, lo acompañaron algunos hombres, parientes de aquellos pastores que habían visitado a Jesús en el pesebre. Por esto se mostraban tan bien dispuestos con Jesús. El Salvador y sus discípulos anduvieron por muchos recovecos y reunieron, aquí y acullá, grupos de pastores y trabajadores, a quienes Él enseñaba con parábolas y comparaciones de sus propios oficios. Los exhortó aún a ir al bautismo de Juan y a la penitencia, y les habló de la proximidad del Mesías y de la salud. En una ladera' del monte, en un buen lugar del camino de Jesús, he visto a la gente trabajando en faenas de campo: en los viñedos y en los trigales. Vi llevar trigo, arar y sembrar, pues esa región es muy fértil, aunque en otras veo heladas y nieve en los valles. El trigo no estaba en gavillas, sino que era cortado bajo la espiga un medio pie y los manojos estaban atados de tal manera por medio que a ambos lados salían las espigas. Estos atados yacían en montones juntos. Los campesinos no llevaban estos atados a sus casas, como en tiempo de la cosecha terminada: quedaban allí formando pequeñas montañas, y ahora, que comienza el tiempo de las lluvias, eran cubiertas con heno mientras preparan de nuevo los campos. Los granos eran

cortados con una cuchilla curvada, el heno amontonado y emparvado luego.

Cuando lo llevaban dentro lo hacían sobre unos carritos que tiraban cuatro hombres. El heno lo tenían en hileras y arrollado en paquetes, quizás para quemar. En otras partes araban con arados sin ruedas y lo tiraban los hombres. El arado que veía era a modo de un trineo con tres tramos cortantes, agravados con pesos; entre ellos estaba el yugo; no era generalmente guiado, y lo tiraban personas o asnos. Araban a lo largo y de través. Sus rastras eran triangulares, con la parte ancha adelante y marchaban muy bien. Donde la tierra era pedregosa arañaban un poco, y algo crecía también allí. Los sembradores tenían las bolsas de semillas delante y atrás, a veces sobre el pescuezo con los dos cabos caídos sobre el pecho. He visto sembrar ajo y una planta con grandes hojas, que creo la llaman durra. Los discípulos reunían a estos trabajadores en los caminos y Jesús les hablaba en parábolas sobre arar, sembrar y cosechar. A los discípulos les decía que debían sembrar por medio del bautismo, y designó a algunos, entre ellos a Saturnino, para que bautizasen en el Jordán por algún tiempo. Les dijo que esto será la semilla y luego cosecharían ellos después de dos meses, como las gentes que sembraban aquí. Habló de la paja, que sería destinada al fuego. Mientras Jesús enseñaba, vino una turba de trabajadores desde Sichar: tenían palas, hachas y largos palos; parecían esclavos que trabajaban en una obra pública y se dirigían ahora a sus casas. Quedaron muy sobrecogidos, no atreviéndose a unirse a los judíos y escucharon desde cierta distancia. Jesús los llamó diciéndoles que su Padre celestial los llamaba a todos por medio de Él, hablando de la igualdad de todos ante Dios, de los que hacen penitencia y se bautizan, Estos pobres hombres se conmovieron tanto al ver la mansedumbre y la bondad de Jesús, que le rogaron de rodillas quisiera ir con ellos a Samaria a ayudarles. Jesús les contestó que iría después, que ahora tenía que aislarse para prepararse a entrar en el reino al que su Padre celestial le había mandado. Los pastores lo llevaron por otros caminos que había

recorrido su santa Madre. Como Jesús conocía mejor que ellos estos caminos, le decían:

"Señor, Tú eres un profeta y un buen Hijo, puesto que conoces bien los pasos de tu santa Madre y los vas recorriendo". Después de haber enseñado y exhortado, Jesús se encaminó hacia el pueblo de Bethabara. Era de tarde cuando llegó con sus discípulos, y al aire libre subió a una tribuna para la enseñanza que estaba a la sombra de los árboles. Congregáronse muchos oyentes y mostraron buenos sentimientos con Jesús.

XXXIX

Jesús en el valle de los pastores de Belén

Jesús, acompañado por muchos oyentes, se dirigió al valle de los pastores, como a tres horas y media de camino de este lugar. Lo vi con sus discípulos bajo una techumbre donde comían bayas coloradas y granos que habían recogido. Los discípulos se desparramaron en distintas direcciones y Jesús les señaló el sitio donde volverían a reunirse con Él. Los discípulos exhortaban a las gentes al bautismo y les hablaban de Jesús; algunos hombres fueron con ellos hasta el lugar señalado por Jesús. Jesús iba por caminos y vericuetos. Lo he visto a menudo pasar la medianoche en oración sobre colinas solitarias; así ocupaba el tiempo de sus viajes. He oído que los discípulos decían a Jesús que no se arruinase la salud con su vida tan dura, con su caminar descalzo, con sus ayunos y velas nocturnas, con estos fríos y tiempos

húmedos. Jesús los oyó con bondad, pero continuó su vida mortificada como siempre. En la alborada he visto a Jesús con sus discípulos subir por la ladera de una montaña en el valle de los pastores. Los habitantes de los alrededores ya tenían noticias de su venida. Todos estaban bautizados por Juan y algunos de ellos habían tenido como visiones y prevenciones de la llegada de Jesús y vigilaban siempre por donde debía llegar el Salvador.

Lo vieron resplandeciente, lleno de luz, bajar de la montaña hacia su valle.

Muchas de estas personas sencillas tenían dones extraordinarios. Tocaron en seguida un cuerno llamando la atención de los que vivían lejos, para que se congregaran. Seguían esta costumbre en toda ocasión solemne. Todos acudían al encuentro del Señor, y se arrojaban a su paso, avanzando humildemente el cuello en señal de sumisión, mientras sostenían en las manos sus largos bastones de pastor. Llevaban jubones cortos de piel de ovejas, abiertos algunos en el pecho; les llegaban hasta las rodillas. Sobre los hombros tenían sacos atravesados. Saludaron al Salvador con palabras de los salmos, que se referían a la venida del Mesías y la acción de gracias de Israel por el cumplimiento de las profecías. Jesús se mostró muy bondadoso con ellos y les habló de su estado dichoso. Enseñaba en una u otra de las chozas que estaban a lo largo del valle de los pastores; sus enseñanzas iban acompañadas de comparaciones del pastor y las ovejas.

Después, acompañado por ellos mismos, se trasladó hasta la torre de los pastores en Belén, construida en medio del valle, sobre una altura, con un fundamento de gruesas piedras. Se componía de un parapeto bastante alto de tirantes y estaba reforzado con árboles de hojas perennes. Colgaban esteras de él y tenía escalones desde afuera para subir a las galerías y de tanto había pequeñas garitas de observación. A la distancia tenía el aspecto de un buque alto con

velas extendidas y guardaba semejanza con las torres que vi en el país de los Reyes Magos usadas para observar las estrellas. Desde esa torre veían toda la comarca, se distinguía a Jerusalén y aún la montaña de la tentación de Jesús. Los pastores observaban desde esta torre el camino y el ganado y vigilaban las posibles irrupciones de ladrones, pues desde allí daban aviso a los habitantes del valle. Los demás pastores vivían con sus familias en un circuito a cinco horas de camino de la torre; tenían sus campos, jardines y huertas. El lugar de la torre era el de las reuniones generales; tenían allí el depósito de sus herramientas y acudían a recibir los alimentos. A lo largo de la colina había chozas y casitas y había una casa o galpón muy amplio, donde vivían las mujeres que preparaban la comida para los pastores.

Estas mujeres no salieron con ellos al encuentro de Jesús; más tarde recibieron la visita de Jesús y sus enseñanzas. Había unos veinte pastores, a los cuales habló Jesús de su dichoso estado y les dijo que los visitaba porque ellos habían querido visitarle en su cuna en el pesebre y le habían demostrado amor a Él y a sus padres. Les habló en parábolas del pastor y las ovejas, diciendo que Él era también pastor que tenía otros pastores que debían reunir a las ovejas, cuidarlas, sanarlas y guiarlas hasta el final de los tiempos.

Los pastores a su vez narraban cosas del anuncio de los ángeles, de María y José y del Niño recién nacido. También ellos habían visto en la estrella que estaba sobre el pesebre, la imagen del Niño. Narraron de los Reyes Magos y cómo éstos desde su país habían visto la torre en las estrellas y se refirieron a los muchos dones que habían dejado los Reyes en su venida; que habían empleado muchas cosas de las recibidas por ellos aquí en la torre, en las chozas y en sus viviendas. Había hombres de edad que habían intervenido en todos estos acontecimientos cuando jóvenes y habían ido al pesebre de Belén: éstos contaban las cosas que habían presenciado.

Jesús y sus discípulos fueron conducidos por los pastores cerca de Belén, a la vivienda de los hijos de los tres pastores más ancianos, ya difuntos, a los cuales el ángel se les había aparecido primero y que fueron a adorar al Niño recién nacido. Los sepulcros de éstos no estaban lejos de sus viviendas, como a una hora de camino de la gruta del pesebre. Tres de estos hijos, ya de edad, vivían allí y eran muy respetados. Esta familia era como guardiana de los demás, como lo eran los tres Reyes Magos entre su gente. Recibieron a Jesús con mucha humildad y lo llevaron al sepulcro de sus padres, en una colinita donde crecía la vid: se levantaba aislada y tenía en torno una techumbre debajo de la cual se podía andar en subterráneos; arriba estaba la sepultura de los ancianos, que recibía luz por una abertura superior. Las tres sepulturas estaban en el suelo en estas posiciones, y tenían puertas. Los pastores abrieron las puertas, y yo vi los cadáveres envueltos y sus rostros resecos y ennegrecidos. El espacio entre las tres sepulturas estaba rellenado con piedrecitas bien dispuestas. Dentro de los sepulcros estaban sus cayados pastoriles. Los pastores mostraron a Jesús el tesoro que tenían guardado allí mismo consistente en objetos de valor regalados por los Reyes Magos, que aún les había quedado. Consistía este tesoro común en plaquitas de oro y en géneros entretejidos de oro. Preguntaron a Jesús si lo debían llevar al templo, y Jesús les dijo que lo guardasen para la comunidad cristiana, que sería el nuevo templo, añadiendo que un día se levantaría una iglesia sobre este sepulcro. Esto lo he visto realizado por Santa Elena. La colina era el principio de una serie de montañas de viñedos que se extendían hasta Gaza y servía de común sepultura para los pastores del lugar. De aquí lo llevaron los pastores al lugar de su nacimiento en la gruta del pesebre, como a una hora de camino, por un hermoso valle por donde corrían tres sendas entre árboles frutales. Durante el camino contaban los pastores la escena del Gloria in excelsis. En esta ocasión he visto estas escenas renovadas. Los ángeles aparecieron en tres lugares: primero, a los tres pastores; la noche siguiente, en la torre de los pastores, y luego, en el pozo del lugar donde Jesús ayer fue recibido por los pastores. Junto a la torre de los pastores aparecieron en mayor número ángeles hermosos y grandes

personas sin alas. Los pastores llevaron a Jesús también a la gruta de Maraha, la nodriza de Abrahán, junto al gran terebinto.

XL

La gruta del pesebre, lugar de oración y de peregrinación para los pastores

El camino a la gruta del pesebre sigue por el lado del Mediodía, por el cual no es fácil llegar a Belén, porque no hay camino directo. La ciudad apenas se veía por este lado: estaba como separada por gruesas murallas en ruinas y por escombros, donde había hondas depresiones entre ella y el valle de los pastores. La entrada más cercana a la ciudad estaba por el lado de la puerta del medio que llevaba hacia Hebrón. Desde este punto se debía caminar hacia el Oriente en torno de la ciudad, si uno quería llegar a la comarca de la gruta, unida al valle de los pastores, y desde el cual, sin tocar a Belén, se entraba en esta región. La gruta del pesebre, como las grutas adyacentes, pertenecían a los pastores, y desde un principio las usaron para refugio de los animales y para sus utensilios de labranza, y ninguno de Belén tenía en este lugar propiedades ni derechos de tránsito ni senderos. José, que había tenido su casa solariega en la parte meridional, había tratado varias veces cuando niño con estos pastores, para ocultarse de las molestias de sus hermanos o para entregarse más tranquilamente a la oración.

Cuando los pastores fueron a la gruta con Jesús, estaba ya bastante cambiada. Habían convertido el lugar en sitio de oración y

devoción, nadie debía entrar y por esto habían hecho en derredor del pesebre un cerco de reja y la misma gruta la habían agrandado. Desde la entrada habían hecho varias habitaciones hacia dentro, en la roca, a modo de las celdas conventuales.

Colgaban de las paredes algunas colchas de los Reyes Magos y en el piso había alfombras de la misma procedencia; eran de varios colores y adornos, especialmente figuras de pirámides y torres. Desde estos pasajes laterales de la gruta habían hecho dos escaleras que llevaban al techo, de donde habían quitado el cobertor con dos ventanas transversales, convirtiéndolo en una cúpula que dejaba entrar la luz. Desde una de estas escaleras podían subir a la montaña y dirigirse a Belén. Estos cambios y comodidades las hicieron con los regalos que les dejaron los Reyes Magos en su paso por la comarca.

Era el principio de la festividad del sábado cuando llevaron a Jesús. Habían encendido las lámparas que estaban en la gruta. El pesebre estaba conservado como antes. Jesús les señaló lo que ellos no sabían: el lugar exacto donde nació. Tuvo aquí mismo una conversación instructiva con ellos, y celebraron el sábado. Les dijo que su Padre celestial había preelegido desde la eternidad este lugar cuando María lo engendró, y yo tuve conocimiento de varios hechos preanunciantes del Antiguo Testamento, referentes a este lugar.

Abrahán y Jacob habían estado en este mismo sitio, y Set, el hijo prometido en lugar de Abel, nació en esta gruta de Eva, que había hecho siete años de penitencia. Aquí mismo el ángel se le había aparecido a Eva anunciándole que le sería dado a Set por Abel. Set estuvo aquí largo tiempo escondido por la envidia de los suyos y fue tenido en la gruta de la nodriza Maraha y alimentado mucho tiempo, porque sus hermanos lo perseguían, como los hijos de Jacob al inocente José. Los pastores llevaron también a Jesús a la otra gruta

donde María estuvo oculta algún tiempo por temor de los soldados de Herodes. La fuente que había brotado en el nacimiento de Cristo la habían arreglado y usaban de sus aguas en las enfermedades. Jesús les dijo que llevaran de esa agua consigo. Después de esto lo he visto visitar cada una de las chozas de los pastores.

He visto a Saturnino bautizar a varios ancianos que no podían ir al bautismo de Juan. He visto que al agua de la fuente del bautismo de Jesús de la isla del Jordán, mezclaban esta agua de la gruta del pesebre. En el bautismo de Juan había siempre antes una confesión general de los pecados. En el nuevo bautismo de Jesús se confesaban los pecados en particular, se arrepentían y recibían el perdón. Los ancianos se hincaban y recibían el agua del bautismo desvestidos hasta medio cuerpo. Inclinaban la cabeza sobre un gran recipiente, donde se les derramaba el agua. En este bautismo usaban las palabras de Juan, porque oí el nombre de Jehová y el don de las tres gracias, pero añadían el nombre del Mesías.

XLI

Jesús visita las posadas donde descansó la Sagrada Familia en su huida a Egipto

Jesús pasaba a veces las noches en oración solitaria. Cuando se disponía a despedirse de los pastores dijo a sus discípulos que deseaba hacer una visita a las gentes que habían albergado y socorrido a María y José cuando huían a Egipto; que tenía que curar algún enfermo y convertir algún pecador. Dijo que ninguna pisada de sus padres quedaría sin ser bendecida y visitada. A todos los que entonces les ayudaron, socorrieron y mostraron amor, quería visitarlos y llevarles la salud. Toda demostración de benevolencia era una parte de la obra de la redención y quedaría por la eternidad.

Añadió que así como Él ahora visitaba y agradecía a los que habían demostrado amor y benevolencia hacia María y José, así mismo su Padre celestial pensará en todos aquéllos que benefician a uno de los más pequeñuelos de sus hermanos. Citó a sus discípulos para encontrarse en un lugar cerca de la montaña de Efraim, donde se reuniría a ellos después de su viaje.

He visto a Jesús andando solo por los confines del territorio de Herodes, hacia el desierto de Anim y en Enganim, a un par de horas del Mar Muerto, atravesando una región algo salvaje, pero no infructuosa ni estéril. Pastaban allí muchos camellos; conté unos cuarenta y estaban como en corrales.

Había una posada para los viajeros que atravesaban el desierto, hacia donde Jesús se dirigía. En el trayecto vi galpones y chozas, unos junto a las otras.

Este lugar tenía el último sitio de hospedaje en el territorio de Herodes que usó la Sagrada Familia en su huida a Egipto, y aunque era gente de mal vivir y hasta aún había ladrones entre ellos, recibieron bien a la Sagrada Familia.

En la cercana ciudad vivía también mucha gente de avería, que se había retirado allí después de una guerra.

Jesús pidió hospedaje en una casa cuyo dueño se llamaba Rubén, hombre de unos cincuenta años, que en la huida a Egipto había estado ya allí. Cuando Jesús le habló y le miró, fue como sí un rayo penetrara en su pecho. La palabra de Jesús fue para él como una bendición y el saludo como una salud.

El hombre dijo: "Señor, me parece que viene contigo a mi casa como la tierra prometida". Jesús le dijo que" si creía en el cumplimiento de la venida del Mesías y no rechazaba su realidad, sería partícipe de la tierra prometida.

Le habló de las buenas obras y de sus consecuencias. Añadió que Él venía a su casa a traerle la salud, puesto que él había recibido bien a su Madre y a su padre adoptivo en esa misma casa treinta años atrás, en su huida a Egipto.

Así ésta como toda obra buena lleva siempre su consecuencia, del mismo modo las malas llevan sus malas consecuencias. El hombre se echó a los pies de Jesús humildemente, diciendo: "Señor, ¿cómo puede ser que Tú vengas a mi casa siendo yo un hombre perdido y miserable?..." Jesús le declaró que venía para quitar los pecados y purificar al hombre. El otro seguía hablando de su miseria moral, y como todos los del lugar eran más o menos de la misma clase. Agregó que sus nietos estaban enfermos y contrahechos y en estado miserable. Jesús le contestó que si creía en Él y se dejaba bautizar, daría también la salud a sus nietos. El hombre lavó los pies a Jesús y le presentó lo que tenía para que comiera. Cuando se acercaron sus vecinos, les dijo quién era Jesús y lo que le había prometido. Había entre ellos un pariente llamado Isacar. Llevó luego a Jesús para que viera a sus nietos, de los cuales uno estaba

leproso, y otro baldado y contrahecho. También visitó algunas mujeres enfermas. Mandó a estas criaturas que se levantasen, y cuando lo hicieron se encontraron sanas. Mandó preparar un baño; trajeron un gran recipiente con agua y lo pusieron debajo de un techado. Jesús tomó agua de un recipiente, de los cuales tenía dos, sujetos a la correa de su vestido, y derramó un poco de esa agua del Jordán en el recipiente grande, y lo bendijo. Los hombres se lavaron allí, y salían sanos y limpios de sus enfermedades, y daban gracias al Señor. Jesús no los bautizó: este lavado era como un bautismo de necesidad, y los exhortó a bautizarse en el Jordán. Como preguntaran si las aguas del Jordán tenían la virtud de sanar las enfermedades, les respondió: "El camino del Jordán está medido y fundado, y todos los lugares santos de esta tierra están predestinados, antes que existieran hombres y antes que existieran el Jordán y la tierra, por mi Eterno Padre".

Añadió cosas muy admirables a todo esto. Con las mujeres habló del matrimonio: les recomendó la continencia y la pureza de costumbres. Les dijo que la miseria de la gente de la comarca y las enfermedades de las criaturas, eran consecuencias de las malas uniones. Habló de la culpa y de la responsabilidad de los padres en las miserias y males de sus hijos: corrió esta culpa y estos males se deben atajar y aminorar con la penitencia. Luego habló del renacimiento del hombre por medio del bautismo de penitencia. Después conversó con todos acerca de lo que habían hecho sus padres con la Sagrada Familia cuando pasaron por allí y enseñó donde los habían hospedado y dado de comer. Tenían en su huida a Egipto un asno y una asnilla. Jesús les mostró estos hechos como señales de su actual paso del pecado a la salud.

La gente preparó a Jesús una comida lo mejor que pudo. He visto que presentaron una leche espesa como queso fresco, miel, pequeños panes al rescoldo, aves y uvas.

Acompañado por algunos hombres del lugar salió Jesús de Anim por otro camino y llegó por la noche a un lugar montañoso donde se extendía un valle agreste con muchos barrancos. El lugar y la montaña se llamaban Efraim o Ephron. La montaña se dirigía a Gaza. Jesús salía de la región de Hebrón.

Algo lejos del camino se veía una población medio en ruinas, con una torre, llamada algo así como Malaga. (Quizás sea Molada; Flavio Josefo la llama Malatha). Alrededor del lugar, como a una hora de camino, está el bosque de Mambré, donde los ángeles trajeron a Abrahán la promesa del hijo Isaac.

Cerca de allí están la cueva que Abrahán compró a Ephron Hetita, donde estuvo su sepulcro, y el paraje donde tuvo lugar el combate de David contra el gigante Goliat. Jesús, a quien ya habían dejado sus acompañantes, anduvo por el lado donde estaba edificada la ciudad, y en el valle agreste lo encontraron los discípulos a quienes había dado cita. Los llevó a una gruta agreste, pero espaciosa, donde pasaron la noche. Era la sexta parada de la Sagrada Familia en su huida a Egipto. Jesús decía estas cosas a sus discípulos, mientras éstos frotaban una madera dura contra otra y sacaban chispas para el fuego. Les dijo que ese lugar era sagrado; que allí se detenía a menudo un profeta para orar: creo que Samuel. David había guardado las ovejas de su padre y había orado en esta cueva y recibido ahí mandatos de un ángel; y mientras estaba en oración le llegó el mandato de matar al gigante Goliat.

La Sagrada Familia había llegado muy cansada y oprimida; María estaba tan triste que había llorado. Padecían toda clase de privaciones, porque huían por caminos inhospitalarios, evitando las ciudades y las posadas de los caminos públicos. Allí pasaron un día entero descansando de sus fatigas. Sucedieron allí algunos prodigios para su consuelo: saltó agua de una roca de la gruta y una cabra silvestre se acercó dejándose ordeñar. Jesús habló a sus

discípulos de los grandes trabajos que les esperaba a ellos y a todos los que le siguen a Él, de los trabajos que pasó su Madre y de la bondad y misericordia de su Padre celestial. Les anunció que un día se levantaría allí una iglesia, y bendijo el lugar como si lo consagrase. Tenían frutas y pequeños panes que habían traído los discípulos, y comieron.

XLII

Jesús se dirige a Maspha a casa de un pariente de San José

Cuando Jesús y sus discípulos abandonaron la gruta se encaminaron en dirección de Belén; entraron en algunas casas del otro lado de Ephron y en una posada tomaron alimento y descanso, lavándose los pies. La gente era buena y se mostró curiosa. Jesús enseñó sobre la penitencia, la venida de la salud y su seguimiento. Ellos le preguntaron por qué su santa Madre había hecho el camino de Nazaret a Belén, pudiendo haberlo pasado tan bien en su casa. Les habló Jesús de la promesa, de que Él debía nacer en la pobreza en Belén, entre los pastores, como Pastor que era, que debía juntar las ovejas; por eso caminaba ahora Él mismo por estas comarcas de pastores desde que su Padre había dado testimonio de su persona. De aquí pasó al centro de Belén, a pocas horas de camino, acortó el sendero del valle de los pastores, pasó al Oeste de Belén, dejando la casa solariega de José a su derecha. Al anochecer llegó a la pequeña ciudad de Maspha, a pocas horas de Belén, que se divisaba de lejos. En las calles ardían antorchas puestas dentro de recipientes de hierro. Tenía muros y torres y la cruzaban varios caminos.

Esta ciudad había sido por mucho tiempo lugar de oración. Judas Macabeo había orado largamente aquí antes de la batalla, presentando a la presencia de Dios los edictos injuriosos del enemigo, despreciativos del poder divino, recordando a Dios sus promesas de protección. Aquí fueron desplegadas también las vestiduras sacerdotales delante del pueblo. A raíz de su oración se le aparecieron cinco ángeles delante de la ciudad, que le prometieron completa victoria sobre sus enemigos. En este lugar se reunió Israel contra la tribu de Benjamín para castigar el ultraje y la muerte de la mujer del levita viajero. Esta maldad sucedió bajo un árbol. El lugar estaba cercado y nadie se atrevía a acercarse. Samuel juzgaba en Maspha y aquí estuvo el convento de los esenios, donde vivió Manahem, que le predijo el reinado a Herodes cuando era niño pequeño. Un esenio llamado Charioth lo había edificado. Este había vivido unos cien años antes de Cristo; era un hombre casado, de la comarca de Jericó, pero se había separado, por mutuo consentimiento, de su mujer y ambos edificaron varias comunidades de esenios, él para hombres y ella para mujeres. No lejos de Belén había edificado otro monasterio, donde murió. Era un santo varón, y en la muerte de Jesús fue de los primeros que resucitó y se apareció en Jerusalén.

En Maspha había varias posadas y la gente sabía en seguida cuando llegaba un forastero. Apenas hubo llegado Jesús a la posada, la gente se reunió en torno de Él. Fue llevado a la sinagoga, donde explicó la ley. Había espías que trataban de sorprenderle en sus palabras: habían oído que Él quería llevar también a los paganos al reino de Dios y de la salud, que había hablado en ese sentido al tratar de los Reyes Magos con los pastores de Belén. Jesús habló con severidad diciendo que el tiempo de la salud había llegado, que el tiempo de la promesa se había cumplido, que todos los que renacen por el bautismo y creen en Él, que ha sido enviado por el Padre y guardan sus mandamientos, serán participantes del reino de Dios, y que los que le siguieren serán herederos de ese reino. Añadió que si los judíos

no creían, la promesa y la salud pasaría a los gentiles, apartándose de ellos. No puedo reproducir todo lo que les dijo. Agregó que sabía que estaban espiando sus palabras; que fueran a Jerusalén y dijeran allí lo que les había dicho. Habló también de Judas Macabeo y de otros hechos que tuvieron lugar aquí. Ellos quisieron hablar de la grandeza del templo de Jerusalén y de la preeminencia de los judíos sobre los demás pueblos. Jesús les dijo que el fin de haber sido elegido, como también el objeto del templo, habían dado término a su razón de ser, pues Aquél a quien el Padre celestial enviaba ahora había venido para fundar, según los profetas, el reino y el templo de su Padre celestial.

Después de esta enseñanza dejó Jesús a Maspha y se retiró al Este, a una hora de camino. Pasó primero por una hilera de casas y entró en una que era de una pariente de José. Un hijastro del padre de José, por medio de una viuda, se había establecido y casado, y sus descendientes vivían aquí. Tenían hijos; habían estado en el bautismo de Juan, y recibieron a Jesús con humilde corazón. Acudieron otros vecinos más. Jesús enseñó y tomó algún alimento. Después de la comida paseó con los dos hombres solos, que se llamaban Aminadab y Manases. Ellos le preguntaron si Él sabía las circunstancias en las cuales se encontraban y si debían seguirle de inmediato. Jesús les contestó que no; que ahora se contentasen con ser sus discípulos ocultos.

Se hincaron, y Él los bendijo. Estos hombres, aún antes de la muerte de Jesús, fueron sus discípulos ostensiblemente. Jesús pasó la noche con ellos.

Anduvo Jesús con sus discípulos algunas horas más adelante al lugar que fue la penúltima posada de María delante de Belén, de la cual dista unas cuatro horas. Le salieron al encuentro algunos hombres y se echaron a sus pies y le invitaron a ir a sus casas. Le recibieron con mucha alegría. Esta gente va a menudo al lugar del

bautismo de Juan, y sabía lo sucedido en el bautismo de Jesús. Le prepararon una comida, un baño templado y un lugar de reposo muy bien acomodado. Jesús enseñó aquí. Vivía aún la mujer que treinta años atrás había recibido y servido a María y a José. Habitaba la casa principal sola, y los hijos, desde al lado, le enviaban el alimento. Cuando Jesús se hubo lavado fue adonde estaba la mujer, ciega y desde varios años atrás baldada y encorvada. Jesús le habló de la misericordia y de la hospitalidad, de las obras imperfectas y del amor propio y egoísmo, y le manifestó que su estado miserable de ahora era un castigo por todas esas faltas. La mujer se mostró muy compungida, y confesó sus faltas. Jesús la sanó de su enfermedad. Jesús le mandó echarse en el agua que Él había usado para lavarse. Al punto recobró la vista y se irguió sana. Jesús le mandó no publicar el hecho. La gente le preguntó de nuevo, muy ingenuamente, quién era mayor, si Él o Juan. Él contestó: "Aquél de quien Juan da testimonio". Hablaron también de la fuerza y del celo de Juan, y ponderaron el hermoso y vigoroso rostro de Jesús. Jesús les dijo que en el término de cuatro años y medio no hallarían en Él hermosura alguna y no le reconocerían: de tal manera pondrían los hombres su cuerpo. Habló de la fuerza y del celo de Juan como de quien está golpeando a la puerta de uno que duerme y no atiende a la venida del Señor; como de quien prepara el camino a través de un desierto para que el rey pueda pasar y como del torrente que corre para sacar la basura del lecho de un río.

XLIII

"He ahí al Cordero de Dios"

Por la mañana, al despuntar el día, caminó Jesús hacia el Jordán, que podía distar de aquí tres o más horas, en compañía de sus discípulos y de un grupo de personas que se le habían reunido. El Jordán serpentea en un ancho valle que sube durante media hora de camino a ambos lados. La piedra del Arca de la Alianza que se hallaba en ese espacio cerrado donde se celebró la fiesta descripta, estaba quizás a una hora del lugar de bautismo de Juan, yendo hacia Jerusalén. La choza del Bautista entre las doce piedras estaba en dirección de Bethabara, algo más al Norte que la piedra del Arca.

Las doce piedras quedaban a media hora del lugar del bautismo en dirección a Gilgal, lugar situado al Oeste de la altura desde donde comienza un nuevo declive. Una hermosa vista se abarcaba desde la fuente de Juan a las laderas de ambas orillas que eran muy fértiles y verdes. Una cinta d verdor verdaderamente hermosa, llena de frutales y de riqueza, bordeaba el mar de Galilea; pero aquí había, como en Belén, más huertas de ajos, de pepinos, de la planta durra y de praderas,

Jesús había pasado ya la piedra del Arca y estaba como a un cuarto de hora de la choza de Juan, donde éste se hallaba de pie, enseñando. Pasaba en ese momento por una estrecha abertura, por donde se podía ver a Juan desde lejos. Jesús no fue visible para Juan más que por espacio de unos minutos.

Juan se sintió impulsado por el Espíritu Santo, señaló a Jesús, que pasaba, y clamó: "He ahí al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo" [13]. Jesús pasó rodeado de sus discípulos, unos delante, otros detrás. Los que se habían añadido recientemente venían en último término. La escena fue muy de mañana. Muchos corrieron hacia Jesús cuando oyeron clamar a Juan; pero Jesús ya había pasado y ellos clamaban y vivaban y le glorificaban, ya sin poder alcanzarle. Cuando esa gente volvió, dijeron a Juan que

muchos seguían a Jesús, que habían oído que también los discípulos, de Jesús habían bautizado, y qué significaba eso. Juan volvió a decirles que él pronto dejaría ese lugar a Jesús, pues añadía que él no era sino su precursor y su siervo.

Esto no les agradó mucho a sus discípulos, que se mostraban algo celosos de los de Jesús. Jesús torció su camino al Noroeste, dejó a Jericó a la derecha y se dirigió a Gilgal, que está como a dos horas de Jericó. Se quedó en algunos de estos lugares, donde los niños le salieron al encuentro cantando alabanzas, y entrando en las casas, de donde sacaban a sus padres.

XLIV

Jesús en Gilgal

Gilgal se llama toda la comarca alta que está sobre el valle más profundo del Jordán, rodeada de riachuelos que corren hacia el río en un espacio de cinco horas de camino. Pero la ciudad a la cual llegó Jesús por la tarde, se extiende desparramada entre muchos jardines por una hora de camino hacia el lugar donde bautizaba Juan. Jesús fue primeramente a un lugar sagrado delante de la ciudad, donde solían llevar a los profetas y a los grandes maestros. Era allí donde Josué comunicó a los hijos de Israel cosas que a él y a Elieser había participado Moisés antes de su muerte. Eran seis bendiciones y seis maldiciones. El montículo de la circuncisión de los Israelitas estaba cerca de este lugar rodeado de una muralla.

En esta ocasión vi la muerte de Moisés. Murió sobre una pequeña colina empinada que está en el seno de las montañas de Nebo, entre la Arabia y Moab. Las tiendas de los Israelitas estaban situadas lejos de allí; sólo algunos puestos de vigilancia se internaban en el valle que rodeaba la montaña.

La colina estaba cubierta de verdor, como de hiedra, que crece allí como matas semejantes al enebro. Moisés tuvo que subir a lo alto agarrándose de estas plantas. Josué y Elieser estaban con él. Tuvo allí Moisés una visión que los otros no vieron. Le dio a Josué un rollo donde había seis maldiciones y seis bendiciones que él debía hacer conocer a los Israelitas cuando estuvieran en la tierra prometida. Luego los abrazó y les mandó alejarse de allí, sin volver el rostro. Después se hincó, alzó los brazos en oración y cayó muerto, inclinándose de un costado. He visto que la tierra se abrió allí mismo y volvió a cerrarse en una hermosa sepultura. Cuando Moisés apareció al lado de Jesús, en la transfiguración, vi que salía de este lugar para dirigirse al Tabor.

Las seis bendiciones y las seis maldiciones las leyó Josué al pueblo.

En Gilgal esperaban a Jesús muchos amigos: Lázaro, José de Arimatea, Obed, un hijo de la viuda de Nazaret y otros más. Había allí una posada donde lavaron los pies a Jesús y a sus acompañantes y les prepararon comida. Jesús predicó a las numerosas personas que se habían reunido allí, entre las cuales había muchas que iban al bautismo de Juan. El lugar era un puesto de baños y de purificaciones construido en la orilla del río, en un terreno en forma de terraza. Estaba cubierto con un lienzo y había allí lugares de esparcimiento, con árboles, matas y diversas plantas alrededor. Saturnino y dos discípulos más, que lo habían sido de Juan, bautizaron allí después que Jesús les habló del Espíritu Santo

y les enseñó sus diferentes propiedades y dones y cómo se manifiesta cuando uno lo ha recibido.

Al bautismo de Juan solía preceder una exhortación general y una declaración de arrepentimiento de los pecados con la promesa de enmienda; pero en el bautismo de Jesús había no sólo la confesión en general, sino que cada uno se confesaba individualmente y reconocía sus pecados principales y más graves. Jesús exhortaba a ello, y a los que no querían hacerlo, por temor o por vergüenza, les decía sus pecados en su propia cara, para que se arrepintieran. Jesús enseñó sobre el pasaje del Jordán y sobre la circuncisión que tuvo lugar aquí, por lo cual se daba el bautismo en este lugar; y les dijo que se dejasen circuncidar en el corazón renunciando al pecado y cumpliendo los mandamientos. Los bautizandos no entraban aquí en el agua; sólo inclinaban la cabeza, y no recibían todo un lienzo, sino sólo un paño blanco sobre los hombros. Los discípulos que bautizaban no tenían recipiente con tres salidas para el agua, como el que usaba Juan, sino un vaso común; y la derramaban tres veces, con la mano, sobre la cabeza. Jesús había bendecido el agua y echado en ella un poco de la misma con que se había lavado. Cuando estos bautizandos, que eran unos treinta, fueron purificados, quedaron muy contentos y conmovidos y decían que sentían en sí mismos al Espíritu Santo.

Después de esto salió Jesús, entre cánticos de alabanza y con muchos acompañantes, hacia Gilgal, para celebrar el sábado en la sinagoga, que estaba situada en la parte oriental de la ciudad y era bastante grande y antigua. Era cuadrada, con los ángulos cortados y tenía tres pisos, donde estaban instaladas las tres aulas de la escuela. Cada uno de estos pisos tenía una galería exterior para circular y las escaleras corrían hacia arriba junto a los muros exteriores. En la parte superior, y precisamente en los ángulos cortados, había unos nichos donde se podía estar de pie y se alcanzaba a ver el paisaje a gran distancia. La sinagoga estaba libre a ambos lados y tenía parcelas de jardines alrededor. Delante de la

entrada había un vestíbulo con una silla para enseñar desde ella, como en el templo de Jerusalén, y luego un patio con un altar al aire libre donde solían ofrecerse los sacrificios. Había aquí lugares cubiertos para las mujeres y los niños. Se veían vestigios de que había estado el Arca de la Alianza y de que se ofrecían sacrificios, por la semejanza de los arreglos con los del templo de Jerusalén. En el aula de la escuela del primer piso, mejor arreglada, se veía una columna octogonal en uno de los ángulos, con casilla en torno conteniendo diversos rollos escritos.

Recordaba este lugar el del Sancta Sanctorum del Templo. En la parte baja había, en torno de la columna, una mesa y se veía la bóveda donde estuvo el Arca de la Alianza. Esa columna era muy hermosa, de piedra blanca pulimentada.

Jesús enseñó en la parte baja de la escuela, en presencia del pueblo, de los sacerdotes y de los ancianos y sabios. Les dijo que se habían puesto allí los primeros fundamentos del reino prometido y que luego se cometieron horribles pecados de idolatría; de modo que apenas había siete justos en la ciudad; que Nínive era cinco veces más grande, y se encontraron allí cinco justos; que Gilgal fue perdonada por Dios, pero que no desechasen ahora la realización de la promesa y del Enviado prometido; que hicieran penitencia y se dejasen renovar por el bautismo. Mientras predicaba tomó algunos rollos escritos y los leyó y explicó. Después pasó a enseñar en el segundo piso a los más jóvenes y luego a los niños en el piso tercero. Cuando descendió enseñó también bajo una arcada, a las mujeres, y luego a las jóvenes. Habló de la castidad y de la continencia, del vencimiento de los deseos, de la decencia en los vestidos, de cubrirse la cabeza y los cabellos en el templo y en la escuela. Habló de la presencia de Dios, especialmente en los lugares sagrados, y de la presencia de los ángeles, que se cubren el rostro por reverencia en estos mismos lugares. Dijo que son muchos los ángeles que están en el templo y en la escuela en torno de los hombres allí presentes y explicó por qué deben las mujeres

cubrirse los cabellos y la cabeza. Los niños trataban a Jesús muy familiarmente: los bendecía y los levantaba, y ellos se mostraban muy adictos a Él. Aquí hubo, en general, grande alegría y contento con Jesús, y cuando dejó la escuela todo el pueblo clamaba, tanto los que iban delante como los que le seguían: "Se ha cumplido la promesa; que permanezca con nosotros; que no se aparte nunca de nosotros esta bendición".

XLV

El Sanedrín de Jerusalén

Después que Jesús enseñó, la gente quería traerle enfermos. Jesús les dijo que no era el lugar apropiado ni convenía por ahora; que debía partir, porque era requerida su presencia en otra parte. Lázaro y los amigos de Jerusalén volvieron, y Jesús dejó dicho a María Santísima donde deberían encontrarse antes de su partida para el desierto. El Sanedrín de Jerusalén tuvo de nuevo una larga sesión sobre Jesús. Había establecido por todas partes espías pagados que debían referir todo lo que sabían de Él. Este Sanedrín estaba compuesto de 71 miembros, entre sacerdotes y escribas; de ellos habían sido elegidos unos veinte y distribuidos en grupos de cinco, con la misión de discutir y averiguar todo lo referente a Jesús y su proceder. Buscaron los registros genealógicos y no pudieron menos que reconocer que José y María descendían de David y que la madre de María era de la raza y tribu de Aarón; pero decían que esas familias habían decaído y que Jesús se mezclaba con toda clase de gente de mal vivir; que se manchaba tratando con publícanos y pecadores y adulando a los esclavos. Sabían ya que

Jesús había tratado familiarmente poco tiempo antes, en las cercanías de Belén, con los esclavos siquemitas que volvían del trabajo; y pensaban si no estaría tramando alguna conjuración con esa gente. Algunos decían entre sí que quizás era un hijo bastardo de algún rey y que por eso hablaba de un reino y de la posibilidad de recuperarlo. Otros opinaban que debía tener una enseñanza secreta que no podía provenir sino del diablo, porque, decían, se retira a veces a solas y pasa las noches en el desierto o en una montaña. Todo esto lo habían espiado y averiguado. Entre estos había unos veinte miembros que conocían mejor a Jesús y a los suyos; habían sido ya conmovidos por su trato y eran ocultamente sus amigos. En esta ocasión no se levantaron a contradecir a los demás, para poder así en secreto ayudar mejor a los amigos de Jesús, por medio de mensajes y de avisos. Finalmente, el consejo de los veinte miembros decidió adoptar una conclusión definitiva: Jesús no podía ser sino amaestrado por el demonio.

Por otro lado, el bautismo que se dio en Gilgal fue también anunciado a Juan como una intromisión en sus derechos. Él les respondió, como siempre, con profunda humildad, que pronto tendría que dejar el lugar delante de su Señor, puesto que no era sino su precursor y su anunciador. Los discípulos de Juan no se dieron por satisfechos con esta respuesta. Jesús dejó a Gilgal con unos veinte acompañantes y caminó por el Jordán pasando luego el río en una balsa de tablas. En el interior de la balsa había bancos para los pasajeros y en medio una gran artesa destinada a los camellos; de otro modo podían caer al agua a través de las tablas. Podían ponerse allí hasta tres camellos por vez, pero ahora no había ninguno. Sólo Jesús y los suyos ocupaban la balsa. Era de noche y por eso se hallaba iluminada por antorchas.

Jesús enseñó por medio de la parábola del sembrador, que siguió explicando a la mañana siguiente. La pasada del río duró un cuarto de hora, porque era torrentoso en este punto; se dirigieron primero hacia arriba y luego se dejaron llevar por la corriente. El Jordán

tiene particularidades curiosas: en algunos lugares no es posible pasarlo por no haber vado alguno por las rocas escarpadas de ambos lados. A menudo tuerce de modo que parece atravesar una ciudad y luego desvía su curso. Corre entre rocas y piedras, unas veces turbio, otras claro, según el terreno que atraviesa; y tiene muchas isletas en su curso. Tiene también algunas cascadas. Sus aguas son suaves y templadas. En la orilla opuesta había casas habitadas por publícanos, porque venía una calle principal desde la comarca de Kedar, donde se abría un valle.

Jesús entró en casas de publícanos que habían recibido ya el bautismo de Juan. Muchos de sus acompañantes se extrañaron de su familiaridad con esa clase de gente y se mantenían a distancia por temor de contaminarse. Jesús y los suyos fueron servidos muy humildemente por estos publícanos. Las casas estaban situadas en el camino del valle del Jordán; a alguna distancia había albergues para los mercaderes y los camellos. Estaban sosegados porque al día siguiente comenzaba la fiesta de los Tabernáculos y no podían partir ni viajar y aunque eran la mayor parte paganos estaban obligados a observar el descanso. Los publícanos preguntaron a Jesús qué debían hacer con las ganancias ilícitas que poseían. Les dijo que las llevaran al templo; que debía entenderse espiritualmente de su iglesia y de la comunidad cristiana; les dijo que comprasen con ellas un campo para las viudas pobres cerca de Jerusalén. Les explicó el por qué de esto, relacionándolo con la parábola del sembrador que expuso nuevamente.

Al día siguiente fue Jesús con ellos alrededor de la playa enseñando diversas aplicaciones de la parábola del sembrador y de la futura cosecha. Esto lo dijo porque era también una fiesta de la cosecha de frutas y de la vendimia.

Continuó Jesús su camino a través del valle. A ambos lados se extienden, por media hora de camino, en lo alto y en lo bajo, casitas

o chozas donde se celebraba la fiesta de los Tabernáculos. El camino llevaba a Dibón, de la cual parecía eran estas las primeras casas. Al lado de ellas se veían por doquiera chozas verdes levantadas con ramas de árboles, adornadas con hojas, frutos y racimos de uvas. A un lado del camino estaban las chozas para las mujeres, separadas, y de otro lado las chozas para los sacrificios de animales. Traían toda clase de alimentos y se veían niños en grupos que iban de una a otra choza, tocando instrumentos de música y cantando. Estaban adornados con coronas y flores y tocaban unos instrumentos triangulares con anillos que sonaban; otros, un instrumento triangular con cuerdas e instrumentos de viento que tenían cañitos retorcidos.

Jesús iba de un lado a otro enseñando. Le trajeron, así como a sus discípulos, algunos alimentos; por ejemplo, uvas sobre palos llevados entre dos. Al final de esta hilera de casas entró Jesús en una posada cercana a la grande y hermosa sinagoga de Dibón, que estaba situada entre estas casas y la ciudad, en un amplio lugar del camino rodeado de árboles. Algunos días después Jesús enseñó de nuevo con la parábola del sembrador; habló del bautismo y de la proximidad del reino de Dios; de la fiesta de los Tabernáculos y del modo de festejarla aquí, diciéndoles que mezclaban algunas cosas paganas con el rito de la fiesta. En efecto, vivían allí moabitas y ellos se habían mezclado con esa raza. Cuando salió Jesús de la sinagoga encontró que habían traído a muchos enfermos en andas y carretillas. Estos enfermos clamaban;

"Señor, eres un profeta. Tú eres un enviado de Dios. Tú nos puedes ayudar".

Sanó a muchos. Por la noche se le dio a Jesús y a los suyos una gran comida en la posada. Estaban presentes muchos mercaderes paganos, ya que hablaba de la vocación de los gentiles y de la estrella aparecida para llamar a los Reyes Magos que vinieron a

adorar al Niño recién nacido. Por la noche Jesús abandonó el lugar y se fue sólo a orar en un monte. Citó a sus discípulos para reunirse a la mañana siguiente en el camino, al otro lado de Dibón. Esta localidad está a seis horas de distancia de Gilgal: es una comarca con muchas fuentes de agua y praderas y por esto se ven muchos jardines y casas con terrazas. Está en el valle, pero se ven edificios en las laderas de la montaña. De allí Jesús se dirigió a Sukkoth. Cuando llegó por la tarde a esta ciudad se juntaron muchas gentes a Él y también muchos enfermos de los alrededores. Jesús enseñó en la sinagoga y por medio de Saturnino y de otros discípulos hizo bautizar a las gentes. Estos bautismos tuvieron lugar en la fuente de una roca que se abría en una cueva que miraba hacia el Occidente en dirección al Jordán. El río no se podía ver porque había otra montaña de por medio. Con todo, esa agua era del Jordán, porque sus aguas corrían hondas hasta allí. En esa gruta entraba luz por medio de una abertura en la parte superior. Delante de la gruta había un lugar de esparcimiento bastante amplio adornado con árboles, plantas y gramilla y se conservaba una piedra, recuerdo antiguo de una aparición de Melquisedec al patriarca Abrahán. Jesús habló del bautismo de Juan, diciendo que era de penitencia, que debía ceder su lugar a otro bautismo del Espíritu Santo y del perdón de los pecados. Les pidió antes una especie de confesión general y después particular a cada uno. A algunos les dijo sus pecados para humillar su obstinación. Ponía las manos sobre ellos en señal de absolución. Los bautizandos no eran sumergidos en el agua; había sobre esa piedra un recipiente y ellos, descubiertos hasta los hombros, inclinaban las cabezas sobre la fuente y recibían el agua. El bautizador derramaba tres veces el agua que sacaba con las manos de la fuente. De este modo fueron bautizadas muchas personas.

Abrahán había vivido en Sukkoth con su nodriza Maraha y tuvo campos en tres lugares. En este mismo lugar tuvo ocasión de dividir tierras con su pariente Lot, y Melquisedec vino por primera vez a ver a Abrahán al modo como los ángeles solían venir a él. Melquisedec le mandó hacer un sacrificio triple de palomas, pájaros con picos

largos y otros animales. Le anunció también que vendría a él de nuevo para ofrecer un sacrificio de pan y vino; le enseñó cosas que debía pedir y por las cuales debía orar y le anunció lo que iba a suceder con Sodoma y Gomorra. He visto que también Jacob tuvo sus tiendas en este lugar.

XLVI

Jesús en Corazín, Aruma y Betania

Desde Sukkoth dirigió Jesús sus pasos hacia la gran Corazín, que era el lugar adonde había citado a María y a las santas mujeres, en un albergue de sus cercanías. De camino pasó por Gerasa, donde celebró el sábado, y después se dirigió a una posada casi en el desierto, a unas horas de camino del mar de Galilea. Esa posada estaba adornada para la fiesta de los Tabernáculos y los dueños vivían allí cerca. Las santas mujeres la habían ya alquilado de antemano y adornado. La comida la hacían venir de Gerasa. Estaban allí presentes la mujer de Pedro con otras, entre ellas Susana, de Jerusalén; pero no la Verónica. Jesús habló a solas con su Madre diciéndole que iba a Betania y luego al desierto. María estaba preocupada y seria y le rogó que no fuese a Jerusalén porque había sabido lo que el Gran Consejo maquinaba contra Él. Más tarde he visto a Jesús enseñando desde la altura de una colinita donde se acostumbraba a hacerlo, para lo cual habían dispuesto un asiento. Se había reunido mucha gente de los alrededores y he visto unas treinta mujeres que ocupaban un sitio aparte. Después de la enseñanza dijo a los suyos que Él se apartaría de ellos por algún tiempo; que podían separarse hasta

que le viesen volver. Lo mismo dijo a las mujeres. Habló del bautismo de Juan, que debía cesar muy pronto, y predijo las graves persecuciones que sufrirían Él y todos los que le seguían.

Jesús dejó esta posada acompañado por unos veinte y caminó unas doce horas hacia el Sudoeste, en dirección a la ciudad de Aruma, cerca de la cual habían ya alquilado definitivamente un albergue para Él y los suyos. Marta, a quien por primera vez veo junto a las santas mujeres en este viaje a Gerasa, lo había arreglado ya, de paso. Los dueños vivían en las cercanías y los gastos los sufragaban los amigos de Jerusalén. Las mujeres indicaron a Jesús esta posada antes de su partida. Aruma está como a nueve horas de Jerusalén y a seis de Jericó. En torno de este albergue tenían sus habitaciones algunos esenios, quienes vinieron a ver a Jesús, hablaron y comieron con Él.

Jesús fue a la sinagoga y enseñó sobre el bautismo de Juan. Dijo que era un bautismo de penitencia, una primera purificación, una preparación y una ceremonia de las tantas que hay en la ley; pero que era diferente del bautismo de Aquél al cual Juan anunciaba. He visto que los bautizados por Juan no fueron rebautizados sino después de la muerte de Jesús y de la venida del Espíritu Santo, en el estanque de Bethesda.

Los fariseos preguntaron aquí por las señales con las cuales reconocerían al Mesías que debía venir y Él se las dijo. En este lugar habló de los matrimonios mixtos con los samaritanos. Aquí he visto a Judas Iscariote entre los oyentes de Jesús. Vino solo a escuchar su predicación y no con los discípulos. Después de haber oído por dos días la predicación de Jesús y de haber charlado sobre ella con los fariseos que la contradecían, fue a una población cercana, algo desprestigiada, donde se entretuvo en hablar, a propósito de dicha predicación, contra un hombre piadoso que vivía en este lugar y que invitó luego a Jesús a su casa. Judas se

ocupaba en diversos negocios y escrituras y hacía toda clase de servicios por todas partes. Cuando Jesús llegó con sus discípulos a este lugar desprestigiado, aunque tenía nuevas edificaciones, Judas ya no estaba allí. Herodes tenía un castillo en sus alrededores.

Debe haber acontecido algo aquí con los benjamitas, pues había un árbol cercado por una muralla, al que nadie se atrevía a acercarse. Allí habían ofrecido sacrificios Abrahán y Jacob, y se habían separado Esaú y Jacob después de sus diferencias por cuestión de la primogenitura. Isaac vivió por entonces en Sichar.

El hombre a quien visitó ahora Jesús se llamaba Jairo y era de los esenios casados, pues tenía mujer y varios hijos. Los varones se llamaban Amón y Caleb. Tenía también una hija a la cual Jesús curó más tarde. Este no era el Jairo a quien se refiere el Evangelio: era un descendiente del esenio Chariot, que había fundado los monasterios de Belén y de Maspha; sabía muchas cosas sobre los padres de Jesús y la infancia de Éste. Salió al encuentro de Jesús con sus hijos, humildemente. Este hombre era tenido por el principal de este pueblo despreciado y lo gobernaba con amor. Cuidaba a los enfermos; enseñaba a los ignorantes en determinados días, porque no había aquí ninguna escuela ni sacerdote encargado. Se ocupaba también de los niños y de los pobres. Jesús habló aquí como de costumbre del bautismo de Juan, como un bautismo de penitencia, y de la proximidad del reino de Dios. Luego fue con Jairo adonde estaban los enfermos y los consoló, aunque no sanó a ninguno. Les prometió, empero, que volvería dentro de cuatro meses y los sanaría de sus dolencias. Recordó en su enseñanza algunos hechos acontecidos allí, como la separación por enojo de Esaú de su hermano Jacob y las razones por las cuales era despreciado este lugar. Señaló la bondad del Padre celestial, que prometió a todos, y se ha cumplido, la salud para quienes creyesen en el Enviado, se dejasen bautizar e hiciesen penitencia, indicando cómo la penitencia repara las consecuencias de las malas obras. Hacia la

tarde se dirigió con Jairo y sus hijos a Betania. Jairo y sus hijos se volvieron a mitad de camino y los discípulos siguieron a Jesús.

En un albergue cerca de Betania habló Jesús con sus discípulos largamente sobre los peligros y tribulaciones que le esperaban, así como a todos los que seguirían más tarde sus pasos. Les dijo que ahora podían dejarle y mientras tanto pensasen seriamente si podían seguirle y perseverar con Él en el futuro. Lázaro vino a su encuentro, cuando habían ya partido para sus casas los acompañantes de Jesús, menos Aram y Themeni, que fueron con Él a Betania. Allí muchos amigos de Jerusalén esperaban a Jesús; también las santas mujeres, con Verónica. Aram y Themeni eran sobrinos por parte de madre de José de Arimatea. Eran discípulos de Juan y siguieron a Jesús cuando pasó por Gilgal, junto al lugar del bautismo de Juan. Jesús enseñó en la casa de Lázaro, hablando del bautismo de Juan y del Mesías, de la ley y de su cumplimiento, de las sectas de los fariseos y de su modo de ser. Dos amigos de Jesús habían traído varios rollos de Escritura y Él les explicó algunos pasajes de los profetas que se referían al Mesías. En esta explicación no estaban presentes todos sino Lázaro y algunos íntimos. Jesús habló de su futura residencia y los amigos le dijeron que no se estableciese en Jerusalén donde se tergiversaba todo lo que Él decía y enseñaba. Le proponían a Salem, donde había pocos fariseos. Jesús dijo algo sobre estos lugares y sobre Melquisedec, cuyo sacerdocio debía tener ahora su cumplimiento; dijo que éste había medido y visitado todos los lugares que había establecido su Eterno Padre para ser recorridos por su Divino Hijo. Les dijo que a menudo estaría junto al lago de Genesaret. Esta conversación tuvo lugar en un sitio retirado, donde había cuartos y lugares de baños.

Jesús habló también con las mujeres en un cuarto que había sido de Magdalena, cuyas ventanas daban a la calle que llevaba a Jerusalén. Lázaro trajo, por deseo de Jesús, a María la Silenciosa, y la dejó allí con las otras mujeres, retirándose. Las otras paseaban

entre tanto en la antesala. La conducta de la Silenciosa fue en esta ocasión diferente de la anterior: se echó a los pies de Jesús y se los besó. Jesús la dejó hacer y luego la levantó de la mano. Habló nuevamente, mirando a lo alto, cosas muy elevadas y profundas, con un modo muy sencillo. Habló de Dios y de su Hijo y de su Reino como hablaría una hija de campesinos del padre de su señor y de su herencia. Su hablar era como una visión, pues todo lo que decía lo veía delante. Habló de las grandes culpas y faltas cometidas por los siervos y siervas, y cómo ahora manda el Padre a su propio Hijo para que repare y pague las deudas de sus siervos; cómo le recibirían mal y le harían morir con grandes dolores, y cómo debía con su sangre salvar y fundar su reino, y pagando las deudas de sus siervos hacerlos herederos del reino e hijos de Dios. Dijo todas estas cosas de modo muy natural. La Silenciosa se alegraba, a veces, y otras se lamentaba de ser también ella una sierva inútil y mala, compadeciendo los grandes trabajos del Hijo del bondadoso Dios que lo enviaba. Se lamentaba de que los siervos no entendieran esto, que era tan natural y que así debía ser.

Jesús habló de la resurrección: cómo el Hijo iba a visitar a los detenidos en las cárceles subterráneas, para consolarlos y libertarlos, y una vez rescatados, subir con ellos al Padre celestial, y cómo todos los que no quieren reconocer esta redención y siguen obrando el mal serán arrojados al fuego, cuando venga de nuevo a juzgar. Después habló de Lázaro y de su muerte y resurrección. Sale de este mundo y lo ve todo; los demás lo lloran, como si no volviera; pero el Hijo de Dios lo llama de nuevo y él vuelve a trabajar en la viña del Señor.

Habló de la Magdalena diciendo: "La sierva está en el desierto más espantoso, donde estuvieron los hijos de Israel, en un lugar malo donde reinan las tinieblas y donde no pisó planta de hombre alguno; pero ella saldrá de esas tinieblas y remediará todos sus errores en otro desierto solitario". Hablando de sí María dijo que su cuerpo era como una cárcel; que no sabía lo que era su vida y deseaba mucho

ir a la casa de su Padre; que la tierra le era estrecha; que nadie comprendía su modo de ser, porque estaban como ciegos.

Añadió que no obstante quería quedar aquí por amor de Dios y esperar; que no merecía cosa mejor, por otra parte. Jesús le habló, lleno de amor, y, consolándola, le dijo: "Tú irás a la casa de mi Padre, después de la Pascua, cuando Yo vuelva aquí de nuevo". La bendijo, mientras ella se hincaba; posó las manos sobre su cabeza y creo que derramó algo sobre ella de una botella, no sé si aceite o agua.

Esta María la Silenciosa era una persona muy santa. Nadie la conocía por tal ni la entendían. Vivía en continua visión sobrenatural sobre la obra de la Redención que entendía ella en modo muy sencillo y natural. Se la tenía por retardada o persona simple. Jesús le dijo el tiempo de su muerte y como iría a la casa de su Padre celestial, y ungió su cuerpo para la sepultura. De esto debe entenderse que conviene tener más atención con el cuerpo de lo que piensan los hombres. Jesús acude a María la Silenciosa porque siendo tenida por retardada quizás la privaran de los cuidados con que solían embalsamar a los difuntos. La santidad de esta persona era oculta y misteriosa. Jesús dejó a la Silenciosa y ella volvió a sus departamentos.

Jesús habló aún con los hombres sobre el bautismo de Juan y el bautismo del Espíritu. No recuerdo que hubiese gran diferencia entre el bautismo de Juan y el de los primeros discípulos de Jesús: sólo tenía este último más relación con el perdón de los pecados. Tampoco he visto que volviesen a bautizar a los bautizados por Juan, antes de la venida del Espíritu Santo. Antes del sábado estos amigos de Jesús volvieron a Jerusalén. Aram y Themeni partieron con José de Arimatea. Jesús les había dicho que iba a separarse un tiempo de ellos con el fin de prepararse para su difícil misión. No les habló de su ayuno.

NOTAS

1 La mayor parte de los autores opinan que Natanael y Bartolomé son una misma persona.

La vidente conoce a Bartolomé apóstol y lo distingue de dos Natanael. A uno lo llama Natanael Chased, que es el verdadero israelita en el cual no hay dolo, y a Natanael, el novio de las bodas de Cana, de quien dice que era compañero de infancia de Jesús. Natanael Chased fue discípulo del Señor, oculto, a semejanza de Nicodemus.

2 De María la Silenciosa, hermana de Marta y de María Magdalena, no hace mención el Evangelio. Era tenida por lela en la familia de Lázaro y murió antes de la pasión del Señor.

De ella habla también Teresa Neumann en sus visiones de la familia de Lázaro y te da el mismo apodo: "La Silenciosa". (Ritter von Lama, Jahrbuch).

3 Véase Ezequiel, capítulo XXXVH.

4 Desde el punto de vista religioso el pueblo judío estaba dividido en varias sectas: los Fariseos, los Saduceos, los Herodianos y los Esenios. Estos hacían, una vida ascética, silenciosa y contemplativa; vivían en lugares retirados, algunos en perfecta continencia, otros tempo-ralmente y otros casados.

5 Se trata del tabernáculo antiguo de Moisés y del Arca de la Alianza que se guardaban en el templo. Fueron escondidos por Jeremías en el monte Nebo y se volverán a encontrar en los últimos tiempos cuando se conviertan los judíos y se restablezca el reino mesiánico de que hablan los profetas. Véase I Macabeos II.

6 De este modo se puede decir que el Santísimo Sacramento existió en preparación desde el principio. Dios sacó de Adán no sólo la costilla de la que formó a Eva, sino otro elemento sacramental al cual dio su bendición y que fue la fuente de la Gracia para el pueblo antiguo y la preparación de la carne y la sangre de Jesucristo.

7 Eliud aparece como una personificación del espíritu de santidad que podía producir la ley antigua para las almas elegidas Que, iluminadas y perfeccionadas por la venida del Mesías, debían dar testimonio de la nueva ley de gracia.

8 Las santas mujeres de las cuales se habla en las visiones son: María Helí hermana mayor de María Santísima y madre de María Cleofás, madre a su vez de varios apóstoles; Marta y Magdalena, hermanas de Lázaro; María Salomé, mujer de Zebedeo, madre de los apóstoles y Susana Alfeo; Serafia (Verónica, por el sudario), prima de Juan Bautista; María Marees, madre de Juan Marcos; Juana Chusa, viuda sin hijos; Salomé, viuda que vivía en casa de Marta en Betania; Susana, hija de Cleofás, hermano de San José, que vivía en Jerusalén; Dina, la Samaritana convertida; Maroni, la viuda de Naim, madre de Marcial el resucitado; y María Sufanitis, a la cual libró Jesús del demonio.

9 María la Silenciosa aparece como un tipo de la vida contemplativa con la misión de orar y sufrir, apartada del mundo, por la conversión de los pecadores. La conversación de Jesús con ella indica que el objeto de la contemplación, tanto en la ley antigua como la nueva,

es único: el gran misterio de la redención de Jesucristo. Estas almas las habrá en todas las épocas. A la vidente de 1824 sucedieron Louise Lateau, de Eois d'Haine, en 1883; Canori Mora, en la misma época; Gema Galgani, en 1903; las estigmatizadas Bárbara Pfister y Ana Schafer, de Mindelstetten, en 1925; Magdalena de la Cruz, de Alemania, y Teresa Higginson, de Neston, en 1905, y en estos tiempos: Teresa Neumann, en Alemania; Padre Pío de Pietralcina, en Italia, y la Hermana Amalia, en Campiñas, Brasil.

10 En el capítulo 47 de Ezequiel se habla de estas aguas misteriosas. En el nuevo salterio ordenado por Pío XII se leen las siguientes palabras sobre el salmo 98: "Cuando el Señor, presente en el templo, sentado sobre Querubines, hace suyo el reino sobre todos los pueblos del cual es propia la justicia que ejercerá sobre el pueblo de Israel, mostrando que son invitados a entrar en el templo no sólo los Israelitas sino todos los habitantes de la tierra, porque Dios es el Creador y Pastor de todos". (Biblia de Straubinger).

11 Estas relaciones nos muestran la unidad de las figuras en Jesucristo y la sabiduría divina en la preparación del misterio de la Redención.

12 No puede menos que reconocerse la coincidencia de estas piedras con la descripción de la Iglesia en el Apocalipsis. El Cordero está en medio de los cuatro animales, como aquí el Arca, y como Jesús en medio de las cuatro piedras simbólicas de su bautismo. Estas cuatro piedras, cuatro animales, son los cuatro testimonios o evangelistas del Cordero. Los 24 ancianos están representados por las 24 piedras que hizo colocar Josué: los jefes de las 12 tribus de Israel y los 12 apóstoles.

13 Según las indicaciones de la vidente, ese día era el Tisri o segundo de la fiesta de la Purificación, cuando se echaba al desierto el macho cabrío cargado con los pecados y maldiciones de los sacerdotes. Al indicar Juan al divino Cordero Indica que termina el simbolismo para dar paso a la realidad.